S A K I

CUENTOS DE HUMOR NEGRO



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A PROPÓSITO DE

SAKI

Y SU OBRA

SAKI: LA RISIBLE TRAGEDIA

Carlos José Restrepo

Héctor Hugh Munro (SAKI) nació en 1870 en el puerto de Akyab, Birmania, otro de esos reinos orientales que sus coetáneos equiparaban, con galante desdeño, a gemas incrustadas en la corona del imperio británico. Su ascendencia escocesa y el arrastre paterno, inspector general de la policía birmana, asoman en las altivas revanchas de sus cuentos y en sus anhelos de correr un destino de fuerza. A poco de nacer murió su madre; a los dos años fue despachado a Inglaterra, bajo la férula opresiva de dos tías solteronas que -hubiera dicho él- además eran dueñas de una abuela. Allí, en el poblado de Pilton, Devonshire, padeció una de esas niñeces victorianas. Si se atiende al testimonio de su hermana, que oscila entre la delación y la lealtad, o, más fácil todavía, a las puntadas de muchos de sus cuentos, las mujeres de casa libraron una perenne batalla por la prerrogativa de ejercer la dictadura de sus nimias voluntades. Se aplicaron a ello con una ferocidad dosificada en vetos y disciplinas, órdenes antinómicas y pacientes sonrisas que dejaran un sabor a desprecio. El resultado, de seguro ingrato, fue la creación de una víctima avispada y certera.

Graham Greene, entre otros, señaló cómo esta interminable rebatiña doméstica sería la causa de que la obra de Saki diera rienda suelta a la vena de la sevicia por capricho, tan común a las artes y las buenas maneras. No es raro el expediente de vengar una afrenta practicándola; y no es reprobable, si el resultado es pura literatura. La tía victoriosa solía ser Augusta, apodada La Autócrata por los niños, una mujer elemental, es decir, plagada de carácter. Seguramente le debemos el modelo para la señora De Ropp, objeto del odio decantado de *Sredni Vashtar,* pieza maestra de un género bastante socorrido, aunque no siempre con tal sinceridad: el de la autobiografía enderezada.

El joven Saki estudió humanidades en Exmouth y Bedford, hasta cuando su padre, al jubilarse, decidió hacerse cargo de su educación y lo llevó, para cumplir con un añejo precepto de la isla, a viajar por todo el continente. No es forzado inferir que trataría de hacer contrapeso a las socavaciones de las tías mediante el recetario del patriotismo y el coraje. Pues cabe suponer que se encontró con un muchacho quebradizo y un poco "raro", para utilizar un manido eufemismo de la época. A su turno, el joven debió sentirse coaccionado en una nueva dirección. Con esta perspectiva puede leerse el cuento *El huevo de Pascua (The Easter Egg):* como una segunda pieza autobiográfica -un poco más cifrada que *Sredni Vashtar*-, cuya angustiosa tirantez radica más en el forcejeo temperamental de los protagonistas que en el forcejeo físico que narra.

Por regla general, en sus historias la vena cruel solía venir mezclada con un elemento de humor así mismo inclemente. No ha faltado quien, tal vez para aliviar los malestares de una risa teñida de violencia, asegure que este humor tétrico "otorgaba carta de trivialidad a lo horrible". Se ha llegado incluso a tildarlo de frívolo, cosa que facilita tratarlo a la ligera. Aparte de que esto no se aplica para otros adjetivos literarios -nadie soba con morbo una obra erótica-, se trata de una inversión de términos. Porque su humor está precisamente encaminado a otorgar carta de horribilidad a lo trivial. Hay que ver las sorpresas con que castiga las aburridas y piadosas presunciones de sus personajes más convencionales, y cómo toma partido por los que salen con lo impensado, por no decir lo impropio, en especial si se trata de mujeres o niños. Y éste sería el mejor Saki: el del cuento *Esmé,* verbigracia, por donde se desliza un flamante suceso de sangre a través del relato escandalosamente leve de una baronesa que acapara la conversación a la hora del té.

El espíritu de los tiempos, esto es, la generalidad de su experiencia, hace que Saki encuadre, si se desea hacerlo, en la llamada "reacción antivictoriana", en cuyas filas hasta hace nada militábamos, aunque sin tantos miramientos. En sus escritos hay matices del cáustico Samuel Butler, del delicado Swinburne, del pesimista Hardy, de los exóticos Stevenson y Conrad, y, desde luego, énfasis propios de los abanderados del esteticismo, con Wilde a la cabeza, y sus claveles verdes y sus "maldades" sugeridas con voces de terciopelo. Con éstos y con sus antecesores, los prerrafaelistas,

compartió el gusto por la poesía de Omar Khayyam, que, como anota Mario Pratz, conjugaba un elegante hedonismo y un sereno descreimiento que estaban en estrecha afinidad con la concepción que tenían de la vida. "Saki" es la copera o escanciadora que aparece en la última estrofa del *Rubaiyat* de Khayyam.

Fiel a la lucidez de estas "decadencias", y aunque escogió para la vida pública la figura de un patriota plantado, Saki el del seudónimo dejó que en sus ficciones brotara la cansada patología del empacho imperial. Su escritura destila un sentimiento personal de mujer presa en la afluencia acumulada, sobre todo en la superabundancia de las convenciones. No es necesario dictaminar si se trata de piedad o de identificación. Lo importante es subrayar la apasionada maña con que logra aplastar a sus heroínas bajo el peso de sus holgadas circunstancias. El cuento *La telaraña (The Cobweb),* fuera de ser la alegoría clásica sobre el triunfo de la tradición, también es la parábola femenina del duro, funcional y casi eterno reinado de Victoria.

Saki sabía -ya para entonces lo sabía mucha gente- del alto precio que el individuo paga en aras de la saturación educativa, el yugo de los modales y los sopores uniformes de la prosperidad. Comulgaba con la creencia romántica de que no es posible desatender impunemente el misterio de la naturaleza, el instinto, la bestia, el niño, o comoquiera que se llame, pero ya no resolvía aquella falta mediante la escapada a lo sublime. Más bien se limitaba a registrar una fea caída en el horror o en el ridículo, como en *Los lobos de Cernogratz (The Wolves of Cernogratz),* que es un lamento conservador con un remate modernista. O una caída en ambas cosas, pues un final atroz es además la humillación de toda compostura. Acaso no cabía otra salida. En muchos de sus relatos, el tímido y porfiado espíritu burgués, ensimismado en sus cuidados y solapadas ambiciones, engendra aquello que más teme: el desenlace indecoroso. Sirve de ejemplo *La reticencia de lady Anne (The Reticence of Lady Arme)*, que pinta el estrellón de los propósitos de enmienda de una sociedad que ignora que está muerta. O *La música del monte (The Music on the Hill),* en donde las insultadas potencias dionisíacas destrozan sin conmiseración los triunfos hogareños de una señora bien. Saki también podía ser simplemente paródico al respecto, al mostrar cómo las vastedades del imperio sirvieron para regar por todos lados pequeños egos incompatibles y burlescos, como los de los personajes de *Tendencias encontradas (Cross Currents).*

La contundencia de sus cuentos recalca el vengativo fatalismo de Saki. Es dudoso que hubiera deseado ser un sencillo *entertainer.* Sus relatos envician por lo justos, no por lo edulcorados. Apelaba al humor porque era su manera de ser un escritor tanto contemporáneo como trágico. No fue su culpa que la tragedia de sus días fuera cosa de risa. Al pintar la simpleza y ceguera de sus seres, dejaba que el castigo asumiese, de modo muy realista, la forma del pecado: contra la boba inercia de un modo de vida, la boba inercia de un destino que aniquila con cautela. Así, relatos como *Té (Tea),* no se constriñen a la gentil burla social: son también, como casi todas las suyas, historias de horror, en este caso del vértigo fugaz y casi inaprensible que asalta a ratos a quien practica la comedia de la comodidad; en fin, son miniaturas sobre los navajazos acolchados que dan los hábitos sociales. Otros, como *Laura,* sugieren que el castigo bien puede ser la mera supervivencia. Sólo cuando trataba de hacer tragedia en regla recurría a la prosa templada de lo serio, más romántica y por lo tanto más arcaica, como en el caso de *La jauría del destino (The Hounds of Fate).*

Otros pensadores abordaron y abordan el problema de la prosperidad envenenada desde plataformas más llenas de esperanza. Para Saki (no para Héctor Munro), el entusiasmo era otro gesto inútil. Hizo mofa de las virtudes de la educación social, soñada por revivificadores del estilo de G. B. Shaw, en cuentos como *Tobermory.* Allí, la última estocada corre a cargo de uno de esos señoritos mordaces y sedosos que dejaron una estela de cinismo y agua de colonia en las letras inglesas de la vuelta del siglo. Hay el mismo sarcasmo en *La benefactora y el gato satisfecho* (*The Philanthropist and the Happy Cat),* que va deshilachando la hipocresía de las buenas intenciones y que a la perfección revela las sutiles junturas que van del altruismo al deseo sexual.

Puede decirse que sus cuentos se dan un gusto muy propio de la Inglaterra de la época: el de

juguetear ociosamente con sus conquistas. Al primer lujo de las primeras generaciones enriquecidas: la floración casi infinita de cánones sociales, se había ido superponiendo, de manera sinuosa y tentativa, el de las últimas: la infracción de éstos sin abandono del mullido diván. En este sentido, los famosos postulados esteticistas del arte por el arte fueron una elegante solicitud de carta blanca. *El cuentista (The Story-Teller)* es la cuidadosa simplificación de tales licencias y, a este respecto, es una breve teoría de la literatura.

Con éste y otros cuentos se ha cometido el desafuero de ofrecerlos como cosa de niños, por la razón de que hay niños en ellos y porque son graciosos; y ahora, como entonces, no falta quien se quede sin piso cuando la "atrocidad" impresa lo obliga a sonreír. Pero el niño de Saki, el vencedor que pisa el límite entre la travesura y la depravación en tantos de sus relatos, es la contraparte del adulto entumido; a la manera del salvaje de los románticos, que fue inventado en contraposición al ilustrado de la época y no para tener contentos a los bárbaros. Porque la suya fue esa Inglaterra en donde el fondo tradicional de la vida en el campo *(the country life),* a la que el arte recurría para confutar las inmoralidades de la industrialización, empezaba a columbrar su ocaso. El *gentleman* caducaba como modelo de la vida culta y, no sin ofuscarse, cedía su puesto al mocoso precoz o al dandi móvil e impertinente; y el mismo campo se convertía en un vulgar suburbio. Tal es el escenario de *El buey cebado (The Stalled Ox),* que registra con sorna estos cambios y sus implicaciones en cuanto al gusto oficial -pictórico en este caso-, que de celebrar la soserías bucólicas pasaba a entronizar más bien los desmanes del sensacionalismo.

En definitiva, ya había reventado el acuerdo en que se basaba la estética victoriana, según el cual el artista se acogía a las mesuras dictadas por el gusto y las hipocresías estratégicas de las primeras clases ensalzadas a la medianía. La forma como Saki, en el relato *El alma de Laploshka (The Soul of Laploshka)*, trata el preciado deber nacional de la caridad, era entonces moneda corriente: el lagrimón había saltado a ser descaro... aunque ya otros escritores descubrían que se podían combinar en el panfleto de denuncia política. Igual puede decirse de piezas como *El alce (The Elk),* que le da un pellizco al popular cuentito rosa. Saki, como se dijo, y acaso por cuestiones puramente estéticas, no fue un artista con mensajes de optimismo. De ahí la pulcritud y el brillo de sus relatos, y en general de la literatura de sus tiempos, por cuanto la perfección formal es sustituto de la incredulidad acomodada.

La cornucopia literaria inglesa, toda esa larga sociedad de señoronas que sorbían té en el prado rodeadas de petimetres vaporosos y niñas casaderas, quiso soltar en esos días de paz visos sesgados y escabrosos. Y para Saki fue un placer evidente hacer que sus retratos rozaran con el crimen, la idiotez y el cinismo, siempre y cuando reflejaran estos seductores destellos de educada perfidia. El presente volumen quiere ser un muestrario de todo esto, de ese mundo de Saki que fue, en el mejor sentido, el mundo ornamental del modernismo, el mundo banquetero de la llamada *edwardian era,* la ociosa pero inquieta calma chicha de la Bella Época, que habría de esfumarse "desagradablemente" con la humareda de 1914 y cuyo emblema bien podría ser la ubicua pluma de pavo real de los decadentistas. Como estas plumas, los cuentos de Saki son obras exquisitas de la más recargada economía.

La vida pública de Munro careció de estas luces. En un principio quiso calcar la carrera del padre. Se enlistó en la policía de Birmania, pero al año de servicio tuvo que renunciar por haber contraído unas fiebres malignas. Entonces se dedicó a escribir bocetos políticos, de tendencia conservadora -cosa que, ya sabemos, no sorprende en un escéptico- para la revista Westminster Graphic. Más tarde, entre 1902 y 1908, fue corresponsal extranjero en los Balcanes y en París para un periódico de derechas, The Morning Post. A su regreso prosiguió sus trabajos como periodista, escribiendo también para el diario Daily Express.

Sus primeros cuentos aparecieron en la Westminster Gazette y en un libro, *Reginald* (1904). A éste siguieron *Reginald in Russia* (1910), y las recopilaciones *The Chronicles of Clovis* (1912) y *Beasts and Super-Beasts* (1914). Su primera novela, *The Unbearable Bassington,* fue publicada en 1912. La segunda y última, *When William Carne,* una novela belicista que se figura a Inglaterra bajo la

Librodot

ocupación alemana, en 1914. Sus bocetos "patrióticos" fueron reunidos bajo el título de *The Square Egg and Other Sketches* en 1924.

Al estallar la primera guerra mundial se enlistó como soldado raso. Rechazó un ascenso que lo habría protegido del campo de batalla; y prefirió partir a Francia con una compañía de fusileros. Allí, en Beaumont Hamel, fue muerto, en la ganada calidad de sargento de los Royal Fusiliers. Era la madrugada del 13 de noviembre de 1916. Las últimas palabras del sargento, agazapado con sus compañeros en un cráter de obús, fueron: "¡Apaguen ese maldito cigarrillo!".

Con similar puntualidad habría podido terminar cualquier relato suyo.

MUNRO Y LOS HORRORES DE LA PAZ

Hernando Valencia Goelkel

En unas cincuenta páginas, en buena parte dedicadas a la transcripción de correspondencia o de fragmentos inéditos, Ethel Munro escribió la *Biografía de Saki* (1924), desalentó a otros presuntos biógrafos y dejó entre brumas la personalidad de su hermano, Héctor Hugh Munro. Ethel no obstante advierte al final que "su lado más amable, su lado simpático no aparece nunca, creo, en sus escritos..." La frase tiene una clara dimensión apologética: ¿hay que buscar excusas, como parece hacerlo su propia y amantísima y amadísima hermana única, para las obras de Munro? Ignorante de las dos novelas, *El insoportable Bassington* y *Cuando vino William,* hablo sólo de los ciento y tantos cuentos sobre los cuales se ha erigido principalmente su fama.

> "Saki" Munro no era un joven cuando la primera guerra mundial acabó primero con su carrera de escritor y después con su vida. Su talento era maduro [...] Es por sus cuentos cortos por lo que mejor se le conoce y se le quiere. Los producía año tras año con una inventiva y una elegancia aparentemente sin esfuerzo. Su única dificultad parece haber sido la extensión; tal vez se conformaba con excesiva complacencia a los requisitos de los directores de periódicos en su tiempo; tal vez era un defecto dentro de su ejemplar tacto literario. Cualquiera fuese la razón, estos cuentos tienen el aire de fantasías y bromas ocasionales ampliadas indebidamente, o de temas dramáticos indebidamente constreñidos. Ocasionalmente, siete u ocho veces quizás, el tema, por casualidad, al parecer, se acomoda exactamente a las dimensiones y el resultado es una obra maestra. Haber escrito siete u ocho obras maestras es un logro notable, [...]

escribía en 1947 Evelyn Waugh. En 1985, un hijo de Evelyn, Auberon Waugh, dice que tras haber creado unos personajes -Reginald, Clovis, Bassington- "víctimas de un mundo cruel", para "el retardado adolescente Saki no quedaba nada distinto a hacerse matar. Haber llegado a la vejez [...] hubiera sido negar la validez del cuento corto como forma artística".

Esta ingeniosidad de Auberon Waugh es acaso digna de Munro y, si no, de la época en que vivió, de ese período eduardiano en Inglaterra, wildiano, decadente, *High Camp,* prodigiosamente renovador, irremisiblemente ñoño, que precede a la supuesta gran catarsis de la primera guerra mundial. Lo extraño es que Munro -una más entre las extrañeces de su biografía y de su obra- no estuvo en ninguna gran universidad, no tuvo relaciones con los intelectuales de la época. Trató sin embargo en Suiza a John Addington Symonds, el distinguido estudioso del renacimiento italiano y "notorio homosexual" (esto último no lo refiere Ethel), mucho mayor que él. Era, si puede hacerse esa simplificación, un periodista que escribía cuentos y, a sus horas, novelas. Pero no el representante de la nueva estética, no el vocero (ni tampoco uno de los voceros) de la lánguida, corrosiva, inteligente modernidad. Tenía, en cambio, un público: "Saki" era conocido y admirado cuando mataron a Munro en diciembre de 1916, en Francia, en plena guerra de trincheras. Para sus lectores contemporáneos, Munro no murió por mor(sic) del cuento corto; para la posteridad, el hecho parece irrefutable.

La reticencia de lady Ana encabeza el segundo de los libros publicados por Munro, *Reginald en Rusia* (1910), y basta para comprender a qué se refería Waugh *père* cuando hablaba de "obras maestras" (y en lo sucesivo la discrepancia con el gran novelista será cuantitativa: ¿sólo siete u ocho?). Es también un ejemplo de adecuación del tema al formato: no sobra nada, nada falta en esas breves páginas donde Munro se las arregla para incluir dos o tres motivos paralelos: las divergencias entre los esposos, expresadas como nunca en el silencio; un silencio de tan especial densidad, integrante tan esencial de una relación y de una lejanía, que las frases de Egbert parecen formar parte, forman parte, en realidad, de un diálogo malvado en el que la mudez resulta una respuesta si no apropiada al menos, deplorablemente consuetudinaria; y la simultánea peripecia

entre el gato y el pinzón real, mediante la cual se duplica la atrocidad: la cruenta y chillona muerte del pájaro es más escandalosa que la reticente mudez definitiva de su dueña, y nada se ha perdido fuera de veintiocho chelines -sin contar la jaula.

Con *Esmé* comienza el tercer libro de Munro, *Las crónicas de Clovis* (1911). Tal vez no haya ejemplo mejor que el de este cuento para recalcar la maestría de su autor, ni otro que condense así mismo todos los motivos para denunciarlo por desalmado, así como por la no menos grave transgresión estética de rebasar los límites tácitos pero reconocibles dentro de los cuales se puede practicar el humor -el humor inglés o el de cualquier otra nacionalidad. Pero vamos por partes.

En *Esmé* aparece también la baronesa, epítome de esas mujeres inteligentes, arrogantes y desaprensivas que frecuentan la narrativa de Munro. Tiene la gracia, supuestamente aristocrática, de la imperturbabilidad: nada la sorprende, ni la aparición de una hiena en plena partida de caza en plena Inglaterra rural y señorial, ni la aparición de un niño gitano en la jeta del animal. "Siempre paso por encima de esta parte del cuento, porque realmente es bastante horrible". Pero lo asombroso es el tono de Munro (o el que le presta a la baronesa). Dos episodios atroces cerrados con dos episodios bufos, el entierro de la hiena y el broche de diamantes: la voz no se altera ni para el espanto ni para la irrisión. La sobriedad del horror, la ecuanimidad inmutable; esa ecuanimidad que algunos califican de inhumana.

En un relato prodigiosamente económico y de consumada elegancia estilística Munro logra sobresaltar e incluso agraviar al lector mediante recursos negativos: la obliteración del pormenor realista, la abolición de los sentimientos -y nada se diga del sentimentalismo. El niño, más inocente que el animal y mucho más que la baronesa y la dama que la acompaña, gime entre la dentadura de la hiena; el resto del elenco, hombres y bestias, es, literalmente, insensible. Los gitanos son tan prolíficos que no se inquietan por niño más o menos. Los relatos de Munro son crueles particularmente en cuanto están signados por la más corrosiva dimensión de la crueldad, como es la indiferencia. Lo atroz de *Esmé* es que la baronesa, el niño y la hiena carecen por igual de cualquier importancia. El mundo de Munro está cuidadosamente preservado de cualquier atisbo de providencia; en el escenario humano de Munro, en la sociedad, las complacencias del humanismo resultarían tan extravagantes como los preceptos emanados de algún ordenamiento sobrenatural.

En un mundo que en rigor carece de sentido, donde no hay recurso a la trascendencia ni a la inmanencia humanística, siempre termina por ocupar un lugar predominante lo que se suele denominar pomposamente destino y que no es en últimas sino azar. Donde no existe la justicia, existen los hurones; *Sredni Vashtar* es un cuento que produce un particular desasosiego porque la ferocidad del episodio remite a un orden -o a un caos- tan injusto que las dentelladas del hurón parecen cumplir un cometido más alto que el de la venganza. No en vano Conradin ha endiosado al hurón: éste realiza la función que otras épocas, otros hombres le han atribuido a divinidades extintas o ausentes en el mundo de Munro -en nuestro mundo. *Esmé* es puro azar; *Sredni Vashtar* es el destino impartido por un dios bárbaro a una criatura adversa y desalmada: no la señora De Ropp sino, como decía Conradin, La Mujer. A Munro, evidentemente, no le gustaban las mujeres.

El mundo del azar es necesariamente un mundo supersticioso y para la mentalidad eduardiana (no sólo para ella) la superstición se encarna en el salvaje y en su equivalente doméstico, el niño. La torva presencia de figuras infantiles y de temibles adolescentes *(Gabriel-Ernest, La música en la colina)* en los cuentos de Munro es una constante temática: niños terribles, niños temibles, rara vez, convencionalmente, pobres niños. Pero la niñez no es para él esa geografía elegiaca y dichosa de *El viento en los sauces,* de su cuasicontemporáneo Kenneth Grahame; tal vez no sea demasiado osada la generalización de que a Munro tampoco le gustaban los niños.

> Mi madre nunca se molestó en educarme. Se cuidó tan sólo de que me zurraran a intervalos decentes y de que me enseñaran la diferencia entre el bien y el mal; hay una diferencia, sabe usted, pero se me ha olvidado cuál es.

Cuando Clovis Sangrail resume así su primera educación Munro no sólo incurre en el modo epigramático a la manera de Oscar Wilde -la gran admiración, la gran influencia, casi opresiva, en sus primeras obras- sino que también reitera una pretensión de neutralidad moral que resulta amanerada en un Clovis o en un Reginald pero que es verosímil en un niño. Esos privilegios, por supuesto, son polivalentes: los niños en *El narrador de cuentos* son no sólo los mejores interlocutores sino los mejores críticos literarios con que pueda soñarse; pero el protagonista de *El cuarto de atrás* tiene ya todas las características del adulto intransigente y rencoroso; en su desquite no hay espontaneidad, no hay alegría, no hay sino una fruición rencorosa agravada ya por el peso de la buena conciencia; Nicolás sabe que tiene de su lado la razón, el bien, la sensatez. Algo semejante les sucede a los justicieros de *La penitencia,* pero en este relato Munro intenta un acercamiento entre los puntos de vista del adulto y del niño; es un texto optimista, pues muestra cómo la sabiduría sigue residiendo, en última instancia, en los niños, pero que ésta es comunicable. Es también un texto con inmensas posibilidades ecologistas. Sin embargo, en materia de niños sabios Munro llegó a una alta cumbre con *Jacinto,* uno de los últimos cuentos que publicó antes de alistarse en 1914. Jacinto no es un niño, es un adulto precoz; una criatura aborrecible pero que, quizás, hizo que Munro, en su momento, riera, y con razón, para sus adentros. Jacinto hoy ya no da risa; no nos solidarizamos con su ajuste de cuentas; Jacinto era un comisario *avant la lettre.*

El lío con un autor como Munro es que, indiscutiblemente, produce placer; un placer que sin embargo se le enrostra a uno como bajo e innoble. Claro está, no se trata de justificar la perversidad o la bobería del lector. El tema es Munro, es "Saki", su desabrido seudónimo. Y vale la pena plantearse una pregunta. ¿Es menester justificar a Munro? La pregunta siguiente es demasiado ardua como para pensar siquiera en planteársela: ¿es menester alguna justificación para lo que en un tiempo se llamaba obras del intelecto, u obras del espíritu?

Pues sucede que la lectura de Munro lleva a menudo a acusarlos -a él y a la obra- de ceguera, cuando no de franca perversión moral. La vituperada crueldad de tantos de los cuentos, la crueldad misma del azar representada por la manada de lobos en *Los intrusos,* la escopeta que en *Los sabuesos del destino* cancela el único intermedio generoso que la vida le había proporcionado al protagonista, la impasibilidad de esos niños que se toman desquites escalofriantes, todo eso tiende a convertir a Munro en una especie de apestado ético cuyas ficciones necesitan de explicación, de justificaciones indispensablemente benévolas. En el prólogo a una antología Graham Greene comparaba el elemento de crueldad en las obras de Rudyard Kipling y de Munro, y encontraba mucho más disculpable la del segundo.

> Las victimas, con sus extraños nombres, son lo bastante insensatas como para no inspirar ninguna simpatía -son la gente de mediana edad, la gente con poder; está bien que sufran una humillación temporal porque, a la larga, el mundo está siempre al lado suyo. Munro, como un ladrón de caminos caballeroso, sólo roba a los ricos: tras todas estas historias hay un sentido exigente de la justicia.

Greene, a través de los apuntes biográficos de Ethel, encuentra justificación más que suficiente en las crueldades inflingidas al escritor en su niñez -la madre había fallecido, el padre trabajaba en Birmania y Héctor, junto con Ethel y su hermano mayor Charlie, estaba al cuidado de dos tías aparentemente extravagantes y tiránicas. Ethel acusa a una de ellas -Augusta, a quien llamaban Tom- de "crueldad mental", y refiere en efecto un par de episodios sumamente desapacibles en los que la víctima fue el pequeño Héctor.

Pero es Auberon Waugh quien lleva la cuestión hasta sus últimas consecuencias. Sostiene Waugh que la crueldad de Munro es una reacción no tanto contra los agravios de la niñez -se muestra escéptico ante la versión de "esta hermana difícil, posiblemente perturbada"- como contra el filisteísmo de la sociedad frente al artista, así como contra una moralidad que le impuso la represión de sus propias tendencias homosexuales.

> No sé hasta qué punto [esta versión] contribuya a disfrutar de su ingenio, de su

> perversidad o de su chispeante inventiva de narrador [...] Pero, en una época que tan enorme importancia le da a la compasión, podría ayudar a reducir la incomodidad que la aparente dureza de corazón de Saki produce a menudo (...) Mi teoría de que este aparente salvajismo es resultado de una frustración emocional podrá ser nada más que basura, pero siento que debo hacer algo para aliviar la culpa que los lectores, normalmente de buen corazón, experimentan al disfrutar de estos cuentos. Si la época moderna puede ver la aparente crueldad de Saki como un grito solitario en busca de piedad y de comprensión, estoy seguro de que sus chistes resultarán más aceptables, y todo cuanto aumente la apreciación de sus excelentes chistes de seguro tendrá un efecto saludable sobre el mundo moderno.

La teoría de Auberon Waugh es rica en ambigüedades; es muy posible que sus concesiones a la época sean en buena parte una tomadura de pelo. Hay que reiterar la impersonalidad suma de los cuentos de Munro, la estoica o desdeñosa ausencia de una voz individual distinta de la elegante y risueña voz autoral. Sin embargo, hay un pasaje, por cierto muy insólito, donde es posible hallar una denuncia, discreta y amarga, de la vida cotidiana en la remota (¿qué tan remota?) Inglaterra de Eduardo VII. El cuento se titula *La vida según Mappin;* el pasaje dice así:

> "Estamos maneados", dijo la sobrina, calmosa y despiadadamente, "por restricciones de ingreso y de oportunidad, y sobre todo por la falta de iniciativa. Para algunas personas un ingreso restringido importa muy poco, de hecho a menudo parece servir para extraer de la vida una gran suma de realidad; estoy segura de que hay hombres y mujeres que hacen el mercado en callejuelas de París, compran cuatro zanahorias y un trozo de carne para su diario sustento y llevan una existencia perfectamente real y memorable. La falta de iniciativa es lo que realmente nos tulle, y en eso es donde estamos encerrados sin esperanza tú y yo y el tío James. Somos otros tantos animales atascados en una terraza de Mappin [Mappin es el diseñador de un nuevo tipo de zoológico], con esta diferencia en contra nuestra, la de que los animales están allí para que los miren en tanto que a nosotros nadie quiere mirarnos. Nos resfriamos en invierno y en verano nos da la fiebre del heno, y si a una avispa se le ocurre picarnos, bueno, es iniciativa de la avispa, no nuestra; nosotros nos limitamos a esperar que disminuya la hinchazón..."

Es la misma oprimente monotonía a que se refiere con más placidez en *El puercoespín.*

> Unos jóvenes estaban disputando unos dobles mixtos durante la fiesta campestre en la rectoría; durante los últimos veinticinco años por lo menos otros dobles mixtos de jóvenes habían estado haciendo exactamente la misma cosa exactamente en el mismo sitio, más o menos en la misma época del año. Los jóvenes cambiaban y con el transcurso del tiempo les daban paso a otros, pero era muy poco más lo que variaba.

Esa claustrofobia, esa circularidad de la rutina son de índole social, no geográfica: Munro era corresponsal de periódico y pasó varios años en Austria, en Polonia, en Rusia. (Escribió una *Historia de Rusia y* Ethel nos cuenta que San Petersburgo era la ciudad de sus amores). Nada en su biografía externa evoca la jaula del animal ni la inmovilidad del párroco rural; a primera vista, su vida no estuvo constreñida por falta de iniciativa. Fue a la guerra como voluntario y voluntariamente en ella se sacrificó. Pero el malestar, la herida, existen sin lugar a duda, y está bien hacer conjeturas sobre sus causas inmediatas. Pero no, decididamente, para disculpar el legado literario de Munro, para dejar de sentir alguna forma de culpa en el deleite que sus cuentos proporcionan.

En *Filboid Studge,* Munro ofrece una iluminación.

> Siempre que se informa sobre una matanza de armenios, todo el mundo supone que fue ejecutada "para cumplir órdenes" de alguien; nadie parece pensar que hay personas a las que *les gustaría* matar a sus prójimos de vez en cuando.

Munro asume esa generalización y la traslada a sus cuentos; el elemento de crueldad deriva de ese dato universal y ampliamente verificable. La verdadera perversidad de Munro consiste en saber que muchos de sus lectores se escandalizarían; por supuesto, tampoco podía prever una posteridad tan puritana, en medio de su facilidad y de su laxitud, como la actual. Graham Greene habla, con sobra de razón, del elemento "soleado" en los cuentos de Munro; es decir, de la tersura de su prosa y de las simultáneas tortuosidad y limpidez de su humor. Cuando relata que la hiena se comió al niño no está haciendo una exaltación de la hiena; está anticipándose a los remilgos con que iba a ser recibido el episodio. La sociedad que exalta la compasión no es una sociedad compasiva; es tan doble en su beatería como lo eran los Victorianos y eduardianos contemporáneos de Munro. Entre ellos, ciertamente no todos habían aprendido a reír; esa condición se prolonga desalentadoramente hasta nuestros días.

A PROPÓSITO DE SAKI

Saki Munro no era un joven cuando la primera guerra mundial terminó su carrera como escritor y, por añadidura, su vida. Su talento, entonces, ya había madurado. Nos legó un gran número de cuentos, algunos horribles, la mayoría humorísticos, y es por ellos por los que se lo admira y se lo quiere más. Año tras año produjo cuentos con una invención y una elegancia carentes de esfuerzo [...]

Saki se ubica exactamente entre Wilde y Firbank, en la extinta línea de los dandis literarios. Su ingenio es continuo y casi siempre acertado; en cada página leemos frases que permanecen tan frescas y brillantes luego de treinta y cuatro años (el período más cruel), cómo el día en el que fueron escritas.

Evelyn Waugh

Con una suerte de pudor, Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel. Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis puede recordar las deliciosas comedias de Wilde.

Jorge Luis Borges

Los cuentos y las novelas de Saki nos resultan tan agradables y, para emplear un término bastante socorrido, sofisticado, como cuando los publicó por primera vez. Son anticuados únicamente por el hecho de que evocan una atmósfera y describen una sociedad que se desvaneció en el ominoso verano de 1914.

Noel Coward

En cualquier circunstancia en que hubiese escrito, su talento, por más encantador que sea para sus seguidores, carece de los ingredientes del *best seller.* No es lo suficientemente sentimental y sí demasiado impertinente.

Noel Coward

Su vida fue cosmopolita, pero toda su obra [...] se sitúa en Inglaterra, en la Inglaterra de su melancólica infancia. Nunca se evadió del todo de aquella época, cuya irremediable desventura fue su materia literaria. Este hecho nada tiene de singular; la desdicha es, según se sabe, uno de los elementos de la poesía. La Inglaterra, padecida y aprovechada por él, era la de la clase media victoriana, regida por la organización del tedio y por la repetición infinita de ciertos hábitos. Con un humor ácido, esencialmente inglés, Munro ha satirizado a esa sociedad.

Jorge Luis Borges

CRONOLOGÍA

HÉCTOR HUGH MUNRO

SAKI (1870-1916)

AÑO	SAK1	CONTEXTO HISTÓRICO	CONTEXTO CULTURAL	AÑO
1870	El 18 de diciembre, Héctor Hugh Munro (Saki) nace en Akyab, Birmania.	Estalla guerra franco-prusiana. Tropas de Napoleón III son derrotadas en Sedán. Revuelta en París y proclamación de la República.	LITERATURA: Verne:*20000 leguas de viaje submarino* PINTURA: Cézanne: *Nat muerta con péndulo*. Mueren Dumas, Dickens, Bécquer, J. de Goncourt y Mérimée.	1870
1871		Rendición de París a tropas prusianas. Thiers presidente de Francia. Guillermo I emperador de Alemania. Francia pierde Alsacia y Lorena.	LITERATURA: Bécquer: *Rimas y leyendas* (póstumo). Carroll: *A través del espejo.* Dostoievski: *Los endemoniados.* Altamirano: *Navidad en las montañas.* MÚSICA: Verdi: *Aída*. Nacen Rodó y Proust. Muere José Mármol. Primera exposición de los impresionistas en París.	1871
1872	Al morir su madre, es enviado a Barnstaple, condado de North Devon, Inglaterra, a vivir con unas tías.	Guerra carlista. Atentado contra Amadeo I. Expulsión de jesuitas en Alemania. Congreso de la Internacional en La Haya.	FILOSOFÍA: Nietzsche: *El origen de la tragedia.* LITERATURA: Hernández: *Martín Fierro*. Daudet: *Tartarín de Tarascón*. PINTURA: Renoir: *Los remeros de Chatou.* Corot: *La catedral de Chartres*. Nace Pío Baroja. Mueren Gautier y José María Vergara y Vergara.	1872
1873		Muere Napoleón III, MacMahon presidente de la república francesa. Crisis económica mundial. Proclamación de la primera república española.	LfTERATURA: Rimbaud: *Una estancia en el infierno*. Verne: *La vuelta al mundo en 80 días*. MÚSICA: Bizet: *Carmen*. PINTURA: Manet: *La dama de los abanicos*. Primera máquina de escribir. Muere Manuel Acuña.	1873
1874		Ley contra la prensa socialista en Alemania. Alfonso XII rey de España.	LITERATURA: Verlaine: *Romanzas sin palabras*. Hardy: *Lejos del mundanal ruido*. Valera: *Pepita Jiménez*. Mallarmé: *Última moda, Gaceta del mundo* y *La familia*. PINTURA: Monet: *La impresión*. Manet: *En barca*. Nacen Chesterton y Lugones. Nace el Impresionismo.	1874
1875		Inglaterra adquiere acciones del canal de Suez.	LITERATURA: Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer*. ARTE: Manet: *Los remeros de Argenteuil*. Rodin: *La edad de bronce*. MÚSICA: Saint-Saëns: *Danza macabra*. Nacen Thomas Mann, Rilke, Antonio Machado y Ravel. Mueren Bizet, Millet y Corot. Inauguración de la Ópera de París.	187S
1876		Expansión del imperio colonial inglés. Creación de la Asociación Internacional Africana. Independencia de Corea.	LITERATURA: Zola: *Taberna*. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*. Mallarmé: *La tarde de un fauno*. PINTURA: Renoir: *El molino de la Galette*. Manet: *Retrato de Stéphane Mallarmé*. Nacen Pablo Casáis y Manuel de Falla. Muere George Sand.	1876
1877		Guerra ruso-turca. La reina Victoria coronada como emperatriz de la India.	LITERATURA: Tolstoi: *Ana Karenina*. Galdós: *Gloria*. Carducci: *Odas bárbaras*. James: *El americano*. MÚSICA: Brahms: *Primera* y *Segunda sinfonías*. ESCULTURA: Rodin: *La edad de bronce*. Nace Herman Hesse. Muere Courbet.	1877
1878	Cursa sus estudios primarios en Inglaterra.			1878
1879		Porfirio Díaz presidente de México.	LITERATURA: Ibsen: *Casa de muñecas*. Dostoievski: *Hermanos Karamazov*. Zola: *Nana*. H. James: *Daisy Miller*. Meredith: *El egoísta*. J L Mera: *Cumandá*. MÚSICA: Tchaikovski: *E. Oneguin*. PINTURA: Degas: *En las carreras*. Nace Daumier.	1879
1880		Francia ocupa Tahití. Fundación de la compañía del canal de Panamá.	LITERATURA: Swinburne: *Cantos de las mareas de primavera*. Wallace: *Ben Hur*. Tennyson: *Baladas*. Taine: *Filosofía del arte*. Maupassant: *Bola de sebo*. Altamirano: *Cuentos de invierno*. Machado de Assis: *Memorias póstumas de Brás Cubas*. ESCULTURA: Rodin: *El pensador*. Nace Robert Musil. Muere George Eliot.	1880

1881	Protectorado francés sobre Túnez. Alejandro 11 es asesinado. Sube al trono Alejandro III.	Nacen James Joyce y Virginia Woolf. LITERATURA: Flaubert: *Bouvard y Pécuchet* (póstumo). A. France: *El crimen de Silvestre Bonnard*. Stevenson: *Virginibus Puerisque*. Tennyson: *La copa*. ARTE: Manet: *El bar del Folies-Bergère*. MÚSICA: Offenbach: *Los cuentos de Hoffmann*. Mueren Dostoievski, Carlyle y Longfellow. Fundada en Roma la revista Crónica Bizantina (participan Carducci, Verga, Scarfoglio, D'Annunzio).	1881
1882	Triple Alianza: Alemania, Austria-Hungría, Italia. Se inician los atentados anarquistas en París.	LITERATURA: Stevenson: *Historia de una mentira* y *Nuevas noches árabes*. Ibsen: *Un enemigo del pueblo*. Villaverde: *Cecilia Valdés*. ARTE: Gaudí: *La sagrada familia*. MÚSICA: Brahms: *Quinteto de cuerdas No. 1*. Wagner: *Parsifal*. Muere Trollope.	1882
1883		Nacen Kafka y Barba Jacob. LITERATURA: Stevenson: *La isla del tesoro*. Maupassant: *Una vida*. ARTE: Monet: *Las ninfas*. Seurat: *Une baignade à Asnières*. MÚSICA: Brahms: *Tercera sinfonía*. Mueren Turgueniev y Wagner. Inauguración del Metropolitan Opera House de Nueva York.	1883
1884		Nace Bachelard. LITERATURA: Ibsen: *El pato salvaje*. Twain: *Huckleberry Finn*. ARTE: Rodin: *Tres burgueses de Calais*. MÚSICA: Debussy: *El hijo pródigo*.	1884
188S	Conferencia de Berlín reparte África entre las potencias occidentales. En Rusia estallan los primeros disturbios obreros de consideración.	Nacen Lawrence, E. Pound y Mauriac. LITERATURA: Stevenson: *Jardín de versos infantiles*. Maupassant: *Cuentos del día y de la noche*. Tennyson: *Los idilios del rey*. H. James: *Los bostonianos*. Traducción al inglés de *Las mil y una noches*. FILOSOFÍA: Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra*. ARTE: Renoir: *Las grandes bañistas*. Van Gogh: *Aldeanos comiendo patatas*. Rodin: *La aurora*. MÚSICA: Brahms: *Cuarta sinfonía*. *Quinteto con clarinete*. Franck: *Variaciones sinfónicas*. Muere Víctor Hugo.	1885
1886		Nace Güiraldes. LITERATURA: Stevenson: *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Silva: *Poesías*. Rimbaud: *Iluminaciones*. Chejov: *Cuentos*. Muere Liszt.	1886
1887	Alejandro, hermano mayor de Lenin, participa en un complot para asesinar a Alejandro III.	Nacen Sitwell y Moore. LITERATURA: Tolstoi: *La muerte de Ivan Ilich*. Mallarmé: *Poemas completos*. Conan Doyle: *Estudio escarlata*. ARTE: Van Gogh: *El Padre Tanguy*. Seurat: *La parade de cirque, Les poseuses*. Boecklin: *La sirena*. MÚSICA: Verdi: *Otelo*. Debussy: *La Joven elegida*.	1887
1888		Ntcen T.S. Eliot, Mansfield, O'Neill y Bernanos. LITERATURA: Stevenson: *La flecha negra*. Kipling: *Cuentos de las colinas*. Maupassant: *Pedro y Juan*. Chejov: *La estepa*. Rubén Darío: *Azul*. FILOSOFÍA: Nietzsche: *El caso Wagner*. ARTE: Toulouse-Lautrec: *La caballista del circo. Femando*. Van Gogh: *La habitación de Van Gogh*. Gauguin: *Visión después del sermón*. MÚSICA: Mahler: *Sinfonía Titán*. Muere Arnold.	1888
1889		Nacen Mistral y Chaplin. LITERATURA: Stevenson: *El señor de Ballantrae*. Melville: *Billy Bud*. Eça de Queiroz: *Las cartas de Fradique Méndez*. Twain: *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, FILOSOFÍA: Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos*. ARTE: Gauguin: *El Cristo amarillo*. Van Gogh: *Autorretrato con oreja cortada*. Mueren Hopkins y Browning. Período provenzal de VanGogh. Nace el expresionismo.	1889
1890		Nace Pasternak. LITERATURA: France: *Thais*. Ibsen: *Hedda Gabler*. Stevenson: *Baladas*. Zola: *La bestia humana*. Tolstoi: *Sonata Kreutzer*. ARTE: Van Gogh: *Campo de trigo con vuelo de cuervos*, Cezanne: *Cesto de manzanas*. Muere Van Gogh. 1ra exhibición de película en Nueva York.	1890
1891	Acercamiento franco-ruso. El partido social-demócrata alemán aprueba el programa de Erfurt.	Nacen Miller y Agatha Christie. LITERATURA: Hardy: *Tess de Uberville* Lagerlof: *La leyenda de Gosta Berling*. Conan Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Machado de Assis: *Quincas Borba*. ARTE: Gauguin: *Calle de Tahiti*. Mueren Melville y Rimbaud. Fundación de la Revista Blanca en Lieja y	1891

			Paris (participan Regnier, Mallarmé y Gourmont).	
1892			Nacen Storni, Buck y Andric. LITERATURA: Ibsen: *El constructor Solness*. Stevenson: *El náufrago*. Yeats: *La condesa Cathleen*. Kipling: *Canciones del cuartel*. Shaw: *La profesión de la señora Warren*. ARTE: Monet: *Las catedrales*. Cézanne: *Los jugadores de cartas*. Gauguin: *Ta Matete*. Toulouse-Lautrec: *En el molino rojo*. Muere Tennyson.	1892
1893	Regresa a Birmania e ingresa al cuerpo policiaco.		Nacen Huidobro, Mayakovski y Miró. LITERATURA: D'Annunzio: *Poema paradisíaco*. Shaw: *El amante*. MÚSICA: Dvorak: *Sinfonía del nuevo mundo*. Tchaikovski: *Sinfonía patética*. Verdi: *Falstaff*. Mueren Altamirano y Maupassant.	1893
1894	Vuelve a Inglaterra. Inicia su carrera de escritor con la publicación de bocetos políticos en el Westminster Gazette. Estas publicaciones aparecen firmadas con el que en adelante será su seudónimo, Saki, el cual toma prestado del personaje "copero" en la obra Rubaiyat del escritor Omar Khayyam.	Nicolás II sucede a Alejandro III.	UTERATURA: Kipling: *Libro de la selva.* Shaw: *El héroe y el soldado*. ARTE: Toulouse-Lautrec: *Salón de la rue des Moulins*. MÚSICA: Mahler: *Segunda sinfonía*. Muere Stevenson.	1894
1895		Asesinada la emperatriz Elizabeth de Austria, en Ginebra.	Nacen Éluard y Graves. LITERATURA: Hardy: *Judas el oscuro*. Stevenson: *Cartas de Vailima* (póstumo). Conrad: *La locura de Altmayer*. Simkiewicz: *Quo Vadis*. Wells: *La máquina del tiempo*. ARTE: Toulouse-Lautrec: *El baile de la Goulue. La payasa Cha-U-Kao*. Cézanne: *Bañistas*. MÚSICA: Strauss: *Till Eulenspiegel*. Mahler: *Tercera sinfonía*. Mueren Isaacs, Martí y Engels. En París se crea la tienda Art Nouveau. Fundación del premio Nobel de la Paz.	1895
1896		Búsqueda de oro en Klondike. Huelga de tejedores en Petrogrado.	Nacen Dos Passos, Scott Fitzgerald, Artaud y Bretón. LITERATURA: Chejov: *La gaviota*. Rubén Darío: *Prosas profanas*. ARTE: Gauguin: *Nave Mahana*. MÚSICA: Puccini: *La bohême*. Brahms: *Cantos serios*. Mueren Beecher Stowe y Verlaine.	1896
1897			Nace Faulkner. LITERATURA: Gide: *Los alimentos terrestres*. James: *Otra vuelta de tuerca*. Kipling: *Capitanes valientes*. Wells: *El hombre invisible*. Bram Stoker: *Drácula*. Rostand: *Cyrano de Bergerac*. ARTE: Rodin: Monumento a Balzac. Ensor: *La muerte y la máscara*. MÚSICA: Strauss: *Don Quijote*. Dukas: *El aprendiz de brujo*. Mueren Daudet y Brahms.	1897
1898		Guerra hispanoamericana: Estados Unidos obtiene Guam, Puerto Rico y Filipinas. Independencia de Cuba. Por la cuestión colonialista se incrementa la tensión entre Francia e Inglaterra.	Nacen Brecht, Dámaso Alonso, Hemingway y Einstein. LITERATURA: Wells: *La guerra de los mundos*. Blasco lbáñez: *La barraca*. FILOSOFÍA: Nietzsche: *La voluntad de poder*. ARTE: Gaudí: *Parque Güell*. Redon: *El cíclope*. Mueren Mallarmé y L. Carroll.	1898
1899		Comienza la segunda guerra de los Boers. Conferencia de la Haya. Revuelta de estudiantes en Rusia.	Nacen Asturias, García Lorca, Kawabata, Borges y Hitchcock. LITERATURA: Tolstoi: *Resurrección*. Yeats: *El viento entre los juncos*. MÚSICA: Ravel: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Finlandia*.	1899
1900	Publica el único texto que aparecerá firmado con su nombre de pila: The Rise of the Russian Empire.	En Italia, es asesinado Humberto I.	Nacen Saint-Éxupery, Buñuel y Armstrong. LITERATURA: Conrad: *Lord Jim*. Machado de Assis: *Don Casmurro*. FILOSOFÍA: Husserl: *Investigaciones lógicas*. CIENCIA: Freud: *La ciencia de los sueños*. ARTE: Gauguin: *Noa-Noa*. MÚSICA: Puccini: *Tosca*. Muere Oscar Wilde.	1900
1901		Establecimiento de un protectorado imperialista sobre Cuba con la enmienda Platt. Creación de la Commonwealth australiana. En Estados Unidos es asesinado McKinley; le sucede Roosevelt.	Nacen Malraux y De Sica. LITERATURA: Chejov: *Tres hermanas*. Mann: *Los Buddenbrooks*. Shaw: *César y Cleopatra*. Hudson: *El ombú*. Lagerlöf: *Jerusalem*. Eça de Queiroz: *La ciudad y las tierras*. Altamirano: *El zarco* (póstumo). ARTE: Maillol: *El mediterráneo*. Schwabe: *Matrimonio del poeta y la musa*. Muere Verdi. Sully Prudhomme gana el primer premio Nobel de Literatura	1901
1902	Aparece una compilación de sus escritos del Westminster Gazette, bajo el nombre de The Westminster	Bloqueo germano-británico-italiano de Venezuela por el no pago de la deuda.	Nace John Steinbeck. LITERATURA: H. James: *Las alas de las palomas*. Conrad: *El corazón de las*	1902

	Alice. Trabaja como corresponsal del Morning Post en Polonia, Rusia y París.		*tinieblas*. Muere Emile Zola.	
1903		En Irlanda, la ley agraria permite que los arrendatarios se conviertan en propietarios de la tierra.	Nacen Erskine Caldwell, K Lorenz, G Orwell y M. Yourcenar. LITERATURA: Conrad: *Tifón*. Chejov: *El cerezal*. H. James: *Embajadores*. Walter de la Mare: *Songs of Childhood*. Yeats: *En los siete bosques*. Fundación de la Academia Goncourt.	1903
1904	Publica su colección de cuentos Reginald.	Guerra ruso-japonesa con victoria de Japón.	Nacen Alejo Carpentier, Graham Greene, Francisco Monteverde, Pablo Neruda, Cecil Day Lewis y Salvador Dalí. LITERATURA: H. James: *La urna de oro*. Conrad: *Nostromo*. Muere Antón P. Chejov.	1904
1905		Revolución en Rusia. Levantamiento nacional en Irlanda.	Nacen Robert Penn Warren y Jean Paul Sartre. LITERATURA: Rilke: *Libro de las horas*. Darío: *Cantos de vida y esperanza*. PINTURA: Matisse: *La alegría de vivir*. Muere Julio Verne.	1905
1906			Nace Samuel Beckett. Mueren Henrik Ibsen y Paul Cézanne.	1906
1907		Constitución de la Triple Alianza (Gran Bretaña, Francia y Rusia).	Nace Wystan Hugh Auden. LITERATURA: Yeats: *Deirdee*. Rudyard Kipling, premio Nobel de Literatura.	1907
1908	Termina su trabajo como corresponsal del Morning Post y se radica en Londres.		Nace Simone de Beauvoir. LITERATURA: Chesterton: *El hombre que fue jueves*. France: *La isla de los pingüinos*. PINTURA: Picasso: *Las muchachas de Avignon*. Nacimiento de Hollywood. Exposición cubista en la Galería Kahnweiler.	1908
1909			Nacen Malcolm Lowry, Stephen Spender, Ciro Alegría y Juan Carlos Onetti. LITERATURA: Gide: *La puerta estrecha*. Maeterlinck: *Pájaro azul*. Muere Isaac Albéniz.	1909
1910	Reunidos en el volumen Reginald in Russia, aparecen los relatos The Reticence of Lady Anne y Gabriel Ernest.	Sudáfrica se convierte en dominio británico. Muere Eduardo VII. Jorge V nuevo rey inglés.	Nace Jean Anouilh. LITERATURA: Rilke: *Los apuntes de Malte Lauris Brigge*. MÚSICA: Stravinski: *El pájaro de fuego*. Muere Tolstoi.	1910
1911		Crisis de Agadir entre Francia y Alemania. Revolución republicana china. Guerra italo-turca; Italia obtiene Tripolitania, Cirenaica y Dodecaneso.	Nacen William Holding, Tennessee Williams, Elizabeth Bishop y Ernesto Sábato. LITERATURA: Mansfield: *En una pensión alemana*. Chesterton: *El candor del padre Brown*. PINTURA: Duchamp: *Desnudo bajando una escalera No. 1*. Maurice Maeterlinck, premio Nobel de Literatura.	1911
1912	En la publicación The Chronicles of Clovis, aparecen reunidos Esmé, Tobermory, Mrs. Packletide's Tiger, The Quest, Filboid, Studg, The Peace of Mowsle Barton, The Remoulding of Groby Lington, Sredni Vashtar, The Music on the Hill, The Hounds of Fate.	China es proclamada república. Estados Unidos invade Nicaragua. Primera guerra de los Balcanes. La entente balcánica (Servia, Bulgaria, Grecia y Montenegro) va sobre Turquía. Independencia de Albania.	Macen Lawrence Durrell, Jorge Amado y Eugene Ionesco. UTERATURA: Rolland: *Jean Christophe*. Shaw: *Pigmalión*. PINTURA: Kandinsky: *Lo espiritual en el arte*. MÚSICA: Ravel: *Dafnis y Cloé*.	1912
1913	Aparece publicada su novela When William Came.	Segunda guerra de los Balcanes. Bulgaria es derrotada en Grecia y Servia.	Nace Albert Camus. LITERATURA: Lawrence: *Hijos y amantes*. Proust: *En busca del tiempo perdido*. Frost: *A Boy's Will*. MÚSICA: Stravinski: *La consagración de la primavera*. PINTURA: Apollinaire: *Los pintores cubistas*. Duchamp: *Rueda de bicicleta*. En Nueva York, exposición en la Armony Show.	1913
1914	Publica Beasts and Super Beasts, libro de relatos conformado por The She-Wolfe, Laura, The Open Window, The Lull, The Seventh Pullet, The Stalled Ox, The Lumber Room. Aparece también una de sus obras de mayor importancia, The Unbearable Bassington. A los 44 años, se enrola voluntario en el ejército. El grupo del que hace parte se dirige a combatir en Francia.	Estalla la primera guerra mundial con el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo. Estados Unidos se convierte en proveedor de alimentos y material bélico para los Aliados. Invasión de Francia por el ejército alemán; batalla del Marne.	Nacen Dylan Thomas, Octavio Paz, Julio Cortázar y Adolfo Bioy Casares. LITERATURA: Gide: *Los sótanos del Vaticano*. J. Joyce: *Dublineses*. Yeats: *Responsabilidades*.	1914
1915		Fracaso de la campaña de los Dardanelos contra Turquía.	Nacen Saúl Bellow y Roland Barthes. LITERATURA: Somerset Maugham: *Servidumbre humana*. Lawrence: *Arco iris*. Kafka: *La metamorfosis*. Falla: *El amor brujo*. Mayakovski: *La nube en pantalones*. Lee Masters: *Spoon River Anthology*. R.Rolland, premio Nobel de Literatura.	1915

1916	El 13 de nov. muere en acción, en las trincheras, en Beaumont-Hamel, Francia. "Apaguen ese maldito cigarrillo" fueron sus últimas palabras. Luego aparecen The Toys of Peace and Other Paper (1919), y en 1924 The Square Egg and Other Sketches (biografía escrita por su hermana Ethel).	Fracaso de la revolución en Irlanda. Batalla de Somme.	LITERATURA: Joyce: *Retrato del artista adolescente*. Mueren Henry James, Jack London y Rubén Darío. Fundación del Movimiento Dadá.	1916

Librodot

SAKI

CUENTOS DE HUMOR NEGRO

Traducción y selección de Carlos José Restrepo

SREDNI VASHTAR

Conradin tenía diez años de edad, y la opinión profesional del médico era la de que el niño no viviría otros cinco. El médico era zalamero e inepto, y no valía mayor cosa, pero su opinión recibía el respaldo de la señora De Ropp, quien valía por casi todo. La señora De Ropp era prima y tutora de Conradin, y representaba para él esas tres quintas partes del mundo que son necesarias, desagradables y reales; las otras dos quintas partes, en perpetuo antagonismo con las anteriores, se resumían en él y en su imaginación. Conradin suponía que un día de estos acabaría sucumbiendo al yugo de las pesadas cosas necesarias, tales como las enfermedades, los mimos restrictivos y el prolongado aburrimiento. Sin su imaginación, desbocada bajo el acicate de la soledad, habría sucumbido tiempo atrás. Ni siquiera en sus ratos de mayor honestidad la señora De Ropp se habría confesado que le tenía aversión a Conradin, aunque acaso columbrara que el deber de frustrarlo "por su bien" no le resultaba particularmente molesto. Conradin la odiaba con una sinceridad desesperada que sabía disimular a la perfección. Los escasos placeres que se ingeniaba para procurarse ganaban un gustillo adicional por el hecho de que probablemente habrían desagradado a su tutora; y la tenía expulsada del reino de su imaginación, a esa cosa impura que allí jamás encontraría cabida.

En el sombrío e inhóspito jardín, vigilado por tantas ventanas siempre prontas a abrirse y soltar la advertencia de no hacer esto o aquello, o el aviso de que era hora de tomar la medicina, hallaba él escasos atractivos. Los pocos árboles frutales que encerraba estaban celosamente vedados a sus manos, como si fueran raros especimenes que florecieran en un yermo; si bien quizás habría costado encontrar un verdulero dispuesto a ofrecer diez chelines por la cosecha de todo el año. Sin embargo, en un rincón perdido y casi oculto tras unos setos desmayados, había un cobertizo en desuso de considerables dimensiones; y bajo su techo Conradin encontraba refugio, algo que asumía los diversos visos de un cuarto de juegos y de una catedral. Lo había poblado con una legión de fantasmas familiares, sacados en parte de episodios históricos y en parte de su propia mente, pero el lugar también hacía gala de dos inquilinos de carne y hueso. En un rincón vivía una gallina de Houdan de plumaje alborotado, a la que el niño prodigaba un afecto que a duras penas encontraba más salidas. Más al fondo, en la penumbra, había una amplia jaula dividida en dos compartimientos, uno de los cuales tenía al frente unas barras de hierro muy cerradas. Ésta era la morada de un gran hurón que su amigo el recadero de la carnicería había entrado de contrabando, con jaula y todo, a cambio de una reserva de monedas de plata atesoradas durante largo tiempo. Conradin le tenía pavor a la elástica fiera de colmillos agudos, aun cuando era su más preciada posesión. Su sola presencia en el cobertizo era motivo de una terrible y secreta alegría, que debía ocultar con sumo cuidado a La Mujer, como en secreto apodaba a la prima. Y un día, sabrá el cielo a partir de qué materia, hiló para la bestia un nombre fabuloso, y desde ese momento ésta adquirió la talla de un dios y una religión. La Mujer se entregaba a las prácticas religiosas una vez por semana en una iglesia de la vecindad, y llevaba con ella a Conradin, aunque el oficio litúrgico a él le parecía un rito ajeno en el templo de una divinidad asiria. Todos los jueves, en el mustio silencio del cobertizo, rendía un místico y complicado culto frente a la jaula de madera que habitaba Sredni Vashtar, el gran hurón. Ofrecía ante este santuario flores rojas cuando era la estación y bayas escarlatas en invierno, pues este dios ponía especial énfasis en la cara feroz e intolerante de las cosas; al contrario de la religión de La Mujer, que, hasta donde observaba Conradin, llegaba a extremos en la dirección opuesta. Y en las grandes festividades esparcía polvo de nuez moscada frente a su jaula, siendo parte importante de la ofrenda el hecho de que la nuez moscada tenía que ser robada. Estas festividades ocurrían con irregularidad y eran decretadas principalmente para celebrar algún suceso transitorio. En cierta ocasión, cuando la señora De Ropp padeció un agudo dolor de muelas por tres días seguidos, Conradin guardó las fiestas durante el mismo tiempo, llegando casi a convencerse de que Sredni Vashtar era en persona responsable del dolor de muelas. De haber durado el mal un día

más, las existencias de nuez moscada se habrían agotado.

La gallina de Houdan nunca fue involucrada en el culto de Sredni Vashtar. Conradin había decidido hacía mucho que ella era anabaptista. No pretendía tener la más remota idea de lo que era un anabaptista, pero abrigaba la esperanza de que fuera una cosa flamante y no muy respetable. La señora De Ropp era el cimiento sobre el cual él basaba su odio por toda respetabilidad.

Pasado cierto tiempo, la tutora comenzó a notar la obsesión de Conradin por el cobertizo. "No le conviene andar perdiendo el tiempo por allí a todas horas", decidió prontamente; y una mañana mientras desayunaban le anunció que la gallina de Houdan había sido vendida y que se la habían llevado por la noche. Atisbo a Conradin con sus ojos miopes, a la espera de una explosión de rabia y de dolor que estaba lista a sofocar con una descarga de excelentes preceptos y razones. Pero Conradin no dijo nada: no había nada qué decir. Quizás algo en su rostro empedernido y pálido le produjo un remordimiento pasajero, pues esa tarde a la hora del té hubo tostadas en la mesa, manjares prohibidos por regla general, sobre el supuesto de que le hacían daño; y también porque hacerlas "daba trabajo", mortal ofensa para una mujer de clase media.

- Creía que te gustaban las tostadas -exclamó, con expresión herida, al notar que no las tocaba.

- A veces -dijo Conradin.

Esa tarde hubo en el cobertizo una innovación en el culto del dios enjaulado. Conradin solía cantarle alabanzas; esta noche le pidió una merced.

- Te pido una cosa, Sredni Vashtar.

No especificó qué cosa. Puesto que Sredni Vashtar era un dios, le correspondía saberlo. Y ahogando un sollozo cuando miró al otro rincón vacío, Conradin regresó al mundo que tanto detestaba.

Y cada noche, en la acogedora oscuridad de su alcoba, y todas las tardes, en la penumbra del cobertizo, se elevaba la amarga letanía de Conradin: "Te pido una cosa, Sredni Vashtar".

La señora De Ropp notó que las visitas al cobertizo no habían cesado, y un día realizó otro viaje de inspección.

- ¿Qué cosa guardas en esa jaula con candado? -preguntó-. Creo que son conejillos de Indias. Voy a hacer que se los lleven a todos.

Conradin apretó los labios, pero La Mujer registró su cuarto hasta encontrar la llave que éste había escondido con cuidado, y de inmediato bajó al cobertizo, con el fin de completar el descubrimiento. Era una tarde fría y Conradin había sido conminado a mantenerse dentro de la casa. Desde la última ventana del comedor se alcanzaba a ver la puerta del cobertizo tras la esquina del seto, y allí se apostó Conradin. Vio entrar a La Mujer, y luego la imaginó abriendo la puerta de la jaula sagrada y escudriñando con sus ojos miopes el fondo con el tupido lecho de paja donde se agazapaba su deidad. Tal vez, en su torpe impaciencia, se le iba a ocurrir hurgar la paja. Entonces Conradin murmuró por última vez su ferviente oración. Pero al rezar sabía que le faltaba convicción. Sabía que La Mujer iba a salir dentro de poco con la sonrisa fruncida que él tanto odiaba pintada en el rostro, y que en una hora o dos el jardinero se llevaría a su maravilloso dios, no ya un dios, sino un simple hurón pardo en una jaula. Y sabía que La Mujer triunfaría siempre como triunfaba ahora, y que él se iría haciendo cada vez más enfermizo por culpa de su acoso, tiranía y sabihondez, hasta que un día ya nada le importara mayor cosa y la opinión del médico resultara ser cierta. Y en el tormento y miseria de su derrota comenzó a cantar en voz alta y desafiante el himno de su ídolo en peligro:

Sredni Vashtar salió al ataque,
sus pensamientos eran rojos, sus dientes eran blancos,
sus enemigos imploraban la paz, pero él les daba muerte.

Sredni Vashtar, el Bello.

Y entonces cortó en seco aquel cántico y se apretó contra el cristal de la ventana. La puerta del cobertizo seguía entreabierta y los minutos transcurrían. Eran largos minutos, pero así y todo transcurrían. Contempló los estorninos que corrían y revoloteaban en pequeñas bandas por el césped; los contó una y otra vez, sin quitar nunca el ojo de la puerta giratoria. Una sirvienta de cara avinagrada entró a poner la mesa para el té, y Conradin seguía allí de pie, esperando y mirando. La esperanza había calado poco a poco en su corazón, y ahora una chispa de triunfo empezaba a brillar en sus ojos, que hasta entonces sólo habían reflejado la melancólica resignación de la derrota. A media voz, con un furtivo regocijo, reanudó el himno de victoria y desolación. Y sus ojos al fin fueron recompensados: por la puerta salió un animal largo y bajo, entre amarillo y pardo, con ojos que parpadeaban a la luz del crepúsculo y negras manchas húmedas en la piel de las fauces y el pescuezo. Conradin se hincó de rodillas. El gran hurón caminó hasta el arroyo que corría por la parte baja del jardín, bebió allí por un momento y luego cruzó un puentecito de tablones y se perdió de vista entre los matorrales. Así partió Sredni Vashtar.

- El té está listo -dijo la sirvienta de cara avinagrada-. ¿Dónde está la señora?

- Hace un rato bajó al cobertizo-dijo Conradin.

Y mientras la criada iba a buscar a su ama para el té, Conradin sacó del aparador un pincho de tostadas y procedió a tostarse una rebanada de pan. Y mientras la tostaba, le untaba abundante mantequilla y se regodeaba parsimoniosamente al masticarla, prestó atención a los ruidos y silencios que se sucedían como en ráfagas tras la puerta del comedor: el alarido estridente y ridículo de la criada, el coro de respuesta que se elevó lleno de exclamaciones de sorpresa desde el área de la cocina, los pasos atropellados y las presurosas embajadas para pedir ayuda afuera; y luego, después de una corta tregua, los sollozos de espanto y los pasos arrastrados de quienes transportaban una carga pesada al interior de la casa.

- ¿Quién se lo va a contar al niño? ¡Yo no podría, de ninguna manera! -exclamó una voz chillona.

Y mientras discutían entre sí la cuestión, Conradin procedió a prepararse otra tostada.

EL HUEVO DE PASCUA

Era evidente que a lady Barbara, mujer de buena cepa luchadora y una de las más aguerridas de su generación, le resultaba un trago amargo la cobardía sin recato de su hijo. No importa qué otras virtudes haya poseído Lester Slaggby -y en algunos aspectos era encantador-, nadie jamás lo habría tildado de valiente. Cuando niño, había sufrido de timidez infantil; cuando muchacho, de temores no muy varoniles; y ya hecho todo un hombre, había cambiado los miedos irracionales por otros todavía más tremendos, ya que sus fundamentos eran meticulosamente razonados. Les tenía un sincero pavor a los animales, las armas de fuego lo ponían nervioso y nunca atravesaba el canal de La Mancha sin calcular la relación numérica entre los salvavidas y los pasajeros. Cuando iba a caballo parecía necesitar tantos brazos como un dios hindú: por lo menos cuatro para agarrarse de las riendas y otros dos para tranquilizar al caballo con palmaditas en el cuello. Lady Barbara había dejado de fingir que no veía la principal flaqueza de su hijo; con su habitual valor hacía frente a esta verdad y, como toda madre, no lo quería menos por eso.

Los viajes por el continente, con tal que fuera lejos de las grandes rutas turísticas, eran una de las aficiones predilectas de lady Barbara; y Lester la acompañaba todas las veces que podía. Ella solía pasar las Pascuas en Knobaltheim, un pueblo alto de uno de los diminutos principados que manchan con pecas insignificantes el mapa de la Europa Central.

El largo trato con la familia reinante la convertía en un personaje de merecida importancia ante los ojos de su viejo amigo el burgomaestre; de modo que fue consultada por el ansioso dignatario con motivo de la magna ocasión en que el príncipe dejó saber sus intenciones de acudir en persona a inaugurar un sanatorio en las afueras de la villa. Se habían dispuesto todos los detalles de costumbre para un programa de recepción, algunos fatuos y trillados, otros pintorescos y llenos de encanto, pero el burgomaestre tenía la esperanza de que la ingeniosa dama inglesa resultara con un aporte novedoso y de buen tono en lo tocante a un saludo que diera prueba de lealtad. El mundo exterior, si acaso se tomaba la molestia, consideraba al príncipe un reaccionario de la vieja guardia que combatía el progreso moderno, por así decirlo, con una espada de madera. Para su pueblo era un viejo y bondadoso caballero, dueño de cierta majestad cautivadora en la que no había ni pizca de altivez. Knobaltheim deseaba lucirse. Lady Barbara discutió el asunto con Lester y uno o dos conocidos en el pequeño hostal donde se habían alojado, pero no se les ocurría nada en particular.

- ¿Puedo sugerir algo a la *gnädige Frau*? -preguntó una dama de tez cetrina y pómulos altos a quien la inglesa le había dirigido una o dos veces la palabra y a la que había clasificado como eslava del sur.

- ¿Puedo sugerir algo para la fiesta de recepción? -prosiguió, con una especie de tímida vehemencia-. A nuestro hijito, mírelo, nuestro bebito, le ponemos un vestidito blanco, con alitas, como un ángel pascual, y que lleve un gran huevo blanco de Pascua, y adentro va a estar lleno de huevos de chorlito, que le gustan tanto al príncipe, y se lo entrega a su alteza como ofrenda pascual. ¡Es una idea tan bonita! Lo vimos hacer en Estiria.

Lady Barbara miró dudosa al candidato a angelito pascual, un niño blanco, de cara inexpresiva y de unos cuatro años. Lo había visto el día anterior en el hostal y le había intrigado bastante el hecho de que una criatura tan pelirrubia fuera hija de dos personas tan morenas como aquella mujer y su marido. Pensó que a lo mejor era adoptado, teniendo en cuenta que además no eran jóvenes.

- Claro que *gnädige Frau* escoltaría al niño en presencia del príncipe -prosiguió la mujer-; pero él se sabría comportar y hacer todo lo que se le diga.

- Vamos haceg qui nos manden de Viena huevos fgescos de choglito- dijo el marido.

Tanto el pequeño como lady Barbara parecían igualmente apáticos ante la primorosa idea. Lester se opuso abiertamente, pero el burgomaestre se mostró encantado cuando lo enteraron al respecto. La mezcla de sentimentalismo y huevos de chorlito ejercía un poderoso atractivo sobre su mente teutónica.

En aquella fecha memorable el ángel pascual, en un traje realmente bonito y pintoresco, fue centro del afable interés de la engalanada compañía que esperaba en orden a su alteza. La madre estuvo muy discreta y menos cargante de lo que la mayoría de las madres habrían estado en similares circunstancias, limitándose a estipular que ella misma debía colocar el huevo de Pascua en los bracitos que con tanto cuidado habían sido adiestrados para llevar la preciosa carga. Hecho esto, lady Barbara avanzó, con el niño marchando impasible y con torva decisión al lado suyo. Le habían prometido montones de tortas y confites si entregaba el huevo con toda corrección y reverencia al viejo y bondadoso caballero que lo aguardaba para recibirlo. Lester había tratado de comunicarle en privado que lo esperaban horribles bofetones si fallaba en lo que le tocaba de aquel acto, pero es dudoso que su alemán hubiese producido algo más que una pasajera desazón. Lady Barbara había tomado la precaución de llevar consigo una reserva de emergencia de bombones de chocolate: los niños pueden ser oportunistas, pero no son amigos de los pagos a largo plazo. Cerca del regio estrado lady Barbara se apartó con discreción y el infante de rostro imperturbable avanzó solo, con paso tambaleante pero decidido, alentado por el murmullo de aprobación de los adultos. Lester, que se encontraba en la primera fila de espectadores, se dio vuelta para buscar entre la multitud las caras radiantes de los felices padres. En un camino lateral que conducía a la estación divisó un coche; y entrando en él, con claras señas de clandestina prisa, vio a la pareja de rostros morenos que se habían mostrado tan verosímilmente entusiasmados con la "idea primorosa". El aguzado instinto de la cobardía le iluminó la situación en un relámpago. Sintió el rugido de la sangre que le bullía en la cabeza, como si en sus venas y arterias se hubieran abierto miles de compuertas y su cerebro fuera el canal en donde desaguaban todos los torrentes. Todo a su alrededor se puso borroso. Luego la sangre empezó a bajar en rápidas oleadas, hasta que el propio corazón le pareció escurrido y hueco, y se quedó plantado allí, mirando apabullada, desesperada y estúpidamente al niño que llevaba la maldita carga con pasos lentos e implacables, cada vez más cerca del grupo de personas que como borregos se aprestaban para recibirlo. Una curiosidad hipnótica obligó a Lester a volver otra vez la cabeza hacia los fugitivos: el coche había arrancado a toda marcha con rumbo a la estación.

Un momento después Lester corrió, corrió más rápido de lo que ninguno de los allí presentes había visto correr a una persona... y no lo hizo para huir. En ese único instante de su vida se vio movido por un impulso desacostumbrado, algún eco de su estirpe, y se precipitó sin vacilar hacia el peligro. Se arrojó sobre el huevo de Pascua y lo agarró como quien arrebata una pelota en el juego de rugby. No había pensado qué hacer con él; la cosa era echarle mano. Pero al niño le habían prometido tortas y confites si lo entregaba intacto en manos del viejo y bondadoso caballero. No emitió un solo grito, pero se prendió de su encargo como una lapa. Lester cayó de rodillas, tirando ferozmente de la carga que el chico apretaba sin ceder, al tiempo que los escandalizados espectadores dejaban escapar exclamaciones airadas. Un corro inquisitivo y amenazador los rodeó, pero echó para atrás cuando él gritó la palabra pavorosa. Lady Barbara escuchó esta palabra y vio a la multitud salir en desbandada como ovejas; vio al príncipe, a quien los escoltas alejaban a la fuerza; y vio también a su hijo, postrado en la agonía de un terror aplastante, su amago de valor frustrado por la inesperada resistencia del niño, todavía agarrado desesperadamente, como si en ello fuera su salvación, de aquella chuchería satinada, incapaz siquiera de arrastrarse lejos, sólo capaz de gritar y gritar y gritar. Tuvo la vaga conciencia de que a la abyecta vergüenza que humillaba a su hijo contraponía mentalmente, o trataba de hacerlo, el acto único de urgente valentía que lo había lanzado grandiosa y descabelladamente al foco del peligro. Pero sólo por un segundo estuvo contemplando las dos figuras entrelazadas: el niño con su cara terca e impasible y el cuerpo tenso por la obstinada resistencia, y el joven desmadejado y casi muerto ya de un pavor que ahogaba sus gritos; y sobre ellos las largas banderolas de gala que flameaban alegremente bajo la luz del sol. Nunca pudo olvidar aquella escena. Claro que fue la última que vio.

Lady Barbara exhibe las muchas cicatrices y los ojos ciegos de su rostro con el coraje de toda la vida, pero en determinadas fechas sus amigos tienen cuidado de no mencionar en su presencia el infantil símbolo de la Pascua.

ESME

- Todas las historias de caza son iguales -dijo Clovis-, igual que todas las de carreras de caballos y todas las de...

- La mía no se parece para nada a ninguna que hayas escuchado -dijo la baronesa-. Sucedió hace bastante tiempo, cuando yo tenía unos veintitrés años. En ese entonces no vivía separada de mi esposo: ninguno de los dos podía darse el lujo de pasarle una pensión al otro. Digan lo que digan los refranes, la pobreza mantiene unidos más hogares de los que desbarata. Lo que sí hacíamos era salir de caza con jaurías distintas. Pero nada de esto tiene que ver con mi historia.

- Todavía no llegamos al encuentro antes de la partida. Supongo que hubo uno -dijo Clovis.

- Claro que sí -dijo la baronesa-. Estaban todos los de siempre, especialmente Constance Broddle. Constance era una de esas muchachotas rubicundas que cuadran tan bonito con los paisajes otoñales y los adornos navideños de la iglesia.

"- Tengo el presentimiento de que algo terrible va a pasar -me dijo-. ¿Estoy pálida?

"Lo estaba, casi tanto como una remolacha que acaba de recibir malas noticias.

"- Te ves mejor que de costumbre -le dije-; pero en el caso tuyo eso es tan fácil...

"Antes de que captara el correcto sentido de este comentario ya habíamos ido al grano. Los perros acababan de levantar una zorra que andaba agazapada en unos matorrales."

- Ya lo sabía -dijo Clovis-. En todas las historias de cacería de zorras siempre hay una zorra y unos matorrales.

- Constance y yo íbamos bien montadas -prosiguió con calma la baronesa-, así que no nos costó nada arrancar adelante, aunque la carrera era bastante dura. Sin embargo, en el último trecho tal vez seguimos una línea demasiado independiente, porque se nos perdió la pista de los perros y acabamos vagando a paso de tortuga por ahí, lejos de todas partes. La cosa era bastante exasperante y el genio se me iba agriando poco a poco, cuando, después de dar por fin con un amable seto que nos dejó pasar, nos alegramos de ver unos perros que corrían ladrando por la hondonada que había justo abajo.

"- ¡Allá van! -gritó Constance; y enseguida agregó, boquiabierta-: ¡En nombre de Dios! ¿A qué le están ladrando?

"No era una zorra cualquiera, de eso no había duda. Tenía el doble o más de altura, una cabeza chata y fea y un cuello enormemente grueso.

"- ¡Es una hiena! -exclamé yo-; seguro se escapó del parque de lord Pabham."

- En ese instante la bestia acorralada se volvió para enfrentarse con sus perseguidores; y los perros, que no pasaban de una docena, la rodearon en semicírculo y pusieron cara de estúpidos. Era evidente que se habían separado del resto para seguir aquel rastro anómalo, y no estaban muy seguros de cómo tratar la presa ahora que la tenían asediada.

"La hiena saludó nuestra llegada con claras efusiones de alivio y amistad. A lo mejor estaba acostumbrada a una bondad pareja por parte de los hombres, mientras que su primera experiencia con una jauría le había dejado un mal sabor. Los perros parecieron turbarse más que nunca cuando la presa hizo alarde de su instantánea amistad con nosotras, y aprovecharon el débil toque de un cuerno en la distancia a manera de excusa bienvenida para partir con discreción. Constance, la hiena y yo quedamos solas a la luz del crepúsculo.

"- ¿Ahora qué vamos a hacer? -preguntó Constance.

"- ¡Qué preguntona eres! -dije.

"- Bueno, no podemos quedarnos toda la noche aquí con una hiena -replicó.

"- Ignoro qué entiendes tú por comodidad -le dije-, pero a mí no se me ocurriría pasar aquí toda la noche, así no hubiera hiena. El mío puede ser un hogar desdichado, pero al menos tiene instalación de agua fría y caliente, servicio doméstico y otras conveniencias que aquí no vamos a encontrar. Mejor vamos hasta esos árboles que hay a la derecha; me figuro que el camino de Crowley queda ahí detrás."

- Trotamos despacio por una trocha en la que había vestigios de huellas de carreta, con la bestia pisándonos dichosa los talones.

"- ¿Qué diantres vamos a hacer con la hiena? -fue la pregunta inevitable.

"- ¿Qué se hace por lo general con una hiena? -pregunté yo, irritada.

"- Jamás tuve nada que ver con una hiena -dijo Constance.

"- Bueno, pues yo tampoco. Si tan siquiera supiéramos su sexo, podríamos bautizarla. Tal vez podamos llamarla Esmé. Es un nombre que sirve en ambos casos.

"La luz todavía alcanzaba para distinguir los objetos al borde del camino, y el desánimo se nos curó de golpe cuando nos topamos con un gitanito andrajoso que recogía moras de un zarzal. La repentina aparición de un par de amazonas y una hiena lo hizo salir gritando. De todos modos no habría sido mucha la información geográfica que hubiéramos podido entresacar de aquella fuente; pero existía la posibilidad de encontrar más adelante un campamento de gitanos. Seguimos cabalgando esperanzadas pero sin novedad durante más o menos otra milla.

"- Me pregunto qué hacía el niño allí -dijo Constance al rato.

"- Estaba recogiendo moras. Nada más patente.

"- No me gustó la forma en que gritó -prosiguió Constance-. Es como si el gemido me siguiera sonando en los oídos.

"No reprendí a Constance por esas mórbidas fantasías. A decir verdad, la misma sensación de ser perseguida por un gemido pertinaz y molesto había venido royéndome los nervios, ya de por sí crispados. Por el mero placer de la compañía llamé a Esmé, que se había rezagado un poco. Con dos o tres saltos elásticos nos alcanzó, y luego echó a correr y nos dejó atrás.

"El acompañamiento de gemidos quedó explicado. El gitanito estaba firme, y me figuro que dolorosamente, apresado en sus fauces.

"- ¡Por la Divina Providencia! -chilló Constance-. ¿Ahora qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?"

- Tengo la absoluta certeza de que en el juicio final Constance va a hacer más preguntas que los propios serafines examinadores.

"Por mi parte, hice todo lo que se me vino a la cabeza en aquel momento. Bramé, increpé y supliqué en inglés, en francés y en el idioma de los guardabosques; di fustazos ridículos e inútiles al aire; le arrojé a la bestia mi fiambrera. No sé, de veras, qué más pude haber hecho. Y aun así seguimos avanzando a paso lerdo, a medida que se iba poniendo más oscuro, con la tosca y siniestra figura abriendo marcha y la lúgubre cantinela zumbando en los oídos. De pronto Esmé saltó a un lado y se perdió entre unos arbustos tupidos, fuera de nuestro alcance. El lamento se convirtió en un alarido que se cortó en seco. Acostumbro pasar rápidamente por esta parte de la historia, porque en realidad es bien horrible. Cuando la bestia se nos unió de nuevo, tras una ausencia de pocos minutos, la

rodeaba un aura de paciente comprensión, como si supiera que había hecho algo que nosotras censurábamos pero que a ella se le hacía perfectamente disculpable.

"- ¿Cómo puedes dejar que esa bestia voraz trote a tu lado? -preguntó Constance, que más que nunca parecía una remolacha albina.

"- En primer lugar, no puedo impedirlo -dije-; y en segundo lugar, por muchas cosas que pueda ser, dudo que ahora mismo sea voraz.

"Constance se estremeció. Y soltó otra de sus preguntas:

"- ¿Crees que la pobre criatura sufrió mucho?

"- Todos los indicios apuntan a ese lado -dije-. Por otra parte, claro, a lo mejor lloraba por puro berrinche. Los niños son así algunas veces.

"La oscuridad era casi total cuando dimos de pronto con la carretera. En ese mismo instante el destello de unas luces y el ruido de un motor nos pasaron rozando a una distancia de veras inquietante. Un segundo después fueron seguidos por un golpe seco y un aullido agudo y destemplado. El automóvil se detuvo, y cuando llegué al lugar del accidente encontré a un joven que se inclinaba sobre un oscuro bulto inerte tirado al borde de la carretera.

"- ¡Usted mató a mi Esmé! -exclamé amargamente.

"- Lo siento muchísimo -dijo el joven-. Soy criador de perros, así que sé lo que estará sintiendo. Haré lo que pueda por reparar el daño.

"- Entiérrelo ahora mismo, por favor-le dije-. Creo que eso es lo menos que le puedo pedir.

"- Trae la pala, William -le ordenó al conductor.

- Evidentemente, las inhumaciones apresuradas a la vera del camino eran contingencias previstas.

"Tomó bastante tiempo cavar una fosa de suficiente hondura.

"- ¡Caramba, qué soberbio ejemplar! -exclamó el automovilista mientras hacían rodar el cadáver en la zanja-. Me temo que haya sido un animal muy valioso.

- Ganó el segundo premio en la categoría de cachorros el año pasado en Birmingham -respondí yo sin vacilar.

"Constance soltó un sonoro resoplido.

"- No llores, querida -le dije con la voz quebrada-. Todo acabó en un santiamén; no puede haber sufrido mucho.

"- Mire -dijo el muchacho, desesperado-: sencillamente tiene que permitirme hacer algo a modo de compensación."

- Me rehusé con suavidad; pero, como insistiera, le di mi dirección.

"Por supuesto, guardamos silencio respecto a los primeros episodios de aquella tarde. Lord Pabham nunca dio aviso de la pérdida de su hiena: un año o dos atrás, cuando un animal estrictamente frugívoro se extravió de su parque, se vio en la obligación de pagar indemnizaciones en once casos de ataques a ovejas y prácticamente tuvo que surtir de nuevo todos los gallineros de la vecindad, de modo que una hiena fugitiva le habría significado un desembolso del tamaño de un subsidio gubernamental. Los gitanos se mostraron igualmente recatados acerca de la desaparición de su vástago; no me figuro que en los grandes campamentos lleven la cuenta exacta de cuántos niños tienen."

La baronesa hizo una pausa para reflexionar, y luego continuó:

- Con todo, la aventura tuvo un corolario. Recibí por correo un lindo brochecito de diamantes con el nombre de Esmé engastado en un ramito de romero. A propósito, perdí de paso la amistad de Constance Broddle. Es que cuando vendí el broche me negué, con justa razón, a compartir con ella la ganancia. Le señalé que la parte del asunto relacionada con Esmé era de mi propia invención, y la de la hiena era cosa de lord Pabham, si de veras se trataba de una hiena, de lo cual, claro, no tengo prueba alguna.

TOBERMORY

Era una tarde lluviosa y fría de finales de agosto, esa imprecisa temporada en que las perdices están aún en veda o en el frigorífico, y no hay nada que cazar, a menos que a uno lo limite por el norte el canal de Bristol, caso en el que es permitido galopar en pos de gordos ciervos rojos. El convite de lady Blemley no estaba limitado al norte por el canal de Bristol, de modo que todos sus huéspedes se habían agrupado en torno a la mesa de té. Y, pese a lo anodino de la época y lo trivial de la ocasión, en los invitados no había indicios de esa hastiada inquietud que significa temor a la pianola y un soterrado anhelo de jugar bridge-remate. La boquiabierta admiración de todo el grupo estaba puesta en la hogareña inanidad del señor Cornelius Appin. De todos sus huéspedes, él le había llegado a lady Blemley con la reputación más vaga. Alguien había dicho que era "inteligente", y había recibido la correspondiente invitación bajo la moderada expectativa, por parte de la anfitriona, de que aportara al entretenimiento general una porción, al menos, de esta inteligencia. Hasta la hora del té de aquel día ella no había podido descubrir en qué dirección apuntaba, si acaso, la tal inteligencia. No era ingenioso ni campeón de croquet; ni una fuerza hipnótica ni organizador de teatro de aficionados. Su porte tampoco sugería la clase de hombre a quien las mujeres están dispuestas a perdonar un alto grado de retraso mental. Lo habían rebajado a un mero "señor Appin", pareciendo el Cornelius una pura fantochada del bautismo. Y ahora salía con que acababa de efectuar para el mundo un descubrimiento a cuyo lado la invención de la pólvora, la imprenta y la máquina de vapor eran simples bagatelas. En las últimas décadas la ciencia había dado asombrosas zancadas en muchas direcciones, pero esto parecía pertenecer al campo de lo milagroso más bien que al de los logros científicos.

-¿Y en serio nos pide que creamos -decía sir Wilfrid- que ha descubierto la forma de enseñar a los animales el arte del habla, y que el viejo y querido Tobermory resultó ser su primer discípulo exitoso?

-Es un problema en el que he trabajado durante los últimos diecisiete años -dijo el señor Appin-, pero sólo hace ocho o nueve meses comencé a vislumbrar el éxito. Claro que he experimentado con miles de animales, pero últimamente sólo ensayé con gatos, esas criaturas prodigiosas que se han adaptado tan maravillosamente a nuestra civilización sin renunciar a ninguno de sus afinadísimos instintos salvajes. De vez en cuando uno se encuentra un gato con un intelecto que se destaca muy por encima del promedio, lo mismo que sucede con la gente; y cuando trabé conocimiento con Tobermory la semana pasada, supe al instante que estaba frente a un "supergato" de extraordinaria inteligencia. Yo ya había avanzado un buen trecho en mis más recientes experimentos. Con Tobermory, como ustedes lo llaman, alcancé la meta.

El señor Appin remató esta asombrosa afirmación en un tono al que trató de despojar de inflexiones de triunfo. Nadie exclamó "¡ratones!", aunque los labios de Clovis esbozaron un gesto que probablemente invocaba a estos roedores de la incredulidad.

-¿Quiere decir -preguntó la señorita Resker, tras una breve pausa- que le ha enseñado a Tobermory a pronunciar o comprender frases sencillas de una sílaba?

-Mi querida señorita Resker -dijo el taumaturgo con paciencia-, ese modo fragmentario es el que uno emplea para enseñar a los niños, los salvajes y los adultos retrasados. Pero cuando uno ha resuelto el problema de cómo empezar con un animal de inteligencia altamente desarrollada, ya no son necesarios esos métodos cojos. Tobermory puede hablar nuestro idioma con absoluta corrección.

-¡Super-ratones! -exclamó esta vez Clovis con toda claridad.

Sir Wilfrid se mostró más cortés, pero igualmente escéptico.

-¿No sería mejor hacer entrar al gato y juzgar por nosotros mismos? -sugirió lady Blemley.

Sir Wilfrid salió a buscar al animal, mientras los invitados se resignaron con bastante apatía a presenciar un acto más o menos diestro de ventriloquia de salón.

En cuestión de minutos sir Wilfrid regresó a la sala, con el semblante pálido bajo el bronceado y los ojos fuera de las órbitas.

-¡Por Dios, es cierto!

No cabía duda de que su agitación era genuina. Un estremecimiento de interés renovado despertó a los demás.

Dejándose caer en un sillón, continuó sin aliento:

-Lo encontré dormitando en el salón de fumar y lo llamé a que viniera por su té. No me hizo caso como de costumbre, y yo le dije: "Vamos, Toby; no te hagas esperar"; y, ¡Dios del cielo!, me respondió, arrastrando las palabras con la naturalidad más espantosa, que vendría cuando a él le diera la bendita gana. ¡A mí no me quedó sangre en el cuerpo!

Appin había predicado a un público absolutamente incrédulo; las palabras de sir Wilfrid lograron una instantánea conversión. Se formó una babel de exclamaciones de sorpresa, mientras el científico permanecía sentado en silencio, paladeando el primer fruto de su prodigioso descubrimiento.

En medio del clamor Tobermory entró a la habitación y enfiló, con pasos afelpados y estudiada indiferencia, hacia el grupo reunido alrededor de la mesa de té.

Los invitados se sumieron de súbito en un silencio lleno de incomodidad y turbación. Por algún motivo resultaba embarazoso hablar de tú a tú con un gato doméstico de reconocida habilidad oral.

-¿Quieres un poco de leche, Tobermory? -preguntó lady Blemley con voz bastante tensa.

-No tengo inconveniente -fue la respuesta, formulada en un tono de pareja indiferencia.

Un escalofrío de emoción contenida recorrió a los oyentes, y no podría reprochársele a lady Blamley el haber rebosado el plato de leche con mano insegura.

-Me temo que he derramado buena parte -dijo, en tono de disculpa.

-Bueno, después de todo no es mi alfombra -replicó Tobermory.

El grupo volvió a guardar silencio. Al cabo, la señorita Resker, en su mejor entonación de visitadora distrital, le preguntó si había sido difícil aprender la lengua humana. Tobermory la miró de frente por un momento y luego, con toda calma, fijó la vista en un segundo plano. Era obvio que las preguntas aburridas no encajaban en su modo de vida.

-¿Qué piensas de la inteligencia humana? -preguntó con recato Mavis Pellington.

-¿De la inteligencia de quién en particular? -replicó Tobermory fríamente.

-Pues... bueno, de la mía por ejemplo -dijo Mavis, soltando una risita.

-Me pone usted en una situación embarazosa -dijo Tobermory, cuyo tono y actitud no denotaban ciertamente ni sombra de embarazo-. Cuando se propuso su invitación para la temporada, sir Wilfrid afirmó que usted era una de las mujeres más tontas que conocía, y que había mucha diferencia entre la hospitalidad y el cuidado de imbéciles. Lady Blemley replicó que su flaco intelecto era precisamente la cualidad que la había hecho merecedora de la invitación, puesto que usted era la única persona lo suficientemente estúpida como para comprarles el automóvil. Usted ya sabe, el que llaman "la envidia de Sísifo", porque anda divinamente cuesta arriba... con tal que alguien lo empuje.

Las protestas de lady Blemley habrían surtido más efecto si esa misma mañana no le hubiera sugerido a Mavis, como quien no quiere la cosa, que el coche en cuestión le vendría de maravilla para su casa en Devonshire.

El mayor Barfield se precipitó a meter baza, con el fin de desviar la conversación.

-¿Qué hay de tus andanzas con la gatica carey de las caballerizas, eh?

Todos advirtieron al momento el resbalón.

-Esas cosas no suelen discutirse en público -dijo Tobermory con frialdad-. De lo que por encima he podido observar acerca de su comportamiento en esta casa, me figuro que usted encontraría inconveniente que yo desviara el tema hacia sus propios asuntillos.

El subsiguiente pánico no se redujo al del mayor.

-¿Por qué no vas a ver si la cocinera tiene ya lista tu comida? -sugirió a toda prisa lady Blemley, simulando ignorar el hecho de que faltaban por lo menos dos horas para la hora de comer de Tobermory.

-Gracias -dijo Tobermory-. No enseguida del té. No deseo morir de indigestión.

-Bueno, los gatos tienen nueve vidas -dijo sir Wilfrid, jovialmente.

-Es posible -respondió Tobermory-; pero apenas un hígado.

-¡Adelaide! -exclamó la señora Comett- ¡No estarás proponiéndole a ese gato que vaya a chismorrear sobre nosotros con los criados!

En verdad, el pánico se había generalizado. Una estrecha balaustrada ornamental corría al frente de casi todas las ventanas de los dormitorios de Las Torres, y ahora recordaban consternados que ésta era el paseo favorito de Tobermory a todas horas, desde donde podía espiar a las palomas... y sabría el cielo qué otras cosas. Si su intención era ponerse evocativo en la presente vena de franqueza, el resultado iría más allá del desconcierto. La señora Cornett, que pasaba mucho tiempo frente al tocador y cuyo cutis tenía fama de poseer una naturaleza errante aunque puntual, parecía tan turbada como el mayor. La señorita Scrawen, que escribía poemas ferozmente sensuales y llevaba una vida inmaculada, se limitó a enojarse: cuando se lleva una vida metódica y virtuosa en privado, no necesariamente se desea que se entere de ello todo el mundo. Bertie van Tahn, tan depravado ya a los diecisiete que hacía muchos años había abandonado todo intento de volverse peor, adquirió un tono opaco de blanco gardenia, pero no cometió el error de salir corriendo de la sala como Odo Finsberry, un joven caballero que se tenía entendido seguía estudios eclesiásticos y que probablemente se sintió perturbado por la idea de escuchar escándalos del prójimo. Clovis tuvo la presencia de ánimo de no perder la compostura externa; por dentro calculaba cuánto tomaría conseguir una caja de ratones selectos por medio de la casa Exchange and Mart, para emplearla a modo de soborno.

Incluso en una situación tan delicada como la presente, Agnes Resker no resistió permanecer demasiado tiempo en un segundo plano.

-¿Por qué se me ocurrió venir aquí? -preguntó en tono dramático.

Tobermory echó mano de la oportunidad. -A juzgar por lo que usted le dijo ayer a la señora Cornett en el prado de croquet, porque se había quedado sin provisiones. Describió a los Blemleys como la gente más obtusa para pasar con ellos una temporada, pero dijo que eran lo bastante avispados para tener una excelente cocinera; de otro modo, les quedaría difícil hacer que nadie volviera a visitarlos.

-¡Ni una palabra de eso es verdad! Pongo de testigo a la señora Cornett -exclamó Agnes, descompuesta.

-La señora Cornett después le repitió su comentario a Bertie van Tahn -prosiguió Tobermory-, y

dijo: "Esa mujer vive en una perpetua marcha de hambre; iría a cualquier parte con tal de ganarse cuatro comidas diarias". Y Bertie van Tahn dijo...

En este punto, por fortuna, la crónica se vio interrumpida. Tobermory había avistado al corpulento gato amarillo de la rectoría, que se abría camino a través de los arbustos hacia el ala de las caballerizas; y como un rayo se esfumó por el ventanal.

Tras la desaparición de su excesivamente aventajado alumno, Cornelius Appin se vio envuelto en un huracán de amargos reproches, ansiosas preguntas y temerosas súplicas. La responsabilidad de la situación recaía en él, y tenía que impedir que las cosas empeoraran. La primera pregunta que hubo de responder era si Tobermory podía impartir su peligroso don a otros gatos. Contestó que era posible que hubiera iniciado en el nuevo talento a su amiga íntima, la gatica de las caballerizas, pero que no era probable que hubiera llevado a un campo más amplio esta instrucción.

-Entonces -dijo la señora Cornett-, por más que Tobermory sea un gato muy valioso y una gran mascota, creo que estarás de acuerdo, Adelaide, en que tanto a él como a la gata de las caballerizas hay que hacerlos desaparecer sin demora.

-No creerás que he disfrutado el último cuarto de hora, ¿verdad? -dijo lady Blemley, en tono rencoroso-. Mi marido y yo le tenemos mucho cariño a Tobermory... o por lo menos se lo teníamos hasta que le inculcaron ese horrible talento. Pero ahora, por supuesto, no hay más remedio que hacer que lo eliminen tan pronto como sea posible.

-Podemos poner un poco de estricnina en las migas que recibe a la hora de la comida -dijo sir Wilfrid-; y yo me encargo de ahogar a la gata de las caballerizas. Al cochero va a dolerle mucho perder a su mascota, pero voy a decirle que a los dos gatos se les ha pegado una especie de sarna muy contagiosa y que tememos que se extienda a las perreras.

-Pero, ¡mi gran descubrimiento! -protestó el señor Appin-; ¡después de tantos años de investigación y experimentos...!

-Puede ir a experimentar con las vacas de la granja, que reciben un control adecuado -dijo la señora Cornett-, o con los elefantes del jardín zoológico. Dicen que son muy inteligentes, y tienen la ventaja de que no andan merodeando por nuestras alcobas y bajo las sillas, ni nada por el estilo.

Un arcángel que proclamara en éxtasis el advenimiento del milenio, sólo para encontrarse con que éste iba a coincidir imperdonablemente con las regatas de Henley y que por tanto habría que postergarlo a plazo indefinido, a duras penas se habría sentido más abatido que Cornelius Appin frente a la acogida dispensada a su maravilloso logro. La opinión pública, sin embargo, estaba en su contra. De hecho, si se le hubiera consultado al respecto, es probable que una abultada mayoría hubiera votado a favor de incluirlo en la dieta de estricnina.

Los inadecuados horarios del ferrocarril y el nervioso deseo de verlo todo consumado impidieron la inmediata dispersión de los invitados, pero la cena de esa noche no fue ningún éxito social. Sir Wilfrid había pasado un rato harto difícil con la gata de las Caballerizas y después con el cochero. Agnes Resker limitó ostentosamente su alimentación a un pedacito de tostada sin mantequilla, al que mordía como si se tratara de un enemigo personal; mientras que Mavis Pellington guardó un silencio vengativo durante toda la comida. Lady Blemley mantuvo el flujo de lo que ella creía era una conversación, pero no quitaba los ojos de la puerta de entrada. En el aparador había listo un plato lleno de sobras de pescado envenenadas con esmero, pero pasaron los dulces y los postres sin que Tobermory se apareciera por el comedor o la cocina.

La cena sepulcral resultó animada en comparación con la subsiguiente vigilia en el salón de fumar. El acto de comer y de beber por lo menos había servido de distracción y de pantalla contra el malestar general. El bridge estaba fuera de lugar, dado el reinante estado de irritación y nerviosismo; y luego de que Odo Finsberry tocó una lúgubre versión de *Mélisande en el bosque* ante un gélido auditorio, la música quedó tácitamente descartada. A las once los criados se fueron a

la cama, tras anunciar que como de costumbre habían dejado abierta la ventanita de la despensa para uso privado de Tobermory. Los huéspedes se leyeron de cabo a rabo la pila de revistas del momento, y paulatinamente fueron echando mano de la Badminton Library y de los tomos encuadernados de Punch. Lady Blemley hacía visitas periódicas a la despensa y cada vez volvía con una expresión de abatimiento que hacía innecesarias las preguntas.

A las dos, Clovis rompió el silencio.

-No volverá esta noche. A lo mejor está en las oficinas del periódico local, dictando la primera entrega de sus memorias. Será el acontecimiento del año.

Tras haber hecho este aporte a la alegría general, Clovis se fue a dormir. Con largos intervalos, los demás miembros de la reunión fueron siguiendo su ejemplo.

Los criados que repartieron el té de la mañana dieron una noticia uniforme como respuesta a una pregunta uniforme: Tobermory no había regresado.

El desayuno fue, si cabe, un espectáculo más desagradable que la cena. Pero, antes de terminar, la situación se alivió un poco. Trajeron el cadáver de Tobermory, que un jardinero había encontrado bajo unos arbustos. Por las mordeduras que tenía en el cuello y los pelos amarillos enredados en las uñas, era evidente que había entrado en desigual combate con el gran gato de la rectoría.

Hacia el mediodía la mayor parte de los invitados se había marchado de Las Torres; y después de almuerzo ya lady Blemley había recobrado el suficiente ánimo para escribir una carta extremadamente destemplada a la rectoría por la muerte de su apreciada mascota.

Tobermory había sido el único discípulo exitoso de Appin y estaba destinado a no tener sucesor. A las pocas semanas, en el jardín zoológico de Dresde, un elefante que hasta entonces no había dado muestras de irritabilidad, se soltó y mató a un inglés que al parecer había estado molestándolo. El apellido de la víctima apareció en los periódicos con las diversas ortografías de Oppin y Eppelin, pero su nombre de pila fue reproducido fielmente como Cornelius.

-Si le estaba enseñando los verbos irregulares alemanes al pobre animal -dijo Clovis-, tuvo su merecido.

Librodot

EL ALCE

Teresa, viuda de Thropplestance, era la anciana más rica y la más intratable del condado de Woldshire. Por su manera de relacionarse con el mundo en general, parecía una mezcla de ama de guardarropa y perrero mayor, con el vocabulario de ambos. En su círculo doméstico se comportaba en la forma arbitraria que uno le atribuye, acaso sin la menor justificación, a un jefe político norteamericano en el interior de su comité. El difunto Theodore Thropplestance la había dejado, unos treinta años atrás, en absoluta posesión de una considerable fortuna, muchos bienes raíces y una galería repleta de valiosas pinturas. En el transcurso de esos años había sobrevivido a su hijo y reñido con el nieto mayor, que se había casado sin su consentimiento o aprobación. Bertie Thropplestance, su nieto menor, era el heredero designado de sus bienes; y en calidad de tal era el centro de interés e inquietud de casi medio centenar de madres ambiciosas con hijas casaderas. Bertie era un joven amable y despreocupado, muy dispuesto a casarse con cualquiera que le recomendaran favorablemente, pero no iba a perder el tiempo enamorándose de ninguna que estuviera vetada por la abuela. La recomendación favorable tendría que venir de la señora Thropplestance.

Las recepciones en casa de Teresa estaban siempre decoradas con un amplio surtido de jóvenes bonitas y madres muy despiertas y obsequiosas, pero la vieja dama se mostraba enfáticamente desalentadora cuandoquiera que alguna de las muchachas invitadas dejaba ver alguna probabilidad de sobrepujar a las demás como futura nuera. Sobre el tapete estaba la sucesión de su fortuna y propiedades, y era claro que estaba dispuesta a ejercer al máximo su poder de selección o rechazo. Los gustos de Bertie no importaban mayor cosa; era uno de esos tipos que se contentan sin chistar con cualquier clase de esposa. Toda la vida se había soportado de buen grado a su abuela, así que no iba a mostrar disgusto e impaciencia por lo que le tocara en cuestión de consorte.

La compañía reunida en casa de Teresa para la semana de Navidad del año mil novecientos y pico era más reducida que de costumbre, y la señora Yonelet, que se contaba entre los invitados, se inclinaba a deducir buenos augurios de esa circunstancia. Era obvio que Dora Yonelet y Bertie estaban hechos el uno para el otro, según le confió a la señora del pastor; y si la vieja dama se acostumbraba a verlos juntos cantidad de veces, bien podía formarse la opinión de que conformarían una satisfactoria pareja de casados.

-La gente no tarda en acostumbrarse a una idea si a todas horas se la ponen delante de los ojos -dijo la señora Yonelet, con optimismo-; y mientras más frecuentemente Teresa vea juntos a esos dos jóvenes, felices el uno con el otro, más se va a interesar a favor de Dora como esposa posible y conveniente para Bertie.

-Querida -dijo la señora del pastor con resignación-, a mi Sybil la juntamos casualmente con Bertie bajo las circunstancias más románticas (algún día te lo cuento todo), pero eso no surtió el más mínimo efecto en Teresa. La dama se plantó de la manera más intransigente y Sybil acabó casándose con un súbdito de la India.

-Hizo muy bien -dijo la señora Yonelet, con dudosa aprobación-. Es lo que cualquier muchacha de carácter hubiera hecho. Sin embargo, eso fue hace uno o dos años, me parece. Bertie está más viejo ahora; y Teresa también. Es natural que esté ansiosa por verlo instalado.

La mujer del pastor se hizo la reflexión de que Teresa parecía ser la única persona que no mostraba ninguna urgencia de conseguirle esposa a Bertie, pero no abrió la boca.

La señora Yonelet era una mujer llena de iniciativa y don de mando. Involucraba a los otros invitados, al peso muerto, por decirlo así, en toda clase de ejercicios y ocupaciones que los separaran de Bertie y Dora, que de este modo podían ajustarse a sus propios planes; es decir, a los

planes de Dora, con la pasiva aquiescencia de Bertie. Dora ayudaba en la decoración navideña de la iglesia parroquial, y Bertie le ayudaba a ayudar. Juntos daban de comer a los cisnes, hasta que las aves entraron en huelga por dispepsia; jugaban billar juntos, fotografiaban juntos los orfanatos de la población y, desde una prudente distancia, el alce domesticado que pastaba altivo y solitario por el parque. Era "domesticado" en el sentido de que hacía tiempo había perdido el último vestigio de temor a la raza humana; pero nada en su pasado alentaba a los vecinos humanos a sentir una confianza recíproca.

No importa qué deporte, ejercicio u ocupación practicaran juntos Dora y Bertie, era sin falta relatado y ensalzado por la señora Yonelet para correcta ilustración de la abuela de Bertie.

-Ese par de inseparables acaban de llegar de un paseo en bicicleta -anunciaba-. ¡Qué linda imagen forman, frescos y rozagantes después de dar una vueltecita!

-Una imagen en busca de palabras -comentaba Teresa en privado.

Y en lo tocante a Bertie, estaba decidida a que las palabras siguieran sin decirse.

En la tarde siguiente al día de Navidad la señora Yonelet irrumpió en el salón, en donde la anfitriona recibía en la mitad de un círculo de invitados, tazas de té y platos de repostería. El destino había puesto lo que parecía ser una carta de triunfo en las manos de la paciente e intrigante madre. Con ojos que relumbraban de excitación y una voz fuertemente salpicada de signos de admiración, hizo un anuncio dramático:

-¡Bertie salvó a Dora del alce!

En frases vivas y agitadas, trémulas de emoción maternal, dio ulterior información sobre cómo el traicionero animal había acorralado a Dora cuando ésta buscaba una bola de golf extraviada, y cómo Bertie se había lanzado al rescate armado con un horcón de establo y había espantado a aquella bestia justo a tiempo.

-¡Estuvo a punto de ocurrir! Ella le arrojó el palo de golf, pero eso no lo detuvo. Otro segundo y la habría aplastado con los cascos -dijo, acezante, la señora Yonelet.

-Ese animal no es digno de confianza -dijo Teresa, mientras le tendía a su agitada huésped una taza de té-. No recuerdo si le pones azúcar. Supongo que la vida solitaria que lleva aquí le agrió el carácter. Hay *muffins* en la parrilla. No es culpa mía; hace tiempos que trato de encontrarle pareja. No sabrán de alguien que tenga un alce hembra en venta o cambio, ¿no? -preguntó en forma general.

Pero la señora Yonelet no estaba de humor para oír hablar de matrimonios de alces. El casamiento de dos seres humanos era el tema predominante en su cabeza, y la oportunidad de promover su proyecto favorito era demasiado valiosa para dejarla pasar por alto.

-¡Teresa -exclamó con grandilocuencia-, hora que esos dos jóvenes han sido reunidos en forma tan dramática, nada podrá volver a ser lo mismo entre ellos! Bertie ha hecho más que salvarle la vida a Dora: se ha ganado su afecto. No puedo menos que pensar que el destino los ha consagrado al uno para el otro.

-Es exactamente lo mismo que dijo la esposa del pastor cuando Bertie salvó a Sybil del alce hace dos años -comentó Teresa, en calma-. Y a ella le señalé que había salvado a Mirabel Hicks del mismo apuro unos meses antes, y que la prioridad en realidad le tocaba al hijo del jardinero, que había sido salvado en enero de aquel año. Hay mucha monotonía en la vida rural, ya ves.

-El animal parece ser muy peligroso -dijo uno de los huéspedes.

-Eso dijo la señora del jardinero -observó Teresa-. Quería que yo me deshiciera de él, pero le hice notar que ella tenía once niños y yo un solo alce. También le regalé una falda de seda negra; andaba diciendo que, aunque no había habido un luto en su familia, se sentía como que sí lo hubiera habido.

De todos modos nos despedimos como amigas. No te puedo ofrecer una falda de seda, Emily, pero puedes tomarte otra taza de té. Como ya dije, hay *muffins* en la parrilla.

Teresa concluyó la discusión, tras habérselas arreglado hábilmente para transmitir la impresión de que consideraba que la mujer del jardinero se había mostrado harto más razonable que las madres de otras víctimas embestidas por el alce.

-Teresa no tiene sentimientos -dijo después la señora Yonelet a la esposa del pastor-. ¡Mira que quedarse ahí sentada, hablando de *muffins,* cuando nos acabábamos de librar por un pelo de una horrible tragedia!

-Ya sabrás, desde luego, con quién quiere ella que se case Bertie -dijo la esposa del pastor-. Yo lo noté desde hace días: con la institutriz alemana de los Bickelby.

-¡Una institutriz alemana! ¡Qué ocurrencia! -exclamó la señora Yonelet, boquiabierta.

-Viene de una familia irreprochable, según entiendo -dijo la esposa del pastor-, y no es ni sombra de la mosquita muerta que se supone debe ser una institutriz. De hecho, después de Teresa, bien puede ser la personalidad más dominante y combativa de la vecindad. Le ha señalado toda clase de errores a los sermones de mi marido y le dio a sir Laurence una reprimenda pública sobre cómo se debe manejar a los perros. Ya sabes lo sensible que es sir Laurence con las críticas a su cargo de jefe de traílla; y que una institutriz le hablara en forma autoritaria estuvo a punto de producirle un ataque. Se ha comportado así con todo el mundo, excepto, claro, con Teresa; y, por desquite, todo el mundo se ha mostrado descortés y a la defensiva con ella. Ahora bien, ¿no es ésa precisamente la clase de mujer que a Teresa le encantaría entronizar como sucesora? Imagínate el disgusto y la incomodidad en el condado si descubriéramos que ella iba a ser la futura anfitriona de la mansión. Lo único que le pesaría a Teresa sería no vivir para verlo.

-Pero -objetó la señora Yonelet- seguramente Bertie no ha dado la menor seña de sentirse atraído en esa dirección.

-Oh, ella es bonita en cierto modo, se viste bien y es capaz de jugar un buen partido de tenis. Con frecuencia viene del otro lado del parque con recados de la mansión de los Bickelby. Y un día de estos Bertie la va a salvar del alce, cosa que en él se ha vuelto casi un hábito, y Teresa dirá que el destino los ha consagrado al uno para el otro. Puede que Bertie no esté muy dispuesto a prestarle mucha atención a las consagraciones del destino, pero ni en sueños se opondría a los designios de su abuela.

La esposa del pastor había hablado con la tranquila autoridad de quien posee el don del conocimiento intuitivo; y en lo más recóndito de su corazón la señora Yonelet sabía que había dicho la verdad.

Seis meses más tarde tuvieron que deshacerse del alce. En un ataque de extremo malhumor había matado a la institutriz alemana de los Bickelby. La ironía de su suerte fue alcanzar la popularidad en los últimos momentos de su carrera. Pero de todos modos fue el único ser vivo que frustró de modo permanente los planes de Teresa Thropplestance.

Dora Yonelet rompió su compromiso con un súbdito de la India y se casó con Bertie tres meses después de fallecer la abuela de éste. Teresa no sobrevivió mucho tiempo al fiasco de la institutriz alemana. Cada año por Navidades la joven señora de Thropplestance cuelga una guirnalda de pinos extra grande en los cuernos de alce que decoran el vestíbulo.

-Era una bestia terrible -le dice a Bertie-, pero siempre he creído que ayudó a juntarnos.

Lo cual es cierto, desde luego.

EL ALMA DE LAPLOSHKA

Laploshka fue uno de los tipos más mezquinos que yo haya conocido, y uno de los más divertidos. Decía cosas horribles de la otra gente, con tal encanto que uno le perdonaba las cosas igualmente horribles que decía de uno por detrás. Puesto que odiamos caer en nada que huela a maledicencia, agradecemos siempre a quienes lo hacen por nosotros y lo hacen bien. Y Laploshka lo hacía de veras bien.

Naturalmente, Laploshka tenía un vasto círculo de amistades; y como ponía cierto esmero en seleccionarlas, resultaba que gran parte de ellas eran personas cuyos balances bancarios les permitían aceptar con indulgencia sus criterios, bastante unilaterales, sobre la hospitalidad. Así, aunque era hombre de escasos recursos, se las arreglaba para vivir cómodamente de acuerdo a sus ingresos, y aún más cómodamente de acuerdo a los de diversos compañeros de carácter tolerante.

Pero con los pobres o los de estrechos fondos como él, su actitud era de ansiosa vigilancia. Parecía acosarlo el constante temor de que la más mínima fracción de un chelín o un franco, o cualquiera que fuera la moneda de turno, extraviara el camino de su bolso o provecho y cayera en el de algún compañero de apuros. De buen grado ofrecía un cigarro de dos francos a un rico protector, bajo el precepto de obrar mal para lograr el bien; pero me consta que prefería entregarse al paroxismo del perjurio antes que declararse en culpable posesión de un céntimo cuando hacía falta dinero suelto para dar propina a un camarero. La moneda le habría sido debidamente restituida a la primera oportunidad -él habría tomado medidas preventivas contra el olvido de parte del prestatario-, pero a veces ocurrían accidentes, e incluso una separación temporal de su penique o *sou* era una calamidad que debía evitarse.

El conocimiento de esta amable debilidad daba pie a la perpetua tentación de jugar con el miedo que Laploshka tenía de cometer un acto de largueza involuntaria. Ofrecerse a llevarlo en un coche de alquiler y fingir no tener dinero suficiente para pagar la tarifa, o confundirlo pidiéndole prestados seis peniques cuando tenía la mano llena de monedas de vuelta, eran algunos de los menudos tormentos que sugería el ingenio cuando se presentaba la ocasión. Para hacer justicia a la habilidad de Laploshka, hay que admitir que, de una forma u otra, solucionaba los dilemas más embarazosos sin comprometer en absoluto su reputación de decir siempre "No". Pero, tarde o temprano, los dioses brindan una ocasión a la mayoría de los hombres, y la mía me llegó una noche en que Laploshka y yo cenábamos juntos en un barato restaurante de bulevar. (A no ser que estuviera expresamente convidado por alguien de renta intachable, Laploshka acostumbraba refrenar su apetito por la vida lujosa; y sólo en tan felices ocasiones le daba rienda suelta). Al final de la cena recibí aviso de que se requería mi presencia con cierta premura y, sin hacer caso a las agitadas protestas de mi compañero, alcancé a gritarle, con sevicia: "¡Paga lo mío; mañana arreglaremos!". Temprano en la mañana, Laploshka me atrapó por instinto mientras yo caminaba por una callejuela que casi nunca frecuentaba. Tenía cara de no haber dormido.

-Me debes dos francos de anoche -fue su saludo jadeante.

Le hablé evasivamente de la situación en Portugal, donde al parecer se fermentaban más conflictos. Pero Laploshka me escuchó con la abstracción de una víbora sorda y pronto volvió al tema de los dos francos.

-Me temo que quedaré debiéndotelos -le dije, con tanta ligereza como brutalidad-. No tengo ni un centavo.

Y añadí, falsamente:

-Me marcho por seis meses, si no más.

Laploshka no dijo nada, pero sus ojos se abultaron un poco y sus mejillas adquirieron los abigarrados colores de un mapa etnográfico de la península balcánica. Ese mismo día, al ocaso, falleció. "Ataque al corazón", dictaminó el doctor. Pero yo, que estaba más al tanto, supe que había muerto de aflicción.

Surgió el problema de qué hacer con sus dos francos. Una cosa era haber matado a Laploshka; pero haberme quedado con su dinero habría sido muestra de una dureza de sentimiento de la que soy incapaz. La solución usual de dárselo a los pobres de ningún modo se habría acomodado a la presente situación, ya que nada habría afligido más al difunto que semejante malbaratamiento de sus posesiones. Por otra parte, la donación de dos francos a los ricos era una operación que requería cierto tacto. No obstante, una manera fácil para salir de apuros pareció presentarse al domingo siguiente, estando yo apiñado entre la multitud cosmopolita que atestaba la nave lateral de una de las más populares iglesias parisinas. Un bolso de limosnas, para "los pobres de Monsieur le Curé", bregaba por cumplir su tortuoso derrotero a través de la aparentemente impenetrable marejada humana; y un alemán que había frente a mí y que evidentemente no deseaba que el pedido de una contribución le estropeara el disfrute de la sublime música, expresaba en voz alta a un compañero sus críticas sobre la validez de dicha caridad.

-No necesitan el dinero -dijo-; ya tienen demasiado. Y no tienen pobres. Están ahítos.

Si en realidad eso era cierto, mi camino se hallaba despejado. Dejé caer los dos francos de Laploshka en el bolso y musité una bendición para los ricos de Monsieur le Curé.

Al cabo de unas tres semanas el azar me había llevado a Viena, en donde me deleitaba yo una noche en una modesta pero excelente *Gasthaus* en el barrio de Wäringer. El decorado era algo primitivo, pero las chuletas de ternera, la cerveza y el queso eran inmejorables. La buena mesa traía buena clientela y, a excepción de una mesita junto a la puerta, todos los puestos estaban ocupados. A mitad de la cena miré por casualidad en dirección de la mesa vacía y descubrí que ya no lo estaba. La ocupaba Laploshka, que estudiaba el menú con el absorto escrutinio del que busca lo más barato de lo más barato. Reparó en mí una sola vez, abarcó de un vistazo mi convite como si quisiera decir: "Te estás comiendo mis dos francos", y desvió rápidamente la mirada. Evidentemente, los pobres de Monsieur le Curé eran pobres auténticos. Las chuletas se me volvieron de cuero en la boca, la cerveza se me hizo insulsa; no toqué el *Emmenthaler.* Sólo se me ocurrió alejarme del recinto, alejarme de la mesa donde *eso* estaba sentado; y al huir sentí la mirada de reproche que Laploshka dirigió a la suma que le di al *piccolo...* sacada de sus dos francos. Al día siguiente almorcé en un costoso restaurante, en donde estaba seguro de que el Laploshka vivo jamás habría entrado por cuenta propia. Tenía la esperanza de que el Laploshka muerto observara las mismas restricciones. No me equivoqué; pero al salir lo encontré leyendo con rostro miserable el menú pegado en el portón. Y luego echó a andar lentamente hacia una lechería. Por vez primera fui incapaz de experimentar la alegría y encanto de la vida vienesa.

De allí en adelante, en París, en Londres o dondequiera que estuviese, seguí viendo con frecuencia a Laploshka. Si estaba sentado en el palco de un teatro, tenía la permanente sensación de que me echaba vistazos furtivos desde un oscuro rincón de la galería. Al entrar a mi club en una tarde de lluvia, lo alcanzaba a ver precariamente guarecido en un portal de enfrente. Incluso si me daba el modesto lujo de alquilar una silla en el parque, él por lo general me confrontaba desde uno de los bancos públicos, sin fijar nunca en mí la vista pero en actitud de estar siempre al tanto de mi presencia. Mis amigos empezaron a comentar lo desmejorado de mi aspecto y me aconsejaron olvidarme de montones de cosas. A mí me hubiera gustado olvidar a Laploshka.

Cierto domingo -probablemente de Resurrección, pues el hacinamiento era peor que nunca- me encontraba otra vez apiñado entre la multitud que escuchaba la música en la iglesia parisina de moda, y otra vez el bolso de limosnas se abría paso a través de la marejada humana. Detrás de mí había una dama inglesa que en vano trataba de hacer llegar una moneda al apartado bolso, de modo que tomé la moneda a petición suya y le ayudé a alcanzar su destino. Era una pieza de dos francos.

Se me ocurrió de pronto una idea brillante: dejé caer sólo mi *sou* en el bolso y deslicé la moneda de plata en mi bolsillo. Les quité así los dos francos de Laploshka a los pobres, que nunca debieron haber recibido ese legado. Mientras retrocedía para alejarme de la multitud, oí una voz femenina que decía: "No creo que haya puesto mi dinero en el bolso. ¡París está repleto de gente así!". Pero salí con la conciencia más liviana que había tenido en mucho tiempo. Todavía quedaba por delante la delicada misión de donar la suma recuperada a los ricos que la merecían. Otra vez puse mi confianza en la inspiración del momento y otra vez el destino me sonrió. Un aguacero me obligó, dos días después, a refugiarme en una de las iglesias históricas de la orilla izquierda del Sena, en donde me encontré, dedicado a escudriñar las viejas tallas de madera, al barón R., uno de los hombres más ricos y más zarrapastrosos de París. O era ahora, o nunca. Dándole un fuerte acento americano al francés que yo solía hablar con inconfundible acento británico, interrogué al barón sobre la fecha de construcción de la iglesia, las dimensiones y demás pormenores que con seguridad desearía conocer un turista americano. Tras recibir la información que el barón estuvo en condiciones de suministrar sin previo aviso, con toda seriedad le puse la moneda de dos francos en la mano y, afirmándole cordialmente que era *pour vous,* di media vuelta y me marché. El barón se quedó un poco desconcertado, pero aceptó la situación de buen talante. Caminó hasta una cajita adosada a la pared y echó por la ranura los dos francos de Laploshka. Encima de la caja había un letrero: *Pour les pauvres de M. le Curé.* Aquella noche, en el hervidero de la esquina del Café de la Paix, avisté fugazmente a Laploshka. Me sonrió, alzó un poco el sombrero y se esfumó. No volví a verlo nunca. Después de todo, el dinero había sido *donado* a los ricos que lo merecían, y el alma de Laploshka descansaba en paz.

LA RETICENCIA DE LADY ANNE

Egbert entró en la amplia sala oscura con el aire de quien no sabe si entra a un palomar o a un polvorín y viene preparado para ambas contingencias. No habían rematado la pequeña disputa doméstica sostenida durante el almuerzo, y ahora la cuestión era tantear hasta qué punto lady Anne estaba de humor para renovar o abandonar las hostilidades. Su postura en el sillón junto a la mesa de té era más bien elaborada y tiesa; y en la penumbra de la tarde decembrina los quevedos de Egbert no ayudaban gran cosa a discernir la expresión de su cara.

Para romper el hielo superficial que pudiera existir, Egbert dijo algo sobre lo tenue y místico de la poca luz. Alguno de los dos solía hacer esta observación Entre las 4.30 y las 6 en las tardes de invierno y finales del otoño; hacía parte de su vida conyugal. Carecía de respuesta fija, y lady Anne no adelantó ninguna. Don Tarquinio se encontraba tendido sobre la alfombra persa, calentándose a la lumbre del hogar con majestuosa indiferencia por el posible mal humor de lady Anne. Su *pedigree* era tan intachablemente persa como la alfombra, y su pelaje entraba ya en el esplendor de un segundo invierno. El criado, que tenía inclinaciones renacentistas, lo había bautizado Don Tarquinio. De ser por ellos, Egbert y lady Anne de seguro lo habrían puesto Pelusa; pero no eran personas obstinadas.

Egbert se sirvió el té. Como nada indicaba que el silencio fuera a ser roto por iniciativa de lady Arme, se dispuso a realizar otro esfuerzo heroico.

-Lo que dije al almuerzo tenía intenciones puramente académicas -anunció-; pero parece que le das un sentido innecesariamente personal.

Lady Anne continuó atrincherada en el silencio. El pinzón real llenó aquel vacío con una perezosa melodía de *Iphigénie en Tauride.* Egbert la reconoció al punto, puesto que era la única tonada que el pinzón sabía silbar, y les había llegado con fama de silbarla. Tanto Egbert como lady Anne habrían preferido algo salido de *The Yeoman ofthe Guard,* la ópera favorita de ambos. En cuestiones artísticas tenían gustos similares. Se inclinaban por lo honesto y explícito en el arte: una lámina, por ejemplo, que pusiera una historia delante de los ojos, con la ayuda generosa del título. Un corcel de guerra sin jinete y con los arreos en patente desorden, que entra trastabillando a un patio lleno de pálidas mujeres al borde del desmayo, y con la anotación marginal de "Malas Nuevas", les sugería la clara lectura de algún desastre militar. No les costaba ver lo que quería comunicar y podían explicarlo a otros amigos de inteligencias más obtusas.

Persistía el silencio. Por regla general, los disgustos de lady Anne se volvían verbales y pronunciadamente desbocados tras cinco minutos de mutismo introductorio. Egbert tomó la jarra de leche y vertió parte de su contenido en el platillo de Don Tarquinio. Como el platillo estaba lleno hasta el borde, el resultado fue un feo derrame. Don Tarquinio lo miró con sorprendido interés, que se desvaneció en una esmerada indiferencia cuando Egbert lo llamó a que lamiera algo del líquido rebosado. Don Tarquinio estaba dispuesto a desempeñar muchos papeles en la vida, pero el de aspiradora de alfombras no era uno de ellos.

-¿No crees que nos estamos comportando como un par de tontos? -dijo él de buen humor.

Si lady Anne pensaba igual, no lo expresó.

-Supongo que yo en parte he tenido la culpa? -prosiguió Egbert, mientras se le iba evaporando el buen humor-. Mira, después de todo soy humano. Pareces olvidar que soy un ser humano. Insistía en ello como si corrieran rumores infundados de que tuviese contextura de sátiro, con prolongaciones cabrunas donde la parte humana terminaba.

El pinzón volvió a entonar la melodía de *Iphigénie en Tauride.* Egbert se iba sintiendo deprimido.

Lady Anne no bebía su té. Tal vez se sentía indispuesta. Pero cuando lady Anne se sentía indispuesta no solía ser reservada al respecto. "Nadie sabe lo que me hace sufrir la mala digestión" era una de sus afirmaciones favoritas. Ahora bien, esta ignorancia sólo podía deberse a oídos defectuosos: la información disponible pobre el tema habría suministrado material suficiente para una monografía.

Era evidente que lady Anne no se sentía indispuesta.

Egbert empezaba a creer que recibía un trato irracional; y, naturalmente, comenzó a hacer concesiones.

-Tal vez -observó, centrándose en la alfombra hasta donde se dignó permitirle Don Tarquinio- toda la culpa ha sido mía. Estoy dispuesto a emprender una vida mejor, si con eso las cosas recuperan las buenas perspectivas.

Se preguntó vagamente cómo podría lograrlo. Ya entrado en años, las tentaciones le llegaban de modo vacilante y sin mucha insistencia, como un recadero de la carnicería que pide un aguinaldo en febrero con la débil excusa de que olvidaron dárselo en diciembre. No tenía más planes de sucumbir a ellas que de comprar las boas de piel y los cubiertos de pescado que algunas damas se ven forzadas a ofrecer con pérdida, mediante el expediente de las columnas de avisos, durante el año entero. Con todo, había algo impresionante en aquella espontánea renuncia a posibles monstruosidades soterradas.

Lady Anne no dio señas de estar impresionada.

Egbert la miró con inquietud a través de los espejuelos. Llevar la peor parte en una discusión con ella no era nada nuevo. Llevar la peor parte en un monólogo era una humillante novedad.

-Voy a cambiarme para la cena -anunció, con voz a la que pretendió dar una sombra de dureza.

En la puerta, un ataque postrero de debilidad lo impulsó a hacer un nuevo intento.

-¿No estamos siendo muy absurdos?

"¡Qué idiota!", fue el comentario mental de Don Tarquinio cuando la puerta se cerró tras la retirada de Egbert; y luego alzó en el aire las aterciopeladas zarpas delanteras y saltó ágilmente a una estantería que estaba justo bajo la jaula del pinzón. Por vez primera parecía notar la existencia del pájaro, pero en realidad llevaba a efecto un viejo plan de ataque, madurado hasta la precisión. El ave, que se había creído una especie de déspota, se comprimió de súbito a un tercio de su porte normal; y echó a batir las alas desesperadamente y a emitir chirridos estridentes. Aunque había costado veintisiete chelines sin la jaula, lady Anne no dio señal de intervenir. Llevaba ya dos horas muerta.

EL BUEY CEBADO

Theophil Eshley era artista de profesión y pintor de ganado por fuerza del entorno. No ha de suponerse que viviera de la cría de reses o de la lechería, en una atmósfera saturada de cuernos y pezuñas, banquillos para ordeño y hierros de marcar. Residía en una zona que parecía un parque salpicado de quintas y que escapaba por un pelo al deshonor de los suburbios. Un lado del jardín lindaba con un pradito pintoresco, en donde un vecino emprendedor apacentaba unas vaquitas pintorescas de pura cepa Jersey. En las tardes de verano, hundidas hasta las rodillas en el pasto crecido y a la sombra de un grupo de nogales, las vacas descansaban mientras la luz del sol caía en parches sobre sus lisas pieles leonadas. Eshley había concebido y ejecutado una linda pintura de dos vacas licheras reposando en un marco de nogales, pasto y rayos de sol filtrados, y la Royal Academy la había colgado como correspondía en las paredes de la Exhibición de Verano. La Royal Academy fomenta hábitos ordenados y metódicos en sus pupilos. Eshley había pintado un cuadro pasablemente bien logrado de unas vacas que dormitaban de modo pintoresco bajo unos nogales; y así como empezó, así, por necesidad, hubo que continuar. Su *Paz del mediodía,* un estudio de dos vacas pardas a la sombra de un nogal, fue seguido por *Refugio canicular,* un estudio de un nogal que daba sombra a dos vacas pardas. A su debido turno aparecieron *Donde los tábanos dejan de fastidiar, El asilo del hato y Sueño en la vaquería,* todos ellos estudios de vacas pardas y nogales. Los dos intentos que hizo por romper con su propia tradición fueron grandes fracasos: *Tórtolas espantadas por el gavilán y Lobos en la campiña romana* fueron devueltos a su taller bajo el baldón de abominables herejías; y Eshley fue elevado otra vez al favor y la gracia del público con *Un rinconcito umbrío donde sueña el letargo de las vacas.*

Una bonita tarde de finales de otoño, cuando daba los últimos toques a un estudio sobre las yerbas del potrero, su vecina, Adela Pingsford, asaltó la puerta del taller con golpes duros y perentorios.

-Hay un buey en mi jardín -anunció, a modo de explicación por aquel allanamiento tempestuoso.

-Un buey... -dijo Eshley, en tono indiferente y harto presumido- ¿Qué clase de buey?

-¡Oh, no sé de qué clase! -respondió con brusquedad la dama-. Un buey común, o de jardín, como se dice en jerga. Y lo del jardín es lo que me molesta. Al mío acaban de ponerlo en orden para el invierno, y un buey vagando por ahí no va a mejorar las cosas. Además, los crisantemos están empezando a florecer.

-¿Cómo se metió al jardín? -preguntó Eshley.

-Me figuro que por la puerta -dijo la dama, llena de impaciencia-. No puede haber escalado los muros, y no creo que lo hayan tirado de un avión para anunciar el caldo Bovril. La pregunta importante por ahora no es cómo entró, sino cómo sacarlo.

-¿Y no quiere irse? -dijo Eshley.

-Si estuviera muy ansioso por hacerlo -dijo Adela Pingsford con bastante enfado-, yo no habría venido aquí a charlar con usted al respecto. Estoy prácticamente sola; la criada tiene la tarde libre y la cocinera anda postrada con un ataque de neuralgia. Si algo aprendí en la escuela o después en la vida sobre como se saca un buey enorme de un jardín pequeño, se me acaba de borrar de la memoria. Sólo se me ocurrió pensar que usted es mi vecino y que es pintor de reses, presumiblemente más o menos versado en los temas que pinta, y que tal vez podría darme una ayuda mínima. A lo mejor me equivoqué.

-Pinto vacas lecheras, en efecto -admitió Eshley-, pero no podría afirmar que haya tenido la menor experiencia en arrear bueyes extraviados. Lo he visto hacer en el cine, por supuesto, pero siempre había caballos y muchos otros accesorios. Además, nunca se sabe qué tanto es simulacro en esas

cintas.

Adela Pingsford no dijo nada, limitándose a guiarlo hasta el jardín. En condiciones normales era un jardín de tamaño aceptable, pero se veía pequeño comparado con el buey, una gran bestia manchada, de un rojo opaco en la zona del cerro y la cabeza, pasando al blanco sucio en los lados y cuartos traseros, con orejas hirsutas y grandes ojos inyectados de sangre. Su parecido con las delicadas novillas de corral que Eshley estaba acostumbrado a pintar era el mismo que habría entre el jefe de un clan de kurdos nómadas y la empleada japonesa de una casa de té. Eshley permaneció muy cerca del portillo mientras examinaba la apariencia y actitud del animal. Adela Pingsford seguía sin decir nada.

-Se está comiendo un crisantemo -dijo al fin Eshley, cuando el silencio se volvió insoportable.

-¡Qué detallista es! -dijo Adela, con sorna-. ¡Como que usted lo nota todo! De hecho, ahora mismo el buey tiene seis crisantemos en la boca.

Iba siendo imperioso hacer algo. Eshley dio un paso o dos en dirección al animal, dio algunas palmadas e hizo algunos ruidos del tipo "¡sus!" y "¡uste!". Si el buey los escuchó, no dio señas externas de ello.

-Si algún día se cuelan las gallinas en mi jardín -dijo Adela-, con toda seguridad mandaré por usted para que las espante. Hace "¡sus!" divinamente. Pero, por el momento, ¿le importaría tratar de echar a ese buey? Mire: acaba de emprenderla con un *Mademoiselle Louise Bichot* -añadió, con una calma glacial, mientras la enorme boca trituraba un ramo de color naranja encendido.

-Ya que ha sido tan franca respecto a la variedad del crisantemo -dijo Eshley-, no tengo inconveniente en informarle que éste es un buey de raza Ayrshire.

La calma glacial se descompuso. Adela Pingsford utilizó palabras que lo obligaron a dar otros dos o tres pasos instintivos hacia el buey. El artista recogió una varita para enredar arvejas y la arrojó con cierta decisión contra el moteado costillar del animal. La operación de machacar la ensalada de pétalos del *Mademoiselle Louise Bichot* se vio suspendida por un largo instante, empleado por el buey para clavar una mirada inquisitiva y concentrada en el lanzador de varitas. Adela dirigió una mirada igual de concentrada y más abiertamente hostil al mismo foco. Como la bestia no había bajado la cabeza ni pisoteado contra el suelo, Eshley se arriesgó a hacer un nuevo ejercicio de jabalina con otra varita para enredar arvejas. De pronto el buey pareció darse cuenta de que debía marcharse. Dio un último y apresurado tirón al cuadro donde habían estado los crisantemos y empezó a cruzar el jardín a paso largo. Eshley corrió a arrearlo hacia el portillo, pero sólo consiguió que acelerara el paso hasta un trote lerdo. Con ciertos aires de pesquisa, pero sin verdaderos titubeos, el animal atravesó la diminuta franja de césped que los caritativos llamaban campo de croquet y se metió a la salita matinal por la puerta vidriera abierta. Había por el cuarto algunos jarrones con crisantemos y demás plantas de estación, y el animal reanudó los trabajos de poda. De todos modos, a Eshley le pareció que en sus ojos empezaba a brillar una mirada de bestia acorralada, una mirada que aconsejaba respeto. Suspendió todo intento de interferir en sus preferencias ambientales.

-Señor Eshley -dijo Adela con voz trémula-, pedí que sacara a esa bestia de mi jardín, pero no le pedí que la metiera en mi casa. Si tengo que tenerlo en cualquier parte de la propiedad, prefiero el jardín a la salita matinal.

-La arriería no es mi especialidad -aclaró Ashley-. Si no recuerdo mal, se lo conté desde el principio.

-Estoy totalmente de acuerdo -replicó la dama-. Usted está bueno para pintar lindos cuadritos de lindas novillitas. ¿No le apetecería hacer un buen boceto de ese buey poniéndose a sus anchas en mi sala?

Pareció que esta vez sí lo había tocado en la herida. Eshley hizo ademán de marcharse.

-¿Adonde va? -gritó Adela.

-A traer utensilios -fue la respuesta.

-¿Utensilios? No voy a permitir que use un lazo. Destrozarán el cuarto si hay un forcejeo.

Pero el artista se marchó del jardín. En un par de minutos regresó, cargando caballete, banquillo y materiales de pintura.

-¿Quiere decir que pretende sentarse tranquilamente a pintar esa bestia mientras acaba con mi sala? -resolló Adela.

-Fue sugerencia suya -dijo Eshley, al tiempo que preparaba el lienzo.

-¡Se lo prohíbo! ¡Se lo prohíbo terminantemente! -bramó Adela.

-No veo qué injerencia tenga usted en el asunto -dijo el artista-. Le costaría alegar que el buey es suyo, ni siquiera por adopción.

-Parece olvidar que está en mi sala, comiéndose mis flores -fue la iracunda réplica.

-Y usted parece olvidar que la cocinera tiene neuralgia -respondió Eshley-. Puede ser que ella ahora se esté hundiendo en un sueño reparador y que su alboroto la despierte. La consideración por los demás debería ser el principio rector de las personas de nuestra posición.

-¡El tipo está loco! -exclamó Adela en tono trágico.

Un instante después fue Adela quien pareció volverse loca. El buey había dado remate a las flores de los jarrones y a las tapas de *Israel Kalisch,* y daba muestras de estar pensando en abandonar su más bien restringido alojamiento. Eshley le notó cierta inquietud y corrió a tirarle unos manojos de hojas de enredadera de Virginia como aliciente para seguir posando.

-Se me olvida cómo dice el refrán -comentó-. Algo por el estilo de: "es mejor una cena de hierbas que buey cebado donde reina el odio". Al parecer tenemos a mano todos los ingredientes para ello.

-Voy a la biblioteca pública para que llamen a la policía- anunció Adela; y, rabiando sonoramente, se marchó.

Minutos después el buey, acaso entrando en la sospecha de que en algún establo bien abastecido lo esperaban tortas de lino y forraje picado, salió con bastante cuidado de la sala, dirigió una mirada grave e inquisitiva al humano que había dejado de molestarlo y lanzarle varitas, y a un trote pesado pero rápido abandonó el jardín. Eshley guardó los utensilios y siguió el ejemplo del animal. Y la quinta Larkdene, quedó en manos de la neuralgia y de la cocinera.

El episodio marcó el momento crucial de la carrera artística de Eshley. Su notable pintura *Buey en una salita matinal, finales de otoño,* fue uno de los grandes éxitos y sensaciones del siguiente Salón de París; y en una posterior exhibición en Munich fue comprada por el gobierno bávaro, a despecho de las jugosas ofertas de tres firmas productoras de extracto de carne. A partir de entonces tuvo asegurada una larga serie de éxitos; y la Royal Academy tuvo el agrado, dos años después, de colgar en lugar prominente su gran lienzo *Macacos destrozando un tocador.*

Eshley le obsequió a Adela Pingsford un nuevo ejemplar de *Israel Kalisch* y dos plantas de linda floración, de la variedad *Madame André Blusset.* Pero nada por el estilo de una verdadera reconciliación ha tenido lugar entre ellos dos.

TENDENCIAS ENCONTRADAS

Vanessa Pennington tenía un marido que era pobre, con pocos atenuantes, y un enamorado que, si bien era holgadamente rico, tenía el inconveniente de ser escrupuloso. Su fortuna lo hacía aceptable a los ojos de Vanessa, pero su código de honor lo impulsaba a alejarse y olvidarla, o cuando más a recordarla al hacer una pausa entre las muchas otras ocupaciones que tenía. Y aunque Alaric Clyde amaba a Vanessa y creía que la amaría por siempre, sin darse cuenta se fue dejando cortejar y conquistar por una amante más seductora: se figuraba que su continua huida del trato de los hombres era un exilio que él mismo se había impuesto, pero su corazón estaba preso en el hechizo de la naturaleza, y la naturaleza se le mostraba amable y bella. Cuando se es libre, joven y robusto, las tierras primitivas pueden ser muy amables y muy bellas. Lo prueban las legiones de hombres que una vez fueron libres, jóvenes y robustos, y que ahora sacan de la basura el alimento de sus almas; porque, habiendo antaño conocido y amado a la naturaleza, se desprendieron de sus lazos y se desviaron por caminos trillados.

Clyde vagaba, cazaba y soñaba por las altas estepas del planeta, agraciado y letal como un dios de la Hélade. Iba de un campamento a otro con sus sirvientes, sus caballos y demás seguidores cuadrúpedos, huésped bienvenido de burdos aldeanos y de nómadas, amigo y verdugo de las ariscas y veloces bestias del entorno. En las orillas de los brumosos lagos de la altiplanicie derribó aves silvestres que llegaban allí luego de atravesar al vuelo la mitad del Viejo Mundo; más allá de Bujará presenció las piruetas de los bravíos jinetes arios; y presenció también, en la luz mortecina de una casa de té, una de esas hermosas y misteriosas danzas que jamás se olvidan por completo; o, dando un amplio rodeo para bajar al valle del Tigris, se sumergió y meció en sus corrientes, enfriadas por las nieves. Mientras tanto, Vanessa, en una callejuela de Bayswater, hacía la lista semanal de la lavandería, asistía a las ventas de saldos y, en los momentos de mayor audacia, ensayaba nuevas maneras de cocinar merluza. De vez en cuando iba a reuniones de bridge, en donde, si bien el juego no era muy instructivo, por lo menos se aprendía mucho acerca de la vida privada de algunas casas reales e imperiales. En cierto modo, Vanessa estaba contenta de que Clyde hubiera hecho lo correcto. Tenía una fuerte propensión hacia el decoro, aunque habría preferido ser decorosa en un ambiente de mejor tono, donde su ejemplo habría servido más. Ser intachable ya era algo. Pero ser intachable en las vecindades de Hyde Park habría sido más grato.

Entonces sucedió que, súbitamente, sus consideraciones por el decoro y por el sentido del honor de Clyde fueron a dar al vertedero de las cosas inservibles. Habían sido útiles y de suma importancia en su momento, pero la muerte del marido de Vanessa les quitó su carácter perentorio.

La noticia de las cambiadas condiciones siguió el rastro de Clyde con despaciosa persistencia de un campamento a otro, hasta que le dio alcance y lo hizo detenerse en algún sitio de la estepa de Orenburg. Le habría resultado en extremo difícil analizar sus sentimientos al recibir las nuevas. Las Parcas, inesperada y acaso un poco oficiosamente, habían removido un obstáculo de su camino. Suponía que estaba lleno de alegría, pero no experimentaba la exaltación que había sentido unos cuatro meses atrás, cuando había cazado una onza con un tiro feliz que coronaba todo un día de infructuoso acecho. Regresaría, por supuesto, y le pediría a Vanessa que fuera su mujer, pero estaba decidido a imponer una condición: por ningún motivo abandonaría a su amor más reciente. Vanessa tendría que acceder a compartirlo con la naturaleza.

La dama saludó el regreso de su enamorado con más alivio incluso del que le había proporcionado su partida. La muerte de John Pennington había dejado a la viuda en circunstancias más apuradas que nunca, y el parque se había alejado hasta de sus esquelas, en donde lo había conservado largo tiempo a título de cortesía, según la norma de que las direcciones sirven para ocultar nuestros paraderos. Ciertamente, gozaba de más independencia que antes; pero la independencia, que

significa tanto para tantas mujeres, tenía poco palor para Vanessa, quien cabía bajo el simple rótulo de "persona de sexo femenino". Aceptó sin mayor alboroto la exigencia de Clyde y se declaró dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. Como éste era redondo, alimentaba la reconfortante idea de que en el curso ordinario de las cosas se encontraría tarde o temprano en el vecindario de Hyde Park Corner, no importa qué tan lejos se desviara.

Al oriente de Budapest su complacencia empezó a esfumarse; y cuando vio que su marido trataba al mar Negro con una confianza que ella misma había sido incapaz de tomarse con el canal de la Mancha, los recelos comenzaron a asediarla. Las aventuras, a las que una mujer de mejor crianza les habría encontrado un lado divertido y seductor, apenas despertaban en Vanessa la doble sensación de miedo y de fastidio. La picaban las pulgas, y estaba convencida de que únicamente el puro hastío impedía que los camellos obraran de igual modo. Clyde hacía lo posible y lo imposible por darle un toque de banquete a las dilatadas comidas del desierto; y hasta el *heidsieck* granizado en nieve perdía el gusto cuando se tenía la convicción de que el moreno escanciador que lo servía con tal gracia y respeto sólo esperaba la ocasión propicia de degollarlo a uno. En vano intentaba Clyde recomendar la lealtad de Yussuf, difícil de encontrar en un sirviente occidental. Vanessa tenía la suficiente instrucción para saber que todas las personas de piel morena matan con la misma frescura con que la gente de Bayswater toma clases de canto.

Y a la par que se iba haciendo cada vez más irritable y quejicosa, vino otro desencanto, nacido de la incapacidad de los esposos para encontrar temas comunes de interés. Las migraciones y hábitos de las gangas, el folklore y costumbres de tártaros y turcomanos, los cuartos de un caballo cosaco, eran asuntos que sólo despertaban en Vanessa una aburrida indiferencia. Por su parte, Clyde no vibraba de emoción al enterarse de que la reina de España detestaba el color malva, o que cierta duquesa real, cuyos gustos no era probable que él tuviera que saciar alguna vez, abrigaba una pasión violenta pero perfectamente respetable por las aceitunas.

Vanessa empezó a sacar en claro que un marido que sumaba un talante errabundo a una renta fija era una dudosa bendición. Una cosa era ir hasta el fin del mundo; y otra muy distinta era sentirse en casa allí. Incluso el decoro parecía perder algo de su virtud cuando se practicaba en una tienda.

Aburrida y desilusionada con el rumbo de su nueva vida, Vanessa no ocultó su complacencia cuando la distracción se le apareció en la persona del señor Dobrinton, a quien toparon por casualidad en la rústica hostería de una olvidada población del Cáucaso. Dobrinton se esmeraba en ser británico, acaso por consideración a la memoria de su madre, cuyo ancestro decían que derivaba en parte de una institutriz inglesa que había llegado a Lemberg allá por el siglo pasado. Si alguien lo hubiera llamado Dobrinski estando él desprevenido, es probable que hubiera contestado sin vacilación; pero juzgando, sin lugar a dudas, que la puntada final es la que importa, se había tomado una pequeña libertad con el patronímico de la familia. De aspecto, el señor Dobrinton no era un ejemplar masculino demasiado atractivo; pero a los ojos de Vanessa era un vínculo con la civilización que Clyde parecía tan dispuesto a dejar y olvidar. Sabía cantar *Yip-I-Addy* y hablaba de varias duquesas como si las conociera y, en los momentos de mayor inspiración, como si ellas lo conocieran a él. Llegaba incluso a señalarles tachas a las cocinas o las cavas de algunos de los más venerables restaurantes londinenses, en una suerte de "crítica superior" que Vanessa escuchaba llena de anonadada admiración. Y, sobre todo, compartía, al principio con discreción, después con mayor desparpajo, su irritable desagrado por los instintos trashumantes de Clyde. Ciertos negocios relacionados con pozos de petróleo llevaron a Dobrinton a las inmediaciones de Bakú. El placer de resultarle interesante a una audiencia femenina apreciativa lo indujo a desviar el viaje de regreso, para de ese modo coincidir cuanto fuera posible con el itinerario de sus nuevos amigos. Y mientras Clyde traficaba con negociantes persas de caballos, perseguía puercos monteses hasta sus cubiles o completaba sus apuntes sobre las aves de caza de Asia Central, Dobrinton y la dama discutían la ética del decoro en el desierto desde puntos de vista que cada día mostraban una mayor tendencia a converger. Y una noche Clyde cenó a solas, leyendo entre plato y plato una extensa carta de Vanessa en la que justificaba el acto de alzar el vuelo hacia tierras más civilizadas en compañía de

un ser más compatible.

Fue pura mala suerte de Vanessa, quien en el fondo era de veras decorosa, el que ella y su amante cayeran en las manos de unos bandidos kurdos el día mismo en que escaparon. Estar presa en una sórdida aldea kurda, en la íntima compañía de un hombre que era apenas su esposo por adopción, y atraer la atención de toda Europa hacia este trance, era tal vez lo menos decoroso que podía pasarle. Y había complicaciones internacionales, lo cual empeoraba las cosas. El informe del cónsul más cercano rezaba: "Dama inglesa y su esposo, de nacionalidad extranjera, retenidos por bandidos kurdos que piden rescate". Aunque Dobrinton era inglés de corazón, el resto de sus miembros pertenecía a los Habsburgos; y aunque esta pieza particular de sus vastas y variadas posesiones no era motivo de gran orgullo o placer para los Habsburgos, quienes gustosamente la habrían canjeado por una rara ave o mamífero para el parque de Schoenbrunn, las reglas de la dignidad internacional los obligaban a exhibir un decente grado de interés por su devolución. Y mientras las cancillerías de dos países tomaban las medidas habituales para obtener la liberación de sus respectivos súbditos, se produjo otra espantosa complicación: Clyde, que seguía el rastro de los fugitivos sin mayores deseos de alcanzarlos pero con el borroso sentimiento de que eso era lo que se esperaba de él, cayó en manos de la misma caterva de bandidos. La diplomacia, si bien estaba ansiosa de hacer cuanto pudiera por una dama en desgracia, dio señas de impaciencia ante esta ampliación de su tarea. Como observara un joven frívolo de Downing Street, "Con gusto sacaremos de apuros a cualquier marido de la Señora Dobrinton, pero permítannos saber cuántos maridos son". Como mujer que valoraba el decoro, Vanessa ciertamente carecía de suerte.

Entretanto, la situación de los cautivos tampoco estaba libre de enredos. Cuando Clyde explicó a los cabecillas kurdos la naturaleza de su relación con la pareja de fugitivos, se mostraron muy comprensivos Pero vetaron cualquier idea de venganza sumaria, puesto que los Habsburgos de seguro insistirían en la liberación de un Dobrinton vivo y en razonables condiciones de integridad. No ponían objeción a que Clyde le administrara una paliza de media hora a su rival los lunes y los jueves, pero Dobrinton se puso de un verde tan pálido al escuchar tamaños planes, que el jefe se vio obligado a suspender el privilegio.

Y así, en la estrechez de una choza de montaña, el mal mezclado trío padecía el insufrible paso de las horas. Dobrinton estaba demasiado asustado para tener ganas de conversar, Vanessa demasiado mortificada para abrir los labios y Clyde andaba de un humor silencioso. En una ocasión, el menudo *négociant* de Lemberg cobró ánimos para cantar una trémula versión de *Yip-I-Addy;* pero cuando llegó a la frase de "nunca fue así el hogar", con ojos anegados Vanessa le rogó que no siguiera. Y el silencio envolvió con creciente insistencia a aquellos tres cautivos que de modo tan trágico habían sido agrupados. Tres veces al día se arrimaban entre sí para ingerir la comida que les habían preparado, como animales del desierto que se juntan en silenciosa suspensión de hostilidades en el abrevadero, y luego se apartaban para reanudar la vigilia de la espera.

A Clyde lo cuidaban con menos atención. "Los celos lo mantendrán al lado de la mujer", pensaban los captores kurdos. Ignoraban que un amor más salvaje y sincero lo llamaba con mil voces, más allá de los límites de la aldea. Y una noche, al descubrir que no recibía la atención debida, Clyde se escabulló montaña abajo y reemprendió el estudio de las aves de caza del Asia central. En adelante los otros cautivos fueron custodiados con mayor rigor; pero de todos modos Dobrinton lamentó poco la partida de Clyde.

El largo brazo (quizás sería mejor decir "la larga bolsa") de la diplomacia aseguró por fin la liberación de los prisioneros, si bien los Habsburgos no habrían de disfrutar de los honores de aquel gasto. En el muelle del pequeño puerto sobre el mar Negro en donde la pareja rescatada volvió a entrar en contacto con la civilización, Dobrinton fue mordido por un perro, al parecer rabioso, aunque a lo mejor sólo tenía poco criterio selectivo. La víctima no esperó a que aparecieran los síntomas de la hidrofobia, sino que se murió del susto de una vez; y Vanessa hizo sola el viaje de regreso, con la vaga sensación de llevar levemente restaurado el decoro. Clyde, en las pausas que le dejó la corrección de las pruebas del libro sobre las aves de caza de Asia central, encontró tiempo

Librodot

para sacar adelante una demanda de divorcio ante las cortes, y tan pronto como pudo corrió a las agradables soledades del desierto de Gobi a recoger material para una obra sobre la fauna de aquella región. Vanessa, en virtud quizás de su anterior familiaridad con los rituales culinarios de la merluza, obtuvo un empleo entre el personal de cocina de un club del West End. Nada despampanante, pero al menos quedaba a dos minutos de Hyde Park.

Librodot

LA BENEFACTORA Y EL GATO SATISFECHO

Jocantha Bessbury andaba en plan de sentirse feliz, serena y bondadosa. El mundo en que vivía era un lugar ameno, y ese día mostraba una de sus facetas más amenas. Gregory había logrado venir a casa para almorzar de prisa y fumarse un pitillo en el acogedor cuartico de descanso; el almuerzo había estado bueno y aún quedaba tiempo para hacerles justicia al café y al tabaco. Ambos eran excelentes a su modo; y Gregory era, a su modo, un marido excelente. Jocantha se sentía más bien tentada a sospechar que como esposa era encantadora, y sospechaba de sobra que tenía una modista de primera.

-No creo que en todo el barrio de Chelsea pueda encontrarse una persona más contenta -observó Jocantha, aludiendo a sí misma-, con la excepción quizás de Attab -prosiguió, echando una mirada al gran gato atigrado que descansaba muy a sus anchas en la esquina del diván-. Míralo ahí, soñando y ronroneando, estirando las patas de vez en cuando en un rapto de mullido bienestar. Parece la mismísima encarnación de todo lo que es suave y sedoso y aterciopelado, sin un ángulo brusco en su postura, todo un visionario cuya filosofía es la de soñar y dejar soñar; y luego, cuando cae la tarde, sale al jardín con un destello rojo en la mirada y atrapa algún gorrión desprevenido.

-Teniendo en cuenta que cada pareja de gorriones empolla diez o más crías al año, mientras sus fuentes de alimentación permanecen estacionarias, está muy bien que a los Attabs de la comunidad se les ocurra pasar una tarde entretenida -dijo Gregory.

Habiéndose aliviado de este sabio comentario, encendió otro cigarrillo, se despidió de Jocantha con cariño juguetón y partió al ancho mundo.

-Recuerda: esta noche cenamos un poquito temprano, porque después iremos al teatro -alcanzó a gritarle ella.

Ya a solas, Jocantha continuó el proceso de contemplar su vida con ojos plácidos e introspectivos. Si no tenía todo lo que quería en este mundo, por lo menos estaba muy contenta con lo que había conseguido. Estaba muy satisfecha, por ejemplo, con el cuartico de descanso, que de algún modo lograba ser acogedor, primoroso y costoso al mismo tiempo. Las porcelanas eran piezas raras y bellas, los esmaltes chinos adquirían maravillosos tintes a la luz del hogar, las cortinas y alfombras seducían la vista a través de suntuosas armonías de color. En aquel cuarto se podía atender con toda propiedad a un embajador o un arzobispo, pero también allí sería posible recortar láminas para un álbum, sin por ello temer que la basura ofendiese a los lares del sitio. Y tal como ocurría con el cuartico de descanso, igual pasaba con el resto de la casa; y tal como con la casa, igual con las demás esferas de la vida de Jocantha. En verdad tenía razones para ser una de las mujeres más contentas de Chelsea.

De este humor de efervescente satisfacción con su suerte pasó a la fase de sentir una lástima generosa por los miles de seres a su alrededor cuyas vidas y situaciones eran aburridas, vulgares, áridas y vacías. Las empleadas, las vendedoras... en fin: la clase que carece tanto de la libertad despreocupada de los pobres como de la ociosa libertad de los ricos, estaba especialmente en la mira de su conmiseración. Daba pena pensar que había jóvenes que tras una larga jornada de trabajo tenían que pasarla solas en sus fríos y deprimentes dormitorios porque no tenían con qué pagar una taza de café y un sánduche en un restaurante, y mucho menos un chelín para la galería de un teatro. El tema todavía rondaba en la cabeza de Jocantha cuando salió a pasar la tarde en una excursión de compras por antojo. Sería muy grato, se decía, si pudiera hacer algo, dejándose llevar por el impulso, para arrojar siquiera un destello de placer e interés sobre la vida de una o dos trabajadoras de corazón anhelante y bolsillos vacíos. Aquello acrecentaría en gran medida del disfrute de la función teatral de esa noche. Resolvió conseguir dos billetes de segundo piso para una obra popular,

Librodot

entrar a un salón de té barato y regalárselos a la primera pareja interesante de trabajadoras con quienes pudiera entablar una conversación casual. Podía explicar las cosas arguyendo que ella no estaría en condiciones de utilizar los billetes y no quería dejarlos perder; y que, por otro lado, no deseaba tomarse la molestia de devolverlos. Tras meditarlo más, decidió que lo mejor sería conseguir un solo billete y dárselo a alguna muchacha de aspecto solitario que encontrara sentada ante una comida frugal. A lo mejor la muchacha trababa conocimiento con su vecino de butaca y así echaba los cimientos de una amistad duradera.

Movida por este fuerte impulso de hada madrina, Jocantha entró a una agencia de billetes y seleccionó con infinito esmero un puesto de gallinero para *El pavón amarillo,* una obra de teatro que por esos días despertaba numerosas críticas y discusiones. Partió después en busca del salón de té y la aventura filantrópica, más o menos a la misma hora en que Attab se escabullía en el jardín con la mente afinada para la caza de gorriones. En un rincón de un saloncito anónimo encontró una mesa libre, en donde se instaló rápidamente, motivada por el hecho de que en la mesa contigua había una joven de facciones bastante ordinarias, mirada apática y cansada y un aire general de resignada soledad. Su vestido era de mala calidad, pero aspiraba a estar a la moda. Tenía un bonito pelo y un cutis más bien feo. Estaba terminando una modesta comida de té con panecillos, y no difería mucho de las miles de jóvenes que en ese preciso momento terminaban, empezaban o seguían tomando el té en los salones de Londres. Las posibilidades estaban muy a favor de la suposición de que jamás hubiera visto *El pavón amarillo.* Evidentemente, proporcionaba excelente material para el primer ensayo de Jocantha como benefactora por azar.

Jocantha pidió té y un *muffin* y luego dirigió una mirada amistosa a su vecina, con el propósito de llamarle la atención. Justo en ese momento la cara de la muchacha se iluminó de placer, sus ojos chispearon, se sonrojaron sus mejillas y estuvo a punto de lucir bonita. Un hombre joven, a quien saludó con un cariñoso "¡Hola, Bertie!", vino hasta su mesa y tomó asiento frente a ella. Jocantha miró con ojos penetrantes al recién llegado. Tenía cara de ser unos años más joven que ella misma y era mucho más guapo que Gregory; de hecho, bastante más guapo que cualquiera de los jóvenes de su grupo de amigos. Conjeturó que sería un cortés dependiente de algún almacén de ventas al por mayor, que se las apañaba para subsistir y divertirse con un salario diminuto y que dispondría de unas vacaciones de dos semanas al año. Era consciente, por supuesto, de ser bien parecido, pero con la cohibición propia de los anglosajones y no con la flagrante complacencia del latino o semita. Era obvio que mantenía estrechas relaciones de amistad con la muchacha con quien conversaba. Probablemente derivaban hacia un compromiso formal. Jocantha se imaginó el hogar del muchacho, en una esfera muy reducida, con una madre latosa que a todas horas quería saber cómo y dónde pasaba él las noches. A su debido tiempo cambiaría aquella pesada esclavitud por un hogar propio, regido por la falta crónica de libras, chelines y peniques y la escasez de casi todas las cosas que hacen la vida cómoda y atractiva. Jocantha se sintió en extremo apiadada de él. Se preguntó si habría visto *El pavón amarillo;* las posibilidades estaban muy a favor de la suposición de que no lo hubiera visto. La muchacha había terminado el té y dentro de poco regresaría al trabajo. Cuando el joven estuviera solo, a Jocantha le sería muy fácil decirle: "Mi marido tiene otros planes para mí esta noche. ¿Le interesaría hacer uso de este billete, para que no se pierda?". Y después podía volver allí una tarde a tomar el té y, si se lo topaba, preguntarle cómo le había parecido la función. Si era un joven agradable y mejoraba con el trato, podía darle más billetes de teatro y tal vez invitarlo un domingo a tomar el té en Chelsea. Jocantha decidió que sí mejoraría con el trato, que le iba a simpatizar a Gregory y que el asunto del hada madrina iba a resultar más entretenido de lo que había previsto en un comienzo. El muchacho era claramente presentable: sabía peinarse, posiblemente por aptitud imitativa; sabía qué color de corbata le sentaba, por intuición quizás; y era exactamente del tipo que atraía a Jocantha, por accidente, desde luego. En fin, se sintió bastante complacida cuando la chica miró el reloj y dio un cálido pero apresurado adiós a su compañero. Bertie se despidió con la cabeza, bebió el té de un buchado y procedió a sacar del bolsillo del sobretodo un libro que llevaba por título *Cipayo y sahib, relato de la gran rebelión.*

Las leyes de etiqueta de un salón de té prohíben que uno ofrezca billetes de teatro a un desconocido

sin haber antes llamado su atención. Resulta todavía más conveniente si uno puede hacer que le pase una azucarera, habiendo previamente disimulado el hecho de que uno tiene una azucarera repleta en la propia mesa. Esto no es difícil de lograr, pues por lo general la carta del menú es casi del tamaño de la mesa y uno puede pararla. Jocantha puso manos a la obra con optimismo: se enredó con la camarera en una larga y más bien estridente discusión sobre supuestos defectos de un *muffin* impecable; hizo ruidosas y lastimeras averiguaciones sobre el servicio de metro a un suburbio inconcebiblemente apartado; le habló con brillante insinceridad al gatito del local, y como último recurso tumbo una jarrita de leche y renegó con gran finura. En suma, llamó mucho la atención, pero ni por un instante la del muchacho bellamente peinado, que estaba a miles de kilómetros de distancia, en las calcinadas llanuras del Indostán, entre casitas de campo abandonadas, bazares hormigueantes y cuarteles amotinados, escuchando un latir de tambores y lejanas descargas de mosquetes.

Jocantha regresó a su casa en Chelsea, que por primera vez se le hizo insulsa y recargada. Traía la amarga convicción de que Gregory iba a resultar aburrido durante la cena y que después la obra de teatro sería una estupidez. Mirándolo todo, su estado de ánimo mostraba una marcada divergencia con la ronroneante placidez de Attab, que otra vez estaba arrollado en su esquina del diván, respirando una inmensa paz por cada curva de su cuerpo.

Claro que él sí había atrapado su gorrión.

Librodot

LA JAURÍA DEL DESTINO

Bajo la mortecina luz de una tarde de otoño encapotada, Martin Stoner marchaba con paso laborioso por trochas convertidas en pantanos y caminos surcados por carriles que conducían a no sabía exactamente dónde. Más adelante, suponía, estaba el mar; y hacia allí parecían decididas a llevarlo sus pisadas. Le habría costado explicar por qué bregaba hasta el agotamiento por alcanzar aquella meta, a menos que hubiera sido presa del instinto que en último extremo conduce al precipicio al ciervo acorralado. En su caso, la jauría del destino sí que acosaba con porfía implacable. El hambre, el cansancio y la desesperación tenían embotado su cerebro, y a duras penas le alentaban las fuerzas para preguntarse por el oculto impulso que lo hacía avanzar. Stoner era uno de esos infortunados individuos que parecen haberlo intentado todo; la imprevisión y la holgazanería innatas siempre se habían interpuesto para malograr toda posibilidad de éxito, así fuera moderado. Y ahora estaba en las últimas y no había nada más que intentar. La desesperación no había despertado en él ninguna reserva latente de energía; por el contrario, el sopor mental lo había ido invadiendo a medida que declinaba su fortuna. Con la ropa que llevaba puesta, medio penique en el bolsillo y ni un solo amigo o conocido a quien recurrir, sin perspectivas de una cama para esa noche o de una comida para la mañana, Martin Stoner proseguía su penosa marcha, entre setos mojados y bajo las gotas de los árboles, la mente casi en blanco, a no ser por la vaga conciencia de que más adelante estaba el mar. De vez en cuando se entremetía otra certeza: sabía que tenía un hambre atroz. Al cabo se detuvo junto a un portillo abierto que conducía a un huerto espacioso y bastante descuidado. No se notaban muchas señas de vida, y la casa al otro lado del huerto parecía fría e inhospitalaria. Sin embargo, empezaba a lloviznar; y Stoner pensó que allí quizás podría guarecerse un rato y comprar un vaso de leche con la última moneda que le quedaba. Entró con pasos lentos y cansinos al jardín y recorrió el caminito empedrado hasta una puerta lateral. La puerta se abrió antes de que llamara, y un viejo encorvado y de aspecto marchito se hizo a un lado, como dándole paso.

-¿Puedo entrar mientras llueve? -comenzó a decir Stoner, pero el viejo lo interrumpió.

-Pase, amo Tom. Sabía que usted regresaría un día de estos.

Stoner tropezó al cruzar el umbral y se quedó allí, mirando al otro con asombro.

-Tome asiento mientras le preparo algo de comer -dijo el viejo, trémulo y obsequioso.

Las piernas de Stoner se doblaron de puro cansancio, y se derrumbó en el sillón que el otro le arrimara. En un minuto estuvo devorando la carne fría, el pan y el queso puestos en la mesa del lado.

-No ha cambiado mucho en estos cuatro años -prosiguió el viejo, con una voz que a Stoner le pareció salida de un sueño, lejana e inconexa-; pero a nosotros sí nos va a encontrar muy cambiados, ya lo verá. Aquí no queda nadie de los que había cuando usted se marchó; nadie, aparte de mí y de su vieja tía. Iré a decirle que usted vino; no lo va a recibir, pero va a permitirle que se quede, sin problemas. Siempre dijo que si regresaba se podía quedar, pero que nunca volvería a verlo o a dirigirle la palabra. El viejo puso una jarra de cerveza en la mesa que Stoner tenía al frente y salió rengueando por un largo pasillo. La llovizna se había convertido en una tempestad furiosa que azotaba con violencia puertas y ventanas. El vagabundo se estremeció al pensar en el espectáculo de la costa bajo aquel aluvión y con la noche tragándoselo todo. Remató la comida y la cerveza, y aguardó allí, aturdido, a que volviera su extraño anfitrión. A medida que el reloj de péndulo marcaba los minutos, una nueva esperanza empezó a titilar y a crecer en la mente del joven; se trataba tan sólo de la ampliación de sus saciadas ansias de comida y un rato de descanso, ahora convertidas en el anhelo de pasar la noche bajo el asilo de aquel techo aparentemente hospitalario. El chancleteo de unos pasos por el corredor anunció el regreso del viejo criado de la

granja.

-La vieja ama no lo va a recibir, amo Tom, pero Manda decir que se quede. Con toda razón, ya que la granja va a ser suya cuando a ella la entierren. La chimenea de su cuarto está prendida, amo Tom, y la criada le tendió la cama con sábanas limpias. Ya verá que nada ha cambiado allá arriba. A lo mejor está cansado y quiera subir ya.

Sin decir palabra, Martin Stoner hizo un esfuerzo para ponerse en pie y seguir a su ángel servidor por el pasillo, por una escalera corta y rechinante y por otro pasillo que daba a una alcoba espaciosa y alegrada por el fuego vivo del hogar. Había pocos muebles, escuetos, anticuados y buenos en su género. Una ardilla disecada en una urna y un almanaque de pared de hacía cuatro años eran casi los únicos indicios de decoración. Pero Stoner tenía ojos para poca cosa fuera de la cama, y le costaba aguantarse las ganas de arrancarse las prendas y arroparse en sus cómodas entrañas con la sensualidad de aquel cansancio. Tal parecía que la jauría del destino le había concedido una corta tregua.

A la fría luz de la mañana, Stoner echó a reír tristemente mientras volvía a caer en cuenta de la situación en que se había metido. Tal vez podría hacerse a un bocado de desayuno en virtud de su parecido con el otro holgazán ausente y ponerse a salvo antes de que alguien descubriera el fraude que se había visto obligado a cometer. En el cuarto de abajo encontró al viejo encorvado, que ya tenía listo un plato de huevos con tocino para el desayuno del "amo Tom", al tiempo que una criada entrada en años y de rostro adusto traía una tetera y le servía una taza de té. Al sentarse a la mesa, un perrito de aguas se le arrimó con muestras de amistad.

-Es el cachorro de la vieja Bowker -explicó el anciano, a quien la criada adusta había llamado George-. ¡Con el cariño que le tenía a usted! No volvió a ser la misma después de que usted se fue para Australia. Murió hace como un año. Este es el cachorrito.

Stoner encontró difícil lamentar su fallecimiento; la perra habría dejado bastante que desear como testigo de identificación.

-¿Desea dar una vuelta a caballo, amo Tom? -fue la asombrosa propuesta que emitió el viejo a continuación-. Tenemos una fina yegua roana, buena para montar. A la vieja Biddy ya le están pesando los años, aunque todavía anda bien; pero voy a hacer que ensillen a la roana y se la traigan a la puerta.

-No tengo cosas de montar -balbució el tránsfuga, al borde de la risa cuando miró su única muda de ropas desgastadas.

-Amo Tom -dijo el viejo con toda seriedad, casi con cara de ofendido-, todas sus cosas están exactamente como las dejó. Bastará con orearlas un poquito frente al fuego. Le servirá de distracción montar un poco y cazar por ahí de vez en cuando. Ya verá que la gente por acá tiene opiniones duras y resentidas sobre usted. No han olvidado ni menos perdonado. Nadie va a acercársele, así que lo mejor será que usted se las apañe para distraerse como pueda con perros y caballos. Ellos también son buena compañía.

El viejo George salió a impartir sus órdenes, y Stoner, más que nunca sintiéndose en un sueño, subió a inspeccionar el ropero del "amo Tom". Las cabalgatas eran uno de sus placeres más entrañables; y si era cierto que ninguno de los antiguos compañeros de Tom iba a concederle un escrutinio detallado, contaría con alguna protección contra el descubrimiento de su impostura. Mientras el intruso se ponía unos pantalones de montar tolerablemente ajustados, se preguntaba con vaguedad qué clase de fechoría había cometido el verdadero Tom para que toda la campiña se pusiera en su contra. Las sordas pero briosas pisadas de unos cascos en la tierra mojada interrumpieron sus especulaciones. La yegua roana esperaba frente a la puerta lateral.

"¡Hablando de mendigos a caballo...!", pensó Stoner mientras trotaba con rapidez por las empantanadas trochas que la víspera había recorrido en calidad de astroso vagabundo; y,

desechando con indolencia estas meditaciones, se entregó al placer de andar a paso largo y sentado por la orilla enyerbada de un trecho plano del camino. Frente a un portillo abierto cedió el paso a dos carretas que entraban a un sembrado. Los muchachos que manejaban las carretas tuvieron tiempo de dirigirle una larga mirada; y al pasar alcanzó a oír una voz excitada que decía: "¡Es Tom Prike! ¡Lo reconocí ahí mismo! Conque otra vez asomando la cara por aquí, ¿no?"

Era evidente que el parecido que había engañado de cerca a un viejo decrépito servía también para confundir desde cierta distancia a dos muchachos.

En el transcurso de la cabalgata recibió abundantes pruebas que confirmaban la afirmación de que los vecinos no habían olvidado ni perdonado el pasado delito que el Tom ausente le había dejado por herencia. Torvas miradas, rezongos y codazos disimulados lo saludaban al toparse con la gente. El cachorro de Bowker, que trotaba feliz al lado suyo, parecía ser la única nota de amistad en ese mundo hostil.

Al desmontar frente a la puerta lateral tuvo un vistazo fugaz de una mujer enjuta y entrada en años que lo espiaba detrás de la cortina de una de las ventanas superiores. Era claro que aquélla era su tía por adopción.

Durante la copiosa comida del mediodía que lo aguardaba lista, Stoner tuvo tiempo para reflexionar sobre las posibilidades de su extraordinaria situación. El verdadero Tom, tras cuatro años de ausencia, podría aparecerse de improviso por la granja, o en cualquier momento podría llegar una carta suya. ¿Además, en su calidad de heredero de la granja, el falso Tom podría ser llamado a firmar algún documento, cosa que lo pondría en un atolladero. O podría llegar algún pariente que no imitara la actitud retraída de la tía. Cualquiera de estas cosas lo desenmascararía ignominiosamente. Por otro lado, la alternativa eran el cielo abierto y las trochas pantanosas que conducían al mar. La granja le ofrecía, en todo caso, un refugio pasajero contra la miseria total; la agricultura era una de las muchas cosas que había "ensayado", así que estaría en capacidad de realizar ciertas faenas a cambio de esa hospitalidad a la que no tenía gran derecho.

-¿Desea pernil frío para la cena -le preguntó la criada de rostro adusto mientras quitaba la mesa-, o prefiere que se lo calienten?

-Caliente y con cebollas -dijo Stoner.

Fue la única vez en su vida que tomó una rápida decisión. Y al dar la orden supo que tenía intenciones de quedarse.

Stoner se circunscribió estrictamente a las partes de la casa que parecían haberle sido asignadas por un tácito tratado de deslinde. Cuando participaba en las tareas de la granja, lo hacía como alguien que recibía órdenes, sin tomar nunca la iniciativa. El viejo George, la yegua roana y el cachorro de Bowker eran sus únicas compañías en un mundo que por lo demás se le mostraba frío, silencioso y hostil. No veía a la dueña de la granja. Cierta vez, al enterarse de que había ido a la iglesia, realizó una visita furtiva a la sala con el objeto de obtener algún conocimiento fragmentario del joven cuyo lugar había usurpado y cuya mala fama se había echado sobre sus espaldas. Había numerosas fotografías colgadas en las paredes o pegadas en marcos austeros, pero la imagen que buscaba no estaba entre ellas. Por fin, en un álbum escondido, encontró lo que buscaba. Había una serie completa bajo el rótulo de "Tom": un niñito regordete de tres años, con una túnica de fantasía; un desgarbado muchacho de unos doce años que sostenía, como si le repugnara, un bate de críquet; un joven de dieciocho, bastante bien parecido, de pelo muy liso y partido a la mitad; y, por último, un hombre joven, de semblante más bien hosco y atrevido. Stoner miró con especial interés este último retrato; el parecido era innegable.

Por boca del viejo George, que era harto parlanchín sobre la mayoría de los temas, trató una y otra vez de enterarse acerca de la naturaleza de la ofensa que lo segregaba como una criatura cuyos semejantes debían odiar y esquivar.

-¿Qué dice de mí la gente de los alrededores? -le preguntó un día mientras marchaban de regreso a casa desde un campo distante.

El viejo sacudió la cabeza.

-Están disgustados con usted; terriblemente disgustados. ¡Ay, es un triste lío, un triste lío!

Y nunca pudo ser inducido a decir nada más esclarecedor.

En una noche despejada y fría, pocos días después de las fiestas de Navidad, Stoner se encontraba en un rincón del huerto que dominaba una espaciosa vista de la campiña. Aquí y allá podía divisar los destellos de lámparas y velas que revelaban la existencia de moradas humanas en las que imperaban la buena voluntad y el regocijo de la época. Tras él estaba la triste y silenciosa casa donde nadie reía, donde hasta una riña habría parecido un acontecimiento alegre. Cuando volvió la cabeza para mirar la larga y gris fachada del edificio envuelto en las penumbras, una puerta se abrió y el viejo George salió precipitadamente. Stoner oyó que llamaba su nombre adoptivo en un tono de urgente ansiedad. Supo al instante que algo adverso había ocurrido, y en una rápida inversión de perspectivas aquel refugio le pareció un lugar de paz y de contento, de donde temía que fueran a expulsarlo.

-Amo Tom -dijo el viejo en un ronco susurro-, tiene que perderse de aquí sin hacer bulla, por unos cuantos días. Michael Ley volvió al pueblo y jura que le va a dar un tiro si puede dar con usted. Y de veras es capaz; tiene mirada de asesino. Lárguese al amparo de la noche. Es sólo por una semana o algo así; el no va a estar más tiempo por acá.

-Pero, ¿adonde voy a ir? -balbució Stoner, que se había contagiado del patente terror del viejo.

-Vaya derecho por la costa hasta Punchford y quédese escondido allá. Cuando Michael ande lejos, yo llevo la roana al Green Dragón en Punchford. Cuando usted la vea en las pesebreras del Green Dragon será la señal de que puede volver.

-Pero... -vaciló Stoner.

-No se preocupe por dinero -dijo el otro-; la señora está de acuerdo en que es mejor que usted haga como le digo y me ha entregado esto.

El viejo sacó tres libras esterlinas de oro y algunas monedas de plata.

Stoner se sintió más tramposo que nunca cuando se escabulló esa noche por la puerta trasera de la granja con el dinero de la anciana en el bolsillo. El viejo George y el cachorro de Bowker se quedaron plantados en el patio, mirándolo en silenciosa despedida. Le costaba imaginarse que regresaría alguna vez y sintió una punzada de remordimiento por esos dos humildes amigos que esperarían con anhelo su regreso. Quizás un día regresaría el verdadero Tom y entre aquellos sencillos campesinos cundiría el asombro respecto a la identidad del oscuro personaje que habían hospedado bajo su techo. En cuanto a su propio destino, no sentía apremio alguno: tres libras duran poco cuando no hay nada que las respalde, pero a un hombre que ha contado en peniques todo su capital le parecen un buen punto de partida. Los caprichos de la fortuna le habían jugado una buena pasada la última vez que recorriera aquellas trochas como un perdido aventurero, y todavía había probabilidades de encontrar trabajo y empezar de nuevo. A medida que se alejaba de la granja su ánimo subía más y más. Había cierta sensación de alivio en recobrar la identidad perdida y dejar de ser el incómodo fantasma de otro hombre. Difícilmente se tomaba la molestia de especular sobre el enemigo implacable que había venido de los quintos infiernos a meterse en su vida. Ya que esa vida había quedado atrás, un detalle irreal de añadidura no importaba mayor cosa. Por primera vez en muchos meses empezó a tararear una melodía frívola y alegre. Y entonces, de la sombra de un roble a la vera del camino, le salió al paso un hombre armado con una escopeta. No había necesidad de preguntarse quién podría ser; la luz de luna que le pegaba en la cara tensa y pálida revelaba una mirada de odio feroz que Stoner no había visto jamás en ninguna de las vicisitudes de su peregrinar. Saltó a un lado, en un desesperado intento de atravesar el seto vivo que bordeaba el camino, pero las

fuertes ramas lo sujetaron con firmeza. La jauría del destino lo esperaba por aquellas trochas y esta vez tendría que enfrentarla.

LAURA

-No te estarás muriendo de verdad, ¿eh? -preguntó Amanda.

-El doctor me dio permiso de vivir hasta el martes -dijo Laura.

-¡Pero si hoy es sábado! ¡La cosa es grave! -dijo Amanda, con la boca abierta.

-No sé si sea grave; lo que si es cierto es que hoy es sábado -dijo Laura.

-La muerte siempre es grave -dijo Amanda.

-Nunca dije que me iba a morir. Se presume que voy a dejar de ser Laura, pero pasaré a ser otra cosa. Alguna clase de animal, me figuro. Mira: cuando una no ha sido muy buena en la vida que acaba de vivir, reencarna en algún organismo inferior. Y yo no he sido muy buena, si a eso vamos. He sido ruin, mezquina, vengativa y todas esas cosas, cuando las circunstancias así me lo exigieron.

-Las circunstancias nunca exigen ese tipo de cosas -se apresuró a decir Amanda.

-Perdóname que te lo diga -observó Laura-, pero Egbert es una circunstancia que exigiría cualquier cantidad de esa clase de cosas. Tú estás casada con él... eso es otra historia. Tú juraste amarlo, honrarlo y soportarlo; yo no.

-¡No veo qué pueda tener de malo Egbert! -protestó Amanda.

-¡Cómo no! La maldad fue toda mía -admitió Laura desapasionadamente-. Él ha sido tan sólo una circunstancia atenuante. Por ejemplo, el otro día armó un alborotico de malas pulgas cuando saqué a pasear los cachorros collies de la granja.

-Persiguieron las pollitas Sussex saraviadas y espantaron a dos gallinas cluecas de los nidos, fuera de que pisotearon los cuadros de flores. Y tú sabes cuánta dedicación les pone a sus aves de corral y a su jardín.

-De todas maneras no había necesidad de que remachara toda la bendita tarde al respecto, ni de que dijera "No se hable más de eso" cuando yo ya empezaba a sacarle gusto a la discusión. Ahí fue cuando salí con una de mis venganzas mezquinas -agregó Laura con una risita impenitente-: al otro día del episodio solté en sus semilleros a la familia entera de las saraviadas.

-¡Cómo pudiste hacerlo! -exclamó Amanda.

-Resultó muy fácil -dijo Laura-. Dos gallinas se hicieron las que estaban poniendo, pero yo me mostré firme.

-¡Y nosotros creyendo que fue un accidente!

-Como ves -prosiguió Laura-, en realidad *tengo* razones para suponer que mi próxima encarnación será en un organismo inferior. Seré alguna clase de animal. Por otro lado, tampoco he sido tan horrible, así que a lo mejor puedo contar con que voy a ser un animal agradable, algo elegante y lleno de vida, amigo de la diversión. Una nutria, tal vez.

-No puedo imaginarte haciendo de nutria -dijo Amanda.

-Bueno, me figuro que no puedes imaginarme haciendo de ángel, si a eso vamos -dijo Laura.

Amanda guardó silencio. No podía.

-Por mi parte, creo que la vida de una nutria sería bastante agradable -continuó Laura-: salmón para comer el año entero y el gusto de poder buscar las truchas en su propia casa, sin tener que esperar horas enteras a que se dignen morder la mosca que una les ha estado columpiando en la cara; y una

figura elegante y esbelta...

-Piensa en los perros que las cazan -la interrumpió Amanda-. ¡Qué horrible que la rastreen a una y la acosen y acaben destrozándola!

-Bastante divertido, si la mitad del vecindario está mirando; y en todo caso no es peor que este asunto de morir poco a poco entre sábado y martes. Además, después pasaría a ser otra cosa. Si hubiera sido una nutria regularmente buena, supongo que recobraría alguna forma humana; probablemente algo más bien primitivo... la de un morenito egipcio casi en cueros, me figuro.

-Ojalá te pusieras seria -suspiró Amanda-. De veras deberías hacerlo, si es que sólo vas a vivir hasta el martes.

En realidad, Laura murió el lunes.

-¡Qué terrible trastorno! -se quejó Amanda a su tío político, sir Lulworth Quayne-. Tengo invitadas un montón de personas a pescar y jugar golf, y los rododendros están precisamente en su mejor momento.

-Laura fue siempre una desconsiderada -dijo sir Lulworth-. Nació en plena temporada ecuestre, con un embajador que odiaba los bebés hospedado en la casa.

-Se le ocurrían las cosas más disparatadas -dijo Amanda-. ¿Sabes de casos de locura en su familia?

-¿Locura? No. Que yo sepa, nunca. Su padre vive en West Kensington, pero creo que es cuerdo en todo lo demás.

-Ella tenía la idea de que iba a reencarnar en una nutria -dijo Amanda.

-Uno se topa estas ideas sobre la reencarnación con tanta frecuencia, incluso en Occidente -dijo sir Lulworth-, que no se atrevería a afirmar que son disparatadas. Y Laura fue una persona tan impredecible en esta vida, que no me gustaría sentar reglas precisas sobre lo que podría estar haciendo en un estado ulterior.

-¿Crees que de veras puede haber pasado a ser un animal? -preguntó Amanda, que era una de esas personas bastante prontas a moldear sus opiniones a partir de los puntos de vista de quienes la rodeaban.

Justo en ese momento Egbert entró al comedor matinal, con un aire luctuoso que el deceso de Laura no alcanzaría a explicar por sí solo.

-¡Mataron a cuatro de mis Sussex saraviadas! -exclamó-. Las mismísimas cuatro que iban para la exhibición del viernes. A una la arrastraron y se la comieron precisamente en la mitad del nuevo cuadro de claveles en el que puse tanto empeño y dinero. ¡Mis mejores gallinas y mis mejores flores, escogidas para la destrucción! Casi parece que el animal culpable de ese acto supiera cómo hacer el máximo de daño en el mínimo de tiempo.

-¿Crees que fue una zorra? -preguntó Amanda.

-Más parece cosa de un hurón -dijo sir Lulworth.

-No -dijo Egbert-; había huellas de patas palmeadas por todas partes, y seguimos el rastro hasta el arroyo al fondo del jardín: una nutria, evidentemente.

Amanda le lanzó una mirada de reojo a sir Lulworth.

Egbert estaba demasiado agitado para desayunar, y se marchó a supervisar el refuerzo de las defensas de los gallineros.

-Por lo menos debería haber esperado a que terminaran los funerales -dijo Amanda, con voz indignada.

-Comprende que se trata de sus propios funerales -dijo sir Lulworth-. Es un sutil punto de etiqueta determinar hasta dónde debe uno mostrar respeto por sus propios restos mortales.

Al día siguiente, el irrespeto a las convenciones mortuorias fue llevado más lejos. Durante la ausencia de la familia en las exequias ocurrió la masacre de las restantes Sussex saraviadas. La línea de retirada del merodeador parecía haber cubierto la mayoría de los cuadros de flores en el prado, pero las eras de fresas en la parte de abajo del jardín también se habían visto afectadas.

-Voy a hacer que traigan a los perros tan pronto como sea posible -dijo Egbert, ferozmente.

-¡De ninguna manera! ¡Ni se te ocurra hacerlo! -exclamó Amanda-. Quiero decir, no sería bien visto, tan enseguida de un luto en la casa.

-Es un caso de urgencia -dijo Egbert-. Cuando una nutria se ceba en estas cosas, ya no para.

-A lo mejor se vaya a otra parte ahora que no quedan más gallinas -insinuó Amanda.

-Se diría que quieres proteger a esa alimaña -dijo Egbert.

-El arroyo ha estado muy seco últimamente -objetó Amanda-. No parece muy deportivo cazar un animal cuando tiene tan poca oportunidad de refugiarse.

-¡Por Dios! -estalló Egbert-. No estoy hablando de deporte. Quiero exterminar a ese animal tan pronto como sea posible.

La propia oposición de Amanda se atenuó cuando, a la hora del servicio religioso del domingo siguiente, la nutria se abrió paso hasta la casa, hurtó medio salmón de la despensa y dejó un ripio de escamas sobre la alfombra persa del estudio de Egbert.

-Dentro de poco la tendremos escondida debajo de las camas, ruñéndonos los pies a pedacitos -dijo Egbert.

Y por lo que sabía Amanda de esa nutria en particular, la posibilidad no era muy remota.

La víspera del día fijado para la cacería, Amanda se paseó a solas durante una hora por las orillas del arroyo, haciendo lo que se imaginaba eran ruidos de jauría. Quienes oyeron su actuación supusieron caritativamente que practicaba imitaciones de sonidos de corral para la venidera feria del pueblo.

Su amiga y vecina Aurora Burret se encargó de llevarle noticias sobre la jornada venatoria.

-Es una lástima que no hayas salido; el día estuvo muy productivo. La encontramos de inmediato, en el charco del fondo del jardín.

-Y... ¿la mataron? -preguntó Amanda.

-¡Cómo no! Una espléndida hembra. Le dio un feo mordisco a tu marido mientras trataba de agarrarla por la cola. ¡Pobre animal! Me compadecí mucho de ella. ¡Tenía una mirada tan humana en los ojos cuando la mataron! Dirás que soy una tonta, pero, ¿sabes a quién me recordó esa mirada? Pero, querida, ¿qué te pasa?

Cuando Amanda se hubo recobrado algo de la postración nerviosa, Egbert la llevó a curarse al valle del Nilo. El cambio de horizontes trajo pronto la deseada recuperación de la salud y el equilibrio mental. Las escapadas de una nutria aventurera en busca de un cambio de régimen alimenticio fueron vistas en la correcta perspectiva. El temperamento normalmente plácido de Amanda se reafirmó. Ni siquiera el temporal de clamorosas maldiciones que venían del camarín de su esposo, en la voz de su esposo, pero muy alejadas de su vocabulario de costumbre, pudieron perturbar su calma mientras se acicalaba pausadamente una tarde en un hotel del Cairo.

-¿Qué sucede? ¿Qué pasó? -preguntó, entre divertida e intrigada.

-¡El animalito me tiró todas las camisas limpias en la tina! ¡Espera a que te agarre, so... i

-¿Qué animalito? -preguntó Amanda, reprimiendo las ganas de reír.

¡El lenguaje de Egbert era tan irremediablemente inadecuado para expresar sus sentimientos de indignación!

-Un morenito egipcio casi en cueros -farfulló Egbert.

Y ahora Amanda está gravemente enferma.

LOS LOBOS DE CERNOGRATZ

-¿Y no hay viejas leyendas vinculadas al castillo? -preguntó Conrad a su hermana.

A pesar de ser un próspero comerciante de Hamburgo, Conrad era el único miembro de carácter poético de una familia eminentemente práctica.

La baronesa Gruebel alzó sus abultados hombros.

-En estos viejos sitios no faltan las leyendas. Son fáciles de inventar y no cuestan nada. En el caso presente, dicen que cuando alguien muere en el castillo todos los perros de la aldea y las fieras del bosque aúllan la noche entera. No sería agradable escucharlo, ¿verdad?

-Sería misterioso y romántico -dijo el comerciante de Hamburgo.

-De todos modos no es verdad -dijo la baronesa, llena de complacencia-. Desde que adquirimos el lugar hemos podido comprobar que nada de eso ocurre. Cuando mi buena suegra murió en la pasada primavera todos prestamos atención, pero no hubo aullidos. Se trata simplemente de un cuento que le imprime dignidad al lugar sin costo alguno.

-La leyenda no es como usted la ha contado -dijo Amalie, la vieja y peliblanca institutriz.

Todos volvieron hacia ella la cabeza, llenos de asombro. De costumbre se sentaba a la mesa en silencio, compuesta y apartada, sin hablar nunca, a menos que alguien le dirigiera la palabra; y eran pocos los que se tomaban la molestia de entablar conversación con ella. Hoy la invadía una locuacidad insólita. Siguió hablando, con voz rápida y excitada, mirando al frente y al parecer sin dirigirse a nadie en particular.

-Los aullidos no se escuchan cuando *alguien* muere en el castillo. Sólo cuando alguien de la familia Cernogratz moría aquí los lobos venían de lejos y de cerca y se ponían a aullar en la linde del bosque justo antes de la hora final. Únicamente unos cuantos lobos tenían sus guaridas por estos lados, pero en aquellas ocasiones los guardabosques decían que se contaban por montones, deslizándose en la oscuridad y aullando en coro. Y entonces los perros del castillo, la aldea y las granjas de los alrededores empezaban a ladrar y aullar de miedo y rabia contra el coro de los lobos; y cuando el alma del moribundo abandonaba el cuerpo se escuchaba el estrépito de un árbol que caía en el parque. Eso es lo que pasaba cuando moría un Cernogratz en el castillo de sus ancestros. ¡Pero si un forastero muere aquí, es claro que ningún lobo va a aullar y ningún árbol se va a desplomar! ¡Ah, eso no!

Había un dejo desafiante, casi despreciativo, en estas últimas palabras. La bien alimentada y demasiado bien vestida baronesa le clavó una mirada colérica a esa anciana anticuada que se había atrevido a abandonar la apropiada y usual posición de humildad para hablar con tanto irrespeto.

-Todo indica que está muy enterada de las leyendas de los Cernogratz, Fräulein Schmidt -dijo incisivamente-. No sabía que las historias familiares se contaban entre las materias que se supone usted domina.

La respuesta a este sarcasmo fue todavía más inesperada y asombrosa que el arrebato verbal que lo había motivado.

-Soy una Cernogratz -dijo la vieja-; y por eso conozco la historia familiar.

-¿Usted, una Cernogratz? ¡Usted! -sonó el coro incrédulo.

-Cuando nos arruinamos -explicó ella- y tuve que salir a dar clases particulares, cambié de apellido. Me pareció más apropiado. Pero mi abuelo basó gran parte de su infancia en este castillo y mi padre

solía contarme muchas historias acerca del lugar; y, como es lógico, me aprendí todas las historias y leyendas familiares. Cuando a una sólo le quedan los recuerdos, los guarda y desempolva con especial cuidado. Poco me imaginaba, cuando entré a trabajar con ustedes, que algún día me traerían a la antigua residencia familiar. Casi desearía que hubiera sido a otra parte.

Reinó el silencio cuando dejó de hablar, hasta que la baronesa desvió la conversación a un tópico menos embarazoso que el de las historias familiares. Pero más tarde, cuando la vieja institutriz se hubo retirado sigilosamente a sus quehaceres, se armó una algarabía de burlas y escarnios.

-¡Qué impertinencia! -bramó el barón, dejando que sus ojos saltones asumieran una expresión de escándalo-. ¡Imagínense, esa mujer hablando así en nuestra mesa! No le faltó sino decirnos que no éramos nadie. Y no le creo ni una palabra. Es una Schmidt y nada más. Seguro estuvo hablando con algún campesino sobre la antigua familia Cernogratz y se apropió de su historia y sus leyendas.

-Quiere darse importancia -dijo la baronesa-. Sabe que dentro de poco habrá pasado la edad para trabajar y se quiere ganar nuestra simpatía. ¡Su abuelo, ya lo creo!

La baronesa también tenía sus abuelos, pero nunca jamás se jactaba de ellos.

-A que su abuelo era ayudante de despensa o algo así en el castillo -se burló el barón-. Esa parte del cuento puede ser verdadera.

El comerciante de Hamburgo no dijo nada; había visto lágrimas en los ojos de la anciana cuando hablaba de guardar los recuerdos... o quizás, por ser tan imaginativo, creyó haberlas visto.

-Le voy a dar aviso de despido apenas terminen las fiestas de Año Nuevo -dijo la baronesa- Hasta entonces voy a estar demasiado atareada para arreglármelas sin ella.

Pero de todos modos tuvo que arreglárselas sin ella, pues con el frío penetrante que empezó a hacer después de Navidad la vieja institutriz cayó enferma y tuvo que guardar cama.

-¡Qué provocación! -dijo la baronesa, mientras sus huéspedes se calentaban a la lumbre del hogar en una de las últimas tardes del año que moría-. En todo el tiempo que ha estado con nosotros no recuerdo que nunca haya estado gravemente enferma; quiero decir, demasiado enferma para cumplir con su trabajo. Y ahora que tengo la casa llena y podría servirme de tantas maneras, corre a caer postrada. La compadezco, desde luego. Se ve mermada y decaída, pero de todas formas la cosa es sumamente molesta.

-Muy molesta -convino la mujer del banquero, llena de comprensión-. Es el frío intenso, me figuro. Acaba con los viejos. Y este año ha estado extraordinariamente frío.

-Las heladas de diciembre han sido las más fuertes en muchos años -dijo el barón.

-Y ella ya está muy vieja -dijo la baronesa-. Ojalá la hubiera despedido hace unas semanas; así se habría marchado antes de que le sucediera esto. ¡Eh, Wappi! ¿Qué te pasa?

El perrito faldero había saltado de repente de su cojín y se había metido, en un solo temblor, bajo el sofá. En ese mismo instante los perros del castillo rompieron a ladrar llenos de furia, y a lo lejos se oyeron los ladridos de otros perros.

-¿Qué será lo que inquieta a esos animales? -preguntó el barón.

Y entonces los humanos prestaron atención y captaron el sonido que suscitaba en los perros tales muestras de rabia y temor: un prolongado y quejumbroso aullido que subía y bajaba, de modo que ahora parecía provenir de leguas de distancia y ahora se arrastraba a través de la nieve y parecía brotar al pie de los muros del castillo. La fría y famélica miseria de un mundo congelado, la implacable voracidad de la naturaleza, en combinación con otras melodías desoladas e imposibles de definir, parecían concentrarse en aquel grito lastimero.

-¡Lobos! -exclamó el barón.

La música se avivó en un violento estallido que parecía venir de todas partes.

-Cientos de lobos -dijo el comerciante de Hamburgo, que era un hombre de poderosa imaginación.

Movida por un impulso que no habría sido capaz de explicar, la baronesa dejó a sus invitados y fue hasta la estrecha y triste habitación en donde la vieja institutriz yacía contemplando el paso de las horas del año que moría. Aunque el frío de la noche invernal era cortante, la ventana estaba abierta. Con una exclamación de escándalo a flor de labios, la baronesa corrió a cerrarla.

-Déjela abierta -dijo la anciana, con una voz que, pese a su debilidad, tenía un tono autoritario que la baronesa jamás había oído salir de su boca.

-¡Pero se va a morir de frío! -protestó.

-De todos modos me estoy muriendo -dijo aquella voz-; y deseo escuchar la música que hacen. Han venido de todas partes a cantar la música funeral de mi familia. Es bello que hayan venido. Soy la última Cernogratz que morirá en nuestro viejo castillo y ellos han venido a cantarme. ¡Escuche qué tan recio llaman!

El grito de los lobos se elevaba en el aire estancado del invierno y flotaba alrededor de las murallas con lamentos sostenidos y desgarradores. La anciana descansaba en el lecho, el rostro iluminado por una mirada de felicidad por mucho tiempo postergada.

-Váyase -le dijo a la baronesa-. Ya no estoy sola. Soy parte de una antigua y noble familia...

-Creo que está agonizando -dijo la baronesa cuando volvió a reunirse con sus huéspedes-. Creo que lo mejor sería mandar por un doctor. ¡Y esos horribles aullidos! ¡Ni por mucho dinero me dejaría cantar esa música fúnebre!

-Esa música no se compra con ninguna cantidad de dinero -dijo Conrad.

-¡Escuchen! ¿Qué es ese otro sonido? -preguntó el barón cuando se oyó el ruido de algo que se partía y desplomaba.

Era un árbol que caía en el parque.

Hubo un momento de silencio forzado, hasta que habló la esposa del banquero.

-Es el frío intenso lo que parte los árboles. Y también fue el frío lo que trajo tal cantidad de lobos. Desde hacía muchos años no teníamos un invierno tan frío.

La baronesa se apresuró a convenir en que el frío era la causa de esas cosas. Y fue también el frío de la ventana abierta lo que causó el ataque cardíaco que hizo innecesarios los servicios del doctor para la vieja Fräulein. Pero el aviso de prensa quedó muy lucido:

El día 29 de diciembre, en Schloss Cernogratz, falleció Amalie von Cernogratz, durante muchos años dilecta amiga del barón y la baronesa Gruebel.

LA MÚSICA DEL MONTE

Sylvia Seltoun tomaba el desayuno en el comedor auxiliar de Yessney invadida por un agradable sentimiento de victoria final, similar al que se habría permitido un celoso soldado de Cromwell al otro día de la batalla de Worcester. Era muy poco belicosa por temperamento, pero pertenecía a esa más afortunada clase de combatientes que son belicosos por las circunstancias. El destino había querido que ocupara su vida en una serie de batallas menores, por lo general estando ella en leve desventaja; y por lo general se las había arreglado para salir triunfante por un pelo. Y ahora sentía que había conducido la más dura y de seguro la más importante de sus luchas a un feliz desenlace. Haberse casado con Mortimer Seltoun -el Muerto Mortimer, como lo apodaban sus enemigos íntimos-, enfrentando la fría hostilidad de su familia y a pesar de la sincera indiferencia que sentía él por las mujeres, era en verdad un triunfo cuyo logro había requerido bastante destreza y decisión. El día anterior había rematado esta victoria arrancando por fin a su marido de la ciudad y balnearios satélites, e "instalándolo", según el léxico de las de su clase, en la presente casa solariega, una apartada y boscosa heredad de los Seltoun.

-Jamás conseguirás que Mortimer vaya -le había dicho la suegra en tono capcioso-; pero si va una vez, allá se queda. Yessney ejerce sobre él un hechizo casi tan fuerte como el de la ciudad. Una puede entender qué lo ata a la ciudad; pero Yessney...

Y la viuda se había encogido de hombros.

En la naturaleza que rodeaba a Yessney había algo sombrío, algo casi salvaje que de seguro no sería atractivo para un gusto citadino; y Sylvia, a pesar de su nombre, no estaba acostumbrada a nada más silvestre que el "frondoso Kensington". Consideraba que el campo era óptimo y saludable a su manera, pero propenso a volverse fastidioso si se le daba demasiada cuerda. La desconfianza de la vida urbana era algo nuevo en ella, nacida de su matrimonio con Mortimer; y había contemplado satisfecha el paulatino apagamiento de lo que ella llamaba "la mirada de la calle Jermyn" en los ojos de él, a medida que los bosques y brezales de Yessney los fueron envolviendo aquella víspera. Su fuerza de voluntad y su estrategia habían prevalecido: Mortimer iba a quedarse allí.

Tras las ventanas del comedor arrancaba un declive triangular y cubierto de pasto que la gente indulgente llamaría "prado"; y al otro extremo, tras un seto de fucsias, una falda más empinada y llena de brezos y helechos descendía hasta unas cavernosas cañadas donde cundían los robles y los tejos. En aquel territorio agreste y despejado parecía latir una secreta alianza entre la alegría de vivir y el terror de cosas nunca vistas. Sylvia esbozó una sonrisa complaciente al contemplar el paisaje con una apreciación de escuela de artes; pero de pronto tuvo que reprimir un escalofrío.

-Es muy agreste -le dijo a Mortimer, que se le había unido-. Casi podría pensarse que en un lugar así el culto a Pan no se habría extinguido por completo.

-El culto a Pan nunca se ha extinguido -dijo Mortimer-. Otros dioses más nuevos han apartado de tiempo en tiempo a sus devotos, pero él es el dios de la naturaleza, a quien por fin todos habrán de regresar. Ha sido llamado "Padre de todos los dioses", pero la mayoría de sus hijos han nacido muertos.

Sylvia era religiosa de una manera honesta y vagamente piadosa; no le gustaba oír hablar de sus creencias como si fueran meras coletillas, pero al menos era una prometedora novedad oír hablar de cualquier tema al Muerto Mortimer con tanta energía y convicción.

-¿No creerás de verdad en Pan? -le preguntó, incrédula.

-He sido un tonto en casi todo -dijo Mortimer con calma-, pero no lo soy tanto como para no creer en Pan cuando estoy por acá. Y si eres sensata, no debes jactarte demasiado de tu incredulidad

mientras estés en estas tierras.

Sólo pasada una semana, cuando hubo agotado los encantos de los paseos por los bosques alrededor de Yessney, se atrevió Sylvia a dar una vuelta de inspección a los edificios de la finca. Cuando pensaba en el corral de una granja se imaginaba una escena de alegre trajín, con vasijas de batir mantequilla, máquinas trilladoras y sonrientes lecheras, y tiros de caballos que bebían hundidos hasta las rodillas en estanques repletos de patos. Al pasearse entre los sombríos y grises edificios de la granja de Yessney, su primera impresión fue la de una aplastante quietud y abandono, como si hubiera dado con una heredad desierta, entregada hace tiempo a los búhos y las telarañas; y después presintió algo así como el acecho de una furtiva hostilidad, la misma sombra de cosas nunca vistas que parecía agazaparse en las boscosas cañadas y entre los matorrales. Del otro lado de las gruesas puertas y ventanas cerradas le llegaba el inquieto pisoteo de unos cascos o el chirrido de un cabestro metálico, y a veces el bramido amortiguado de una res encerrada. Desde una esquina lejana un perro astroso la miraba fijamente con ojos enemigos; al acercarse ella, se escabulló en silencio a su perrera; y volvió a salir con el mismo sigilo cuando pasó de largo. Unas cuantas gallinas que escarbaban al pie de un almiar escaparon por debajo de un portillo a su llegada. Sylvia tenía la sensación de que si se hubiera topado con algún ser humano en esas soledades de graneros y establos, éste habría volado como un espectro ante sus ojos. Por fin, al doblar rápidamente una esquina, dio con un ser viviente que no huyó de ella. Tendida en un lodazal había una enorme cerda cuyo portentoso volumen sobrepasaba los más disparatados cálculos de robustez porcina que hubiera hecho aquella ciudadana, y que al punto se dispuso a sentirse agraviada y si era necesario a repeler la inusual intrusión. Le llegó el turno a Sylvia de batirse en discreta retirada. Mientras se abría paso entre almiares y establos y largos muros blancos, se vio sobresaltada de repente por un sonido extraño: el *eco* de una risa infantil, una voz argentina y ambigua. A Jan, el único niño empleado de la granja, un patán pelirrubio y de rostro marchito, podía divisarlo trabajando en un sembrado de papas, a media loma de la colina más cercana; y Mortimer, cuando lo interrogó al respecto, dijo no saber de otro probable o posible sospechoso de la broma anónima que le habían jugado mientras retrocedía. El recuerdo de aquel eco imposible de ubicar se sumó a sus otras sensaciones de que "algo" furtivo y siniestro merodeaba alrededor de Yessney.

A Mortimer lo veía muy poco. La granja, los bosques y los arroyos donde pescaba truchas parecían tragárselo desde la madrugada hasta el ocaso. En una ocasión, siguiendo el rumbo que le había visto tomar esa mañana, Sylvia llegó a un claro en un nogueral, cerrado más allá por unos tejos inmensos, en cuyo centro se levantaba un pedestal de piedra coronado por una estatuilla de bronce de Pan joven. Era una pieza de bella factura, pero lo que atrajo principalmente su atención fue el hecho de que le habían puesto a los pies la ofrenda de un racimo de uvas recién cortado. Las uvas no abundaban en la granja, así que Sylvia arrebató pon rabia el racimo del pedestal. Un desdeñoso enfado dominó sus pensamientos mientras se paseaba sin darse prisa hacia la casa, pero más adelante dio paso a una aguda sensación de algo muy parecido al miedo: a través de unos tupidos matorrales, la cara ceñuda de un muchacho, tostada y bella, la miraba con ojos indeciblemente malos. El sendero era poco frecuentado (si a eso vamos, todos los senderos alrededor de Yessney eran poco frecuentados), y ella echó a andar a toda prisa, sin detenerse a escrutar más de cerca aquella repentina aparición. Sólo cuando hubo llegado a la casa descubrió que en la huida había dejado caer el racimo de uvas.

-Hoy vi a un joven en el bosque -le contó a Mortimer esa noche-, de piel tostada y bastante guapo, pero con facha de bribón. Un muchacho gitano, me imagino.

-Es una teoría razonable -dijo Mortimer-; sólo que ahora no hay gitanos por estos lados.

-Entonces, ¿quién era? -preguntó Sylvia.

Y como Mortimer no parecía tener una teoría propia, ella pasó a referirle el descubrimiento de la ofrenda votiva.

-Supongo que fue cosa tuya -observó ella-. Es una chifladura inofensiva, pero la gente va a pensar

Librodot

que eres un tonto de remate si se enterara.

-¿Y no metiste la mano en eso? -preguntó Mortimer.

-Yo... tiré las uvas lejos. Todo me pareció tan tonto -dijo Sylvia, mientras buscaba en la cara impasible de Mortimer algún signo de enfado.

-No creo que haya sido muy sensato de tu parte -dijo él, pensativo-. He oído decir que los dioses silvanos son bastante terribles con quienes los enojan.

-Tal vez terribles con quienes creen en ellos; pero, ya ves, yo no -replicó Sylvia.

-A pesar de todo -dijo Mortimer, con ese tono suyo parejo y desapasionado-, yo en tu caso me mantendría lejos de los bosques y huertos y no me arrimaría a los animales cornudos de la granja.

Todo aquello era absurdo, por supuesto, pero en aquel sitio solitario y boscoso el absurdo parecía capaz de engendrar una suerte de inquietud espuria.

-Mortimer-dijo de pronto Sylvia-, creo que muy pronto vamos a regresar a la ciudad.

Su victoria no había sido tan completa como se había imaginado: la había llevado a un terreno que ahora estaba ansiosa por dejar.

-No creo que alguna vez vuelvas a la ciudad -dijo Mortimer.

Parecía parafrasear el vaticinio de su madre respecto a él.

A la tarde siguiente Sylvia notó con desagrado y cierto desprecio de sí misma que el rumbo que imprimió a su paseo esquivaba claramente la maraña de bosques. En cuanto al ganado cornudo, la advertencia de Mortimer no fue muy necesaria, ya que ella siempre había considerado que estas bestias eran, cuando mucho, dudosamente neutrales. Su imaginación desvirtuaba el sexo de las más matroniles vacas lecheras y las volvía toros expuestos a "ver rojo" en cualquier momento. Al carnero que pastaba en el angosto prado más abajo del huerto lo había declarado, tras un largo y cauteloso período de prueba, de temperamento manso; hoy, no obstante, omitió examinar su mansedumbre, puesto que el apacible bruto iba de un lado a otro del corral mostrando claras señas de inquietud. De la profundidad de un matorral cercano venía un silbido grave y caprichoso, como el de una flauta de caña, y parecía haber como una conexión sutil entre el rondar arisco del carnero y la silvestre música del monte. Sylvia tomó un rumbo ascendente y escaló las cuestas revestidas de brezos, que se extendían en ondulantes promontorios hasta mucho más arriba de Yessney. Había dejado atrás las notas aflautadas, pero desde las boscosas cañadas de abajo el viento le traía otra clase de música: los latidos destemplados de unos perros en plena cacería. Yessney quedaba justo en el borde del distrito de Devon y Somerset, y los ciervos acosados a veces venían por aquellos parajes. Sylvia no tardó en divisar un cuerpo oscuro que subía laboriosamente colina tras colina y que una y otra vez se hundía, perdiéndose de vista, a medida que cruzaba las cañadas, mientras tras él crecía parejo el implacable coro; y se puso tensa, llena de esa excitada conmiseración que se siente por cualquier criatura perseguida en cuya captura no se está directamente interesado. Y el animal por fin se abrió paso entre la última maraña de robles esmirriados y de helechos, y se plantó, jadeante, al descubierto. Era un ciervo robusto y dotado de una poderosa cornamenta. Lo obvio sería que bajase a las marismas de Undercombe y desde allí se dirigiera al refugio preferido de los ciervos rojos, el océano. Para sorpresa de Sylvia, sin embargo, volvió la cabeza cuesta arriba y empezó a trepar penosa pero resueltamente a través de los brezos. "Será espantoso -pensó ella-. Los perros lo van a derribar ante mis propios ojos." Pero por un momento la música de la jauría pareció ir extinguiéndose, y en su lugar volvió a escuchar el silbido caprichoso, que se elevaba ya de este lado, ya del otro, como alentando al extenuado ciervo para que hiciera el último esfuerzo. Sylvia estaba bastante apartada de su derrotero, medio escondida en un tupido matorral de arándanos, y lo veía saltar con brío loma arriba, los costados renegridos de sudor y las cerdas del cuello luciendo claras por contraste. La música de flauta chilló de súbito a su alrededor, como salida de los arbustos que había a sus propios pies; y en el mismo momento el enorme cuadrúpedo dio un viraje y

embistió contra ella. En un instante la lástima que sentía por la bestia acosada se convirtió en el pavor salvaje de saberse en peligro. Las tupidas raíces de los brezos frustraron su atropellada brega por huir; y miró hacia abajo, tratando desesperadamente de avistar la llegada de los perros. Las enormes puntas de los cuernos ya estaban a pocos metros de ella, y en un petrificante fogonazo de pavor recordó la advertencia de Mortimer de que se cuidara de animales cornudos en la granja. Y entonces, con un violento latido de alegría, descubrió que no estaba sola: a pocos pasos había una figura humana, hundida hasta las rodillas en las matas de arándano.

-¡Espántelo! -gritó ella.

Pero la figura no hizo ningún ademán de respuesta.

Las astas le apuntaban recto al pecho, el acre olor del animal llenaba sus narices, pero tenía los ojos llenos del pavor de algo que había visto, distinto al de la muerte venidera. Y en sus oídos repercutía el eco de la risa de un muchacho, argentina y ambigua.

EL CUENTISTA

Era una tarde calurosa, en el vagón del tren pacía el correspondiente bochorno y la próxima parada sería en Templecombe, a casi una hora de camino. Los ocupantes del coche eran una niñita, otra todavía más pequeña y un niño. Una tía, propiedad de estos niños, ocupaba un puesto de esquina; y en el otro extremo, al frente, había un solterón ajeno al grupo. Pero lo cierto es que las niñitas y el niño ocupaban rotundamente aquel compartimiento. Tanto la tía como los niños eran locuaces de una manera limitada e insistente, que hacía recordar las cortesías de una mosca que se rehúsa a ser disuadida. La mayoría de las observaciones de la tía parecían comenzar con un "¡No!", y casi todas las de los niños con un "¿Por qué?". El solterón no decía nada en voz alta.

-¡No, Cyril, no! -exclamó la tía, al ver que el niño empezaba a dar palmadas a los cojines del asiento, levantando una nube de polvo a cada golpe-. Ven a mirar por la ventanilla -agregó.

El niño se acercó con desgano a la ventanilla.

-¿Por qué están sacando las ovejas de ese campo? -preguntó.

-Me imagino que las llevan a otro con más hierba -dijo la tía, no muy convincente.

-¡Pero si hay montones de hierba en ese campo! -protestó el niño-. Allá no hay nada más que hierba. Tía, ¡hay montones de hierba en ese campo!

-Tal vez la del otro sea mejor -sugirió la tía, tontamente.

-¿Por qué es mejor? -fue la instantánea e inevitable pregunta.

-¡Oh, mira las vacas! -exclamó la tía.

En casi todos los campos a lo largo de la carrilera había vacas o novillos, pero había hablado como si señalara una rareza.

-¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? -insistió Cyril.

El ceño fruncido del solterón empezó a volverse mirada amenazante. "Un tipo duro y antipático", juzgó la tía para sí. En cuanto a ella, era totalmente incapaz de alcanzar una conclusión satisfactoria acerca de la hierba del otro campo.

La más pequeña de las niñas creó una distracción cuando empezó a cantar *On the road to Mandalay.* Tan sólo se sabía el primer verso, pero daba a aquel conocimiento limitado el más amplio uso posible. Lo repetía una y otra vez, con voz soñolienta pero resuelta y muy audible. Al solterón se le hizo como si alguien hubiera apostado con ella a que no era capaz de repetir dos mil veces ese verso en voz alta y sin parar. Quienquiera que hubiera hecho la apuesta corría el riesgo de perderla.

-Vengan acá y escuchen este cuento -dijo la tía, cuando el solterón le hubo clavado la mirada dos veces a ella y una vez al cordón de alarma.

Los niños se arrimaron apáticos al extremo que ocupaba la tía en el vagón. Era claro que no tenían muy en alto su reputación de narradora.

En voz baja y confidencial, interrumpida a ratos por las sonoras e impertinentes preguntas de sus escuchas, empezó un cuento tímido y deplorablemente insípido sobre una niñita buena que hacía amistad con todo el mundo debido a su bondad y que al final fue rescatada del ataque de un toro enfurecido por un grupo de personas que admiraban sus dotes morales.

-¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? -inquirió la mayor de las niñas.

Esa era precisamente la pregunta que el solterón habría querido formularle.

-Bueno, sí -admitió la tía, no muy persuasiva-; pero no creo que hubieran corrido tan rápido a ayudarla si no les hubiera agradado tanto.

-Es el cuento más estúpido que he oído en mi ¿vida -dijo la niñita mayor, con absoluta convicción.

-No le puse atención después del principio, de lo estúpido que era -dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario pobre el cuento, pero hacía rato había iniciado una repetición susurrada del verso preferido.

-No parece tener mucho éxito contando cuentos -dijo de pronto el solterón desde su esquina.

La tía se erizó de inmediato, a la defensiva contra este ataque inesperado.

-Es muy difícil inventar historias que los niños puedan entender y apreciar al mismo tiempo -dijo, con tiesura.

-No estoy de acuerdo -replicó el solterón.

-Quizás a *usted* le gustaría contarles uno -le contestó la tía.

-Cuéntenos un cuento -exigió la mayor de las niñas.

-Érase una vez -comenzó el solterón- una niñita llamada Bertha, extraordinariamente buena.

El interés de los niños, que se había despertado por un momento, se vino al suelo de inmediato. Todos los cuentos eran terriblemente parecidos, sin importar quién los contara.

-Hacía todo lo que le ordenaban, siempre decía la verdad, mantenía limpia la ropa que llevaba, comía postres de leche como si fueran tartas de mermelada, se aprendía las lecciones a la perfección y tenía buenos modales.

-¿Era bonita? -preguntó la niña mayor.

-No tanto como ustedes -dijo el solterón-; pero era horriblemente buena.

Hubo una reacción general a favor del cuento. La palabra *horrible* conectada a la palabra *buena* era una novedad loable de por sí. Parecía haber en ello un dejo de verdad, ausente en los cuentos infantiles que la tía inventaba.

-Era tan buena -prosiguió el solterón-, que ganó varias medallas a la bondad que a todas horas llevaba prendidas al vestido. Llevaba una a la obediencia, otra a la puntualidad y una tercera al buen comportamiento. Eran unos medallones de metal que producían un tintineo cuando entrechocaban al andar la niñita. Ningún otro niño del pueblo donde vivía tenía tres medallas, así que todo el mundo sabía que tenía que ser una niña extraordinariamente buena.

-Horriblemente buena -corrigió Cyril.

-Todo el mundo hablaba de lo buena que era, hasta que su fama llegó a oídos del príncipe de aquel país, quien dijo que, puesto que era tan buena, tendría permiso de pasearse una vez por semana por su parque, que quedaba en las afueras de la población. Era un hermoso parque y no se permitía jamás la entrada de ningún niño, de modo que era un gran honor para Bertha tener permiso de entrar allí.

-¿Había ovejas en el parque? -preguntó Cyril.

-No -dijo el solterón-, no había ovejas.

-¿Y por qué no? -fue la inevitable pregunta suscitada por aquella respuesta.

La tía se dio el gusto de esbozar una sonrisa que casi era una mueca.

-No había ovejas en el parque -dijo el solterón- porque la madre del príncipe había soñado una pez

que a su hijo lo iba a matar una oveja, o un reloj que le caería encima. Por esa razón el príncipe no tenía ni una oveja en su parque ni un reloj en su palacio.

La tía reprimió un resuello de admiración.

-¿Y al príncipe sí lo mató una oveja o un reloj? -preguntó Cyril.

-Sigue vivo, así que no sabemos si el sueño se va a cumplir -dijo el solterón sin inmutarse-. En todo paso, no había ovejas en el parque pero había montones de cerditos que corrían por todos lados.

-¿De qué color eran?

-Negros con caras blancas, blancos con manchas negras, negros del todo, blancos con motas grises y algunos blancos por completo.

El narrador hizo una pausa para dejar que la imaginación de los pequeños se formara una idea de los tesoros de aquel parque, y luego prosiguió:

-Bertha se llevó una decepción al descubrir que no había flores en el parque. Les había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no cortaría ninguna de las flores del amable príncipe, y tenia la intención de cumplir su promesa, así que por supuesto se sintió como una tonta al encontrarse con que no había flores que cortar.

-¿Por qué no había flores?

-Porque los cerditos se las habían comido todas -dijo enseguida el solterón-. Los jardineros le habían dicho al príncipe que no se podía tener juntos flores y cerditos, así que él decidió tener los cerdos y quedarse sin flores.

Sonó un murmullo de aprobación por el excelente criterio del príncipe. Era mucha la gente que habría decidido lo contrario.

-Había muchas otras cosas encantadoras en el parque. Había estanques con pececitos verdes, azules y dorados, y árboles con lindas loras que respondían cosas graciosas en un santiamén, y colibríes que al zumbar tocaban las tonadas más populares del momento. Bertha iba de un lado para otro y se divertía como loca, mientras pensaba: "Si yo no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido venir a este hermoso parque a disfrutar de todo lo que hay para ver aquí", y con sus pasos las tres medallas tintineaban al entrechocar y le ayudaban a recordar lo muy buena que era en realidad. En ese preciso instante un lobo enorme se escabulló en el parque, a ver si podía atrapar un gordo chanchito para la cena.

-¿De qué color era? -preguntaron los niños, habiéndose avivado de inmediato su interés.

-Todo café, con una lengua negra y ojos grises claros que soltaban destellos de una crueldad atroz. Lo primero que vio allí fue a Bertha. Su delantal era tan inmaculadamente blanco que se podía divisar desde muy lejos. Bertha vio al lobo y vio que se arrastraba hacia ella, y empezó a desear que jamás le hubieran permitido entrar a ese parque. Echó a correr tan rápido como pudo y el lobo la persiguió dando saltos enormes. Ella alcanzó a llegar a un matorral de mirtos y se escondió en uno de los arbustos más espesos. El lobo empezó a olfatear las ramas, con la lengua negra colgándole del hocico y los ojos grises relumbrando de furia. Bertha estaba asustadísima, y pensó para sí: "Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena, en este momento estaría a salvo en el pueblo". Con todo, el olor de los mirtos era tan fuerte que el lobo no podía detectar dónde se escondía Bertha, y los arbustos eran tan tupidos que se habría podido quedar rondándolos durante mucho tiempo sin descubrirla, así que decidió más bien salir en busca de un cerdito. Bertha se puso a temblar mucho cuando sintió que el lobo olía y resollaba tan cerquita de ella; y al temblar hizo que la medalla de obediencia chocara con las de buena conducta y puntualidad. El lobo estaba a punto de marcharse cuando oyó el tintineo de las medallas, y aguzó las orejas. Volvieron a sonar en un arbusto junto a él. De un salto se metió al arbusto, con los ojos grises brillantes de crueldad y de victoria. Arrastró a Bertha afuera y se la devoró hasta el último bocado. Solo quedaron los zapatos, pedacitos de ropa y

Librodot

las tres medallas ganadas por ser buena.

-¿Y mató algún cerdito?

-No, todos escaparon.

-El cuento empezó mal -dijo la menor de las niñas-, pero el final fue lindo.

-Es el cuento más lindo que he oído -sentenció la mayorcita, con suma decisión.

-Es el *único* cuento bonito que he oído -dijo Cyril.

La tía emitió una opinión disconforme:

-¡Qué cuento más impropio para contarles a los niños! Usted acaba de minar los resultados de años de enseñanza cuidadosa.

-Sea como fuere -dijo el solterón, mientras recogía sus pertenencias antes de abandonar el coche-, los tuve quietos durante diez minutos, lo cual es más de lo que usted pudo.

"¡Pobre mujer! -se dijo para sí mientras recorría el andén de la estación de Templecombe-. Durante los próximos seis meses esos niños la van a abochornar en público pidiéndole que les cuente un cuento impropio."

LA TELARAÑA

La cocina de la granja quizás estaba donde estaba por azar o accidente. Sin embargo, la ubicación bien podía haber sido proyectada por un experto estratega en arquitectura campesina. La lechería, el corral, el huerto y los demás lugares de trajín de la granja parecían tener fácil acceso a aquel refugio con piso de anchas losas, en donde había espacio para todo y en donde un par de botas embarradas dejaban huellas fáciles de barrer. Y aún así, a pesar de lo bien emplazada que estaba en el centro del tráfago humano, su única ventana, larga, enrejada, con un amplio asiento empotrado y enmarcada en un alféizar más allá de la enorme chimenea, dominaba un dilatado paisaje silvestre de colinas, brezales y boscosas cañadas. El hueco de la ventana era casi un cuartico de por sí, en realidad el más agradable de la granja en cuanto a situación y posibilidades. La joven señora Ladbruk, cuyo marido acababa de recibir la granja por herencia, había puesto los ojos en el cálido rinconcito; y los dedos le picaban por volverlo claro y acogedor con cortinas de zaraza, vasos llenos de flores y una repisa o dos con viejos platos de porcelana. La mohosa sala de la casa, que daba a un jardín adusto, melancólico y encerrado por tapias lisas y altas, no era un cuarto que se prestara con facilidad para el confort o la decoración.

-Cuando estemos más instalados voy a hacer maravillas en la cocina para que sea habitable -decía la joven mujer a las contadas visitas.

En aquellas palabras había un deseo callado, un deseo que además de callado era inconfesable. Emma Ladbruk era la señora de la granja. Junto con su marido podía tener derecho a opinar y hasta cierto punto a decidir en la conducción de sus asuntos. Pero no era la señora de la cocina.

En un estante de un viejo aparador, en compañía de salseras desportilladas, jarras de peltre, ralladores de queso y facturas pagadas, descansaba una raída biblia que tenía anotado en la portada el desteñido registro de un bautismo fechado noventa y cuatro años atrás. "Martha Crale" rezaba el nombre escrito en la página amarillenta. Y la amarillenta y arrugada anciana que rengueaba y hablaba entre dientes por toda la cocina, parecida a una hoja marchita que los vientos de invierno siguen soplando de un lado para otro, alguna vez había sido Martha Crale. Durante setenta y pico de años había sido Martha Mountjoy. Nadie podía recordar por cuántos años había andorreado de acá para allá entre el horno, el lavadero y la lechería, o salido al gallinero y al jardín, rezongando, murmurando y riñendo, pero trabajando sin parar. Emma Ladbruk, a cuyo arribo le había prestado tanta atención como a una abeja errante que entrara por la ventana en un día de verano, la miraba al principio con una especie de temerosa curiosidad. Era tan vieja y tanto hacía parte del lugar que costaba decir con precisión que fuera un ser animado. El viejo Shep, un pastor escocés de hocico blanco y miembros entumidos, cuyas horas estaban ya contadas, casi parecía más humano que aquella anciana mustia y seca. Había sido un cachorrito bulloso y juguetón, desbordante de alegría de vivir, cuando ella era ya una anciana de pasos inseguros; y ahora era un cadáver vivo y ciego, nada más, y ella todavía trabajaba con frágil tesón, todavía barría, horneaba y lavaba, traía y llevaba. Si algo había en esos sabios perros viejos que no pereciera del todo con la muerte, solía meditar Emma, cuántas generaciones de perros fantasmas debía de haber afuera en las colinas, criadas, atendidas y despedidas en la hora final por Martha en aquella cocina. Y cuántos recuerdos debía de guardar de las generaciones humanas que habían muerto en sus días. Le resultaba difícil a cualquiera, y mucho más a una extraña como Emma, hacerla hablar de los tiempos pasados. Sus palabras, chillonas y cascadas, se referían a puertas que habían dejado sin seguro, baldes extraviados, terneros a los que ya era hora de alimentar, y a las diversas faltas y omisiones que salpican la rutina de una granja. De cuando en cuando, llegada la fecha de elecciones, desempolvaba los recuerdos de los viejos nombres que libraran antaño esas contiendas. Había habido un Palmerston, muy sonado por los lados de Tiverton. Tiverton no quedaba muy lejos a vuelo de pájaro, pero para Martha era casi otro país. Después vinieron los Northcotes, los Aclands y

muchos otros nuevos apellidos que había olvidado ya. Los nombres cambiaban, pero se trató siempre de liberales y conservadores, de amarillos y azules. Y siempre se pelearon a los gritos sobre quién estaba en lo correcto y quién no. Por el que más se pelearon había sido un viejo y distinguido caballero de expresión colérica... recordaba haber visto su retrato en las paredes; y en el piso también, con una manzana podrida y aplastada encima, pues en la granja se cambiaba de política de tiempo en tiempo. Martha nunca había estado de un lado o de otro; ninguno de "ellos" había beneficiado para nada a la granja. Este era su veredicto general, dictado con toda la desconfianza de una campesina por el mundo exterior.

Cuando la medio temerosa curiosidad se hubo desvanecido, Emma Ladbruk se sintió incómoda al descubrir que abrigaba otro sentimiento hacia la vieja. Ésta era una exótica tradición estancada en el lugar, era parte integral de la propia granja, era algo a la vez patético y pintoresco... pero era un soberano estorbo. Emma había llegado a la granja llena de planes de efectuar pequeñas reformas y mejoras, en parte por su adiestramiento en los métodos y procedimientos modernos, en parte por efecto de sus propias ideas y caprichos. Las reformas en la región de la cocina, de haber sido posible hacer que esos oídos sordos se mostraran dispuestos a escuchar, habrían encontrado un rechazo sumario y despectivo; y la región de la cocina abarcaba las zonas del manejo de la leche y las hortalizas, y la mitad de las faenas domésticas. Emma, que se sabía al dedillo lo último en el arte de preparar aves de corral muertas, tomaba asiento a un lado, observadora inadvertida, mientras la vieja Martha espetaba los pollos para el puesto del mercado de la misma manera que los había espetado durante casi ochenta años... por los muslos, sin tocar la pechuga. Y las mil sugerencias sobre la forma más eficaz de hacer el aseo, aligerar el trabajo y demás cosas que contribuyen a una vida sana y que la joven estaba dispuesta a impartir o llevar a la práctica, se perdían en la nada ante aquella presencia mustia, rezongona y desatenta. Sobre todo, el codiciado rinconcito de la ventana, que podía ser un lindo oasis de alegría en la sombría cocina, estaba ahora atestado con un revoltijo de cachivaches que Emma, a pesar de su toda autoridad nominal, no se habría tomado el atrevimiento o la molestia de remover. Parecían revestidos por la protección de algo similar a una telaraña humana. Definitivamente, Martha era un estorbo. Habría sido una canallada desear ver aquella vida añeja y corajuda acortada en unos miserables meses; pero a medida que pasaban los días Emma reconoció que allí estaba el deseo, por más que lo negara, agazapado en el fondo de su mente.

Sintió que la vileza de aquel deseo la invadió, junto con un remordimiento de conciencia, un día en que entró a la cocina y descubrió que las cosas no marchaban como de costumbre en aquel sitio de constante ajetreo. La vieja Martha no estaba trabajando. A sus pies había una canasta de maíz, y en el corral los pollos empezaban a piar en protesta por haberse pasado la hora de la alimentación. Pero Martha estaba acurrucada en el asiento de la ventana, mirando afuera con sus ojos opacos como si divisara algo más raro que el paisaje otoñal.

-¿Pasa algo, Martha? -preguntó la joven esposa.

-Es la muerte, es la muerte que viene -respondió la voz cascada-. Ya sabía que venía, ya lo sabía yo. Por algo el viejo Shep estuvo aullando toda la mañana. Y anoche oí cuando la lechuza cantó el grito de la muerte; y una cosa blanca pasó corriendo por el patio ayer. No era ni un gato ni una comadreja, era una cosa... Las gallinas supieron que era algo y se corrieron todas para un lado. ¡Ay!, esos son avisos. Yo ya sabía que venía.

Los ojos de la joven se empañaron de lástima. El carcamal que estaba ahí sentado, tan encogido y pálido, había sido alguna vez una niñita alegre y bulliciosa que jugara por los senderos, henales y desvanes de una granja. De eso hacía ochenta años largos, y ahora no era más que un viejo y frágil cuerpo que se achicaba ante el cercano frío de la muerte que al fin venía a llevársela. Probablemente no se podía hacer mayor cosa por ella, pero Emma corrió a buscar ayuda y consejo. Sabía que su marido andaba en una tala de árboles a cierta distancia, pero podía encontrar otro ser racional que conociera a la vieja mejor que ella. No tardó en descubrir que la granja tenía la cualidad, común a todos los corrales, de tragarse y desaparecer a sus moradores humanos. Las gallinas la siguieron con

Librodot

interés y los cerdos le gruñeron inquisitivamente tras las rejas de sus porquerizas, pero el granero, el henar, el huerto, los establos y la lechería no premiaron su búsqueda. Entonces, mientras desandaba el camino hacia la cocina, se topó de repente con su primo, conocido por todos como el joven señor Jim, que repartía el tiempo entre la trata aficionada de caballos, la caza de conejos y el flirteo con las criadas del lugar.

-Me temo que la vieja Martha se está muriendo -dijo Emma.

Jim no era una de esas personas a las que hay que darles las noticias con suavidad.

-¡Tonterías! -dijo éste-. La intención de Martha es llegar a los cien años. Así me lo dijo y así lo va a hacer.

-En realidad se puede estar muriendo en este momento, o puede ser que sólo empiece a derrumbarse -insistió Emma, llena de desprecio por la estupidez y lentitud del joven.

Una sonrisa se dibujó en las facciones bonachonas del otro.

-Pues no parece así -dijo, señalando con la cabeza hacia el patio.

Emma se volvió para captar el significado de este comentario. La vieja Martha estaba en el centro de una multitud de aves de corral, esparciendo granos a su alrededor. El pavo con el brillo bronceado de sus plumas y el rojo púrpura de su barba, el gallo de pelea con el radiante lustre metálico de su plumaje oriental, las gallinas con sus ocres, pardos y amarillos y el escarlata de sus crestas, y los patos con sus cabezas color verde botella, componían un revoltijo de intensos colores en el centro del cual la anciana parecía un tallo marchito que se irguiera en medio de un macizo de vistosas flores. Pero arrojaba el grano hábilmente entre la mezcolanza de picos y su cascada voz llegaba las dos personas que la estaban observando. Seguía machacando sobre el tema de la muerte que venía en camino.

-Yo ya sabía que venía. Ha habido signos y advertencias.

-¿Quién murió, pues, señora? -llamó el joven.

-El joven señor Ladbruk -chilló ella por respuesta-. Acaban de traer su cadáver. Por esquivar un árbol que tumbaban chocó con una estaca de hierro. Estaba muerto cuando lo recogieron. ¡Ay, yo la veía venir!

Y se dio vuelta para arrojar un puñado de cebada a una manada de gallinas de Guinea rezagadas que llegaban corriendo.

La granja era una heredad familiar y pasó a manos del primo cazador de conejos en su calidad de pariente más cercano. Emma Ladbruk salió volando de su cotidianeidad, como una abeja que entrara por la ventana abierta y en su revoloteo volviera a atravesarla. Cierta mañana fría y gris se encontró esperando, sus cajas ya acomodadas en la carreta, a que todos los productos del mercado estuvieran listos, pues el tren que iba a tomar era menos importante que los pollos, la mantequilla y los huevos que iban a ser puestos en venta. Desde donde estaba podía ver una esquina de la larga ventana enrejada que habría quedado tan acogedora con las cortinas y tan alegre con los floreros. Se le ocurrió pensar que durante meses, años quizás, mucho tiempo después de que la hubieran olvidado por completo, se vería asomar una cara pálida y desentendida a través de esos cristales, y que se oiría rezongar una voz débil y trémula por esos corredores enlosados. Se dirigió hasta una ventana batiente de tupidos barrotes que daba a la despensa de la casa. La vieja Martha se encontraba de pie frente a una mesa, espetando un par de pollos para el puesto del mercado de la misma manera que los había espetado desde hacía casi ochenta años.

TÉ

James Cushat-Prinkly era un joven que siempre había abrigado la firme convicción de que un día de estos iba a casarse; y hasta los treinta y cuatro años de edad no había hecho nada para justificarla. Quería y admiraba a un gran número de mujeres, en conjunto y desapasionadamente, sin dedicar a una en particular ninguna consideración matrimonial, lo mismo que uno puede admirar los Alpes sin por ello querer ser dueño de un pico en concreto. Su falta de iniciativa a este respecto despertaba cierto grado de impaciencia entre las mujeres románticas del círculo hogareño. Su madre, sus hermanas, una tía que vivía con ellos y dos o tres comadres íntimas contemplaban su moroso acercamiento al estado conyugal con una desaprobación que harto distaba de ser muda. Sus coqueteos más inocentes eran vigilados con la intensa avidez con que un grupo de foxterriers escrutaría los más leves movimientos de un ser humano que diera razonables indicios de poder sacarlos a pasear. Ningún mortal de corazón decente resiste durante mucho tiempo las súplicas de varios pares de ojos perrunos anhelantes de un paseo; James Cushat-Prinkly no era tan terco o indiferente a las influencias caseras como para hacer caso omiso del deseo expreso de su familia de que se enamorara de alguna chica agradable y casadera; y cuando su tío Jules abandonó esta vida y le legó una no muy modesta herencia, de veras pareció que lo correcto sería acometer la empresa de descubrir a alguien con quien compartirla. Llevaba adelante este proceso de descubrimiento más por la fuerza del peso y las sugerencias de la opinión pública que por iniciativa propia. La clara mayoría de sus parientas y las ya mencionadas comadres habían escogido a Joan Sebastable como la joven más idónea de su grupo social para que él le propusiera matrimonio; y James se fue acostumbrando a la idea de que Joan y él pasarían juntos por las etapas obligatorias de las felicitaciones, los regalos, los hoteles noruegos o mediterráneos y la ulterior vida doméstica. Empero, había necesidad de preguntarle a la dama su opinión al respecto. Hasta la fecha la familia había manejado y dirigido el galanteo con habilidad y discreción, pero la propuesta en sí tendría que ser un esfuerzo individual.

Cushat-Prinkly cruzaba por Hyde Park con dirección a la residencia de los Sebastable en un estado de ánimo de moderada complacencia. Ya que había que hacerlo, lo alegraba saber que iba a salir de ello esa misma tarde. Proponer matrimonio, incluso a una muchacha tan agradable como Joan, era un asunto más bien molesto; pero no se podía pasar una luna de miel en Menorca y después toda una vida de felicidad conyugal sin cumplir con este requisito. Se preguntaba cómo sería en realidad Menorca en cuanto sitio de visita; se la imaginaba como una isla en perpetuo medio luto, con gallinas de Menorca blancas y negras correteando por todas partes. Quizás no tendría nada de eso vista de cerca. Personas que habían estado en Rusia le habían contado que no recordaban haber visto allí patos de Moscú, así que a lo mejor no había gallinas de Menorca en esa isla.

Sus reflexiones mediterráneas fueron interrumpidas por la campana de un reloj al dar la media hora. Las cuatro y media. Frunció el entrecejo en señal de disgusto. Llegaría a la mansión de los Sebastable a la hora precisa del té. Joan estaría sentada frente a una mesa baja y tendida con una variedad de teteras de plata, jarritas de crema y delicadas tacitas de porcelana, detrás de las cuales surgiría el agradable campanilleo de su voz en una serie de preguntas intrascendentes sobre el té fuerte o claro; cuánta, si acaso, azúcar, leche o crema; y así sucesivamente. "¿Es un terrón? Lo he olvidado. Le gusta con leche, ¿verdad? ¿Desearía más agua caliente, si le quedó muy fuerte?"

Cushat-Prinkly había leído de estas cosas en cantidades de novelas; y en cientos de experiencias reales había comprobado que se ajustaban a la verdad. Millares de mujeres, a esta hora solemne de la tarde, recibían en medio de exquisitos cubiertos de plata y porcelana, mientras sus agradables voces tintineaban en un chorro de preguntas intrascendentes y solícitas. Cushat-Prinkly detestaba todo aquel engranaje del té de la tarde. Según su teoría de la vida, toda mujer debía tenderse en un diván o en un sofá, hablar con seducción incomparable o contemplar pensamientos indecibles, o podía limitarse a estar callada como un objeto para ser contemplado; y, descorriendo una cortina de

Librodot

seda, un pajecito egipcio debía traer en silencio una bandeja cargada de tazas y golosinas, que serían aceptadas sin palabras, así como así, sin tanta cháchara acerca de la crema, el azúcar y el agua caliente. Si de veras el alma de uno estaba encadenada a los pies de la amada, ¿cómo era posible hablar juiciosamente de té aguado? Cushat-Prinkly nunca había expresado sus opiniones sobre el tema a su madre; ella estaba acostumbrada a toda una vida de trinar agradablemente a la hora del té, detrás de primorosos objetos de plata y porcelana, y si le hubiera hablado de divanes y pajecitos egipcios, le habría recomendado pasar una semana de vacaciones en la costa. Y fue así como, mientras atravesaba una maraña de callejuelas que conducían indirectamente a la elegante alameda de Mayfair que era su destino, el pavor de enfrentarse a Joan Sebastable en su mesa de té se apoderó de él. Se le ofreció una salvación pasajera: en un piso de una casita angosta del lado más ruidoso de la calle Esquimaut vivía Rhoda Ellam, una especie de prima lejana que se ganaba la vida fabricando sombreros con materiales muy costosos. Los sombreros de veras parecían venidos de París; pero los cheques que recibía por ellos no parecían, por desgracia, destinados a viajar a París. Así y todo, Rhoda daba la impresión de encontrar divertida la vida y de pasarla bastante bien pese a las estrecheces. Cushat-Prinkly decidió subir a su piso y aplazar una media hora el importante asunto que tenía entre manos. Si prolongaba la visita podía arreglárselas para llegar a la mansión de los Sebastable después de que la última pieza de fina porcelana hubiera sido levantada.

Rhoda lo invitó a pasar a un cuarto que parecía servir de taller, sala y cocina, y que era tan admirablemente pulcro como cómodo.

-Me estaba preparando un bocadillo -anuncio ella-. Hay caviar en el pote que tienes a tu lado. Empieza con ese pan moreno con mantequilla mientras corto un poco más. Búscate una taza; la tetera está detrás de ti. Y ahora cuéntame montones de cosas.

No volvió a referirse a la comida, sino que echó a hablar en forma amena e hizo charlar del mismo modo al visitante. Mientras tanto, cortó el pan con magistral destreza y sacó pimienta roja y rodajas de limón, cuando tantas otras mujeres sólo habrían sacado excusas y razones por no tener estos aditamentos. Cushat-Prinkly descubrió que estaba disfrutando de un excelente té sin tener que contestar tantas preguntas como las que tendría que absolver un ministro de agricultura durante una epidemia de peste bovina.

-Y ahora dime por qué has venido a verme -dijo de pronto Rhoda-. No sólo despiertas mi curiosidad, sino también mi instinto comercial. Espero que hayas venido por lo de los sombreros. Me enteré de que el otro día recibiste una herencia y, claro, se te ocurrió que sería un gesto muy hermoso y conveniente de tu parte celebrar el suceso comprándoles unos sombreros despampanantemente caros a todas tus hermanas. Puede que no te lo hayan mencionado, pero estoy segura de que la misma idea se les ocurrió la ellas. Desde luego, con las ferias hípicas encima, estoy con el agua al cuello; pero en mi profesión estamos enseñadas a eso: vivimos con el agua al cuello... como Moisés niño.

-No vine por lo de los sombreros -dijo el visitante-. En realidad, no creo haber venido por nada tan especial. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a ¡visitarte. Sin embargo, ahora que hemos estado conversando se me ha venido a la cabeza una idea bastante importante. Si te olvidas de las ferias por un momento y me prestas atención, te contaré qué es.

Unos cuarenta minutos después James Cushat-Prinkly regresó al seno de su familia con un importante anuncio:

-Estoy comprometido en matrimonio.

La noticia fue recibida con una arrebatada explosión de felicitaciones y autocomplacencias.

-¡Ah, ya lo sabíamos! ¡Lo veíamos venir! ¡Lo predijimos hace semanas!

-Apuesto a que no -dijo Cushat-Prinkly-. Si alguna de ustedes me hubiera dicho hoy al mediodía que yo iba a pedirle a Rhoda Ellam que se casara conmigo y que ella me iba a aceptar, me habría

reído de semejante idea.

La precipitación romántica de aquella aventura compensó en algo la despiadada negación de los pacientes esfuerzos y hábiles intrigas llevadas a cabo por las mujeres que rodeaban a James. Les costó bastante tener que desviar, sin previo aviso, su entusiasmo por Joan Sebastable a Rhoda Ellam; pero, después de todo, se trataba de la futura esposa de James; y los gustos de él tenían cierto derecho a ser tomados en cuenta.

Una tarde de septiembre de aquel año, pasada ya la luna de miel en Menorca, Cushat-Prinkly entró al salón de su nueva casa en la plaza de Granchester. Rhoda estaba sentada ante una mesa baja, rodeada de exquisitas porcelanas y de lustrosas platas. Al tiempo que le tendía una taza, le preguntó, con un agradable tintineo en la dicción:

-Te gusta más claro, ¿verdad? ¿Le pongo más agua caliente? ¿No?

Librodot